Digitized

Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS

POÉTICAS

DE CAMPOAMOR.

MADRID,

IMPRENTA Y LIBRERIA DE LA PUBLICIDAD,

A CARGO DE M. RIVADENEYRA.

1847.

LIBRO PRIMERO.

PERNERAS Y FLORES.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO PRIMERO.

TERNEZAS Y FLORES.

La niña y la mariposa.

Va una mariposa bella
volando de rosa en rosa,
y de una en otra afanosa
corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,
sigue con pueril afán,
y con airoso ademán
la mariposa se esquiva.

A veces con loco intento
quiere hacer presa en sus galas,
y, en vez de tocar sus alas,
toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,
cuanto mas corre afanosa,
mas leda la mariposa
va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,
y al ir á cogerla esbelta,
por cada vez que se suelta,
suelta la niña un suspiro.

Mas, sin ceder en su anhelo,
presta una, y la otra lijera,
ni una acorta su carrera,
ni la otra amaina su vuelo.

Y vagan embebecidas,
sin sentir indiferentes
ni el són de las claras fuentes,
ni el de las auras perdidas.

Ni los pájaros que espantan,
entre las ramas divisan,
ni ven las flores que pisan,
ni oyen las aves que cantan.

Digitized by Google

Y mientras estas cantando
siguen con plácido estruendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

—oo—

—Amaina el vuelo sereno,
mariposa,
de quien es albergue el seno
de la rosa.
¿Por qué en tal dulce ocasion
vas sin tino
huyendo así la prision
de lazo tan peregrino?

Reina de las blandas flores,
sus enojos
no temas, ni los ardores
de sus ojos,
porque ese puro arrebol
que enamora,
si es luciente como el sol,
es tierno como la aurora.

Entre mil palmas no hay talle
mas galano,
ni azucena en todo el valle
cual su mano.
No oirás de su voz divina

la dulzura,
ni en el ruiseñor que trina,
ni en el raudal que murmura.

Aprende el aura á ser leve
de su planta,
y, para formar con nieve
su garganta,
le dió el cisne el atavío
de su pluma,
lumbre la aurora, y el rio
su plata, cristal y espuma.

No sigas mas la inconstante
mariposa,
enamorada y errante
niña hermosa,
que al fin vendrá á ser cautiva
de tu llama,
si aun amorosa, aunque esquiva,
la luz de los cielos ama.

Y aunque aspira de mil flores
la fragancia,
no imites en tus amores
su inconstancia;
que al fin de tanto vagar,
suele, hermosa,
entre las flores hallar
la yerba mas venenosa.

Imita solo su vuelo,
pues serena
jamás, niña, toca el cielo,
ni la arena.
Quien se humilla ó sin razon
subir quiere,
muere á manos de un alcon,
si á las de un áspid no muere.

Mas ¡ay! que vas en pos de ella
vagarosa,
sin escuchar mi querella,
niña hermosa.
Sigues con presteza tanta
tu contento,
que así encomiendas tu planta,
como mi súplica, al viento.

—oo—

Y en tan inocente afán,
como su gusto entretienen,
así vagabundas vienen,
y así vagabundas van.

A veces en su embeleso
la mariposa al pasar,
suele fugaz estampar
sobre su mejilla un beso.

Y rauda su vuelo alzando,
la niña de angel blasona,

al trazar una corona,
sobre su frente girando.

Y siguen acordemente
la mariposa en sus giros,
la niña con sus suspiros,
con sus rumores la fuente.

Vagan los aires suaves
formando dobles acentos,
y al grato són de los vientos,
siguen cantando las aves.

Y entre tanta melodía,
tanta corriente murmura,
que es todo el aire frescura,
aroma, luz y armonía.

Y susurrando congojas,
prosiguen mintiendo quejas,
en el pensil las abejas,
y en la enramada las hojas.

Y tiernas flores hollando,
y frescas auras batiendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

—oo—

La flor del valle.

IMPRESIONES DE UN DIA DE VIAJE.

Flor columpiada entre abrojos,
Que en tan apacible calma
Trocando estás mis enojos,
tanto me encantas el alma
cuanto suspendes mis ojos..

Y no para mi tormento
quieras divertir mi intento
que asaz divertido está;
deja á un triste que en el viento
sembrando ilusiones va.

Y aunque acia tí me encamina
tu purpurino arrebol,
déjame, flor peregrina,
que trasponga esa colina
antes que ese monte el sol.

Porque en mi amante locura
comparándote á mi bien,
al lado de tu hermosura
me hallara la noche oscura,
y el claro dia también.

Huyendo voy del amor
y de sus templadas iras;

si voy ó no con dolor,
¡bien claro lo miras, flor,
si es que á los ojos me miras!

¡Cuál en un pecho afligido
la ya adormecida holganza
despierta un valle florido,
y mas cuando está vestido
del color de la esperanza!

¡Qué dulce si canta un ave
con tierno y sentido afán!
¡si forma el aura suave
sonidos que nadie sabe
si cruzan, vienen ó van!

¡Y cómo el alma enajena
el agua murmuradora,
cuando, al tumbarse serena,
roba las conchas sonora
rodando sobre la arena!

¡Qué regaladas dulzuras
la queja, en el alma deja,
de aquellas tórtolas puras,
pues se dicen mil ternuras
para decirse una queja!

Y los sentidos atentos
á tan deliciosos sones,
¡oh! ¡cómo escuchan contentos

las acordadas canciones
de los acordados vientos!

¡Bien hayas, pintada flor,
gloria del pintado abril,
de tan delicado olor,
que estiende el aura sutil
con tus olores, tu honor!

Los rayos del sol te doran;
por tí las aves suspiran;
los céfiros te enamoran;
y los viajeros te admiran,
si las serranas te adoran.

Te prestan són los ambientes,
el plácido abril sus galas,
ruido las mansas corrientes,
oro las rubias zagalas,
plata las serenas fuentes.

Te arrulla el árbol sombrío,
el alba aljófar te llora,
te da la noche rocío,
perlas y espumas el rio,
luz y diamantes la aurora.

Y al valle tu olor prestando,
con muelle calma estás viendo
cruzar por el aire blando,

ya las tórtolas gimiendo,
ya las alondras cantando.

Y en dulce tropel hirviente
livianos los ecos luchan,
fatigando el manso ambiente,
por repetir dulcemente
lo que dulcemente escuchan.

Y los sentidos atentos
á tan deliciosos sones,
¡oh! ¡cómo escuchan contentos
las acordadas canciones
de los acordados vientos!

— Al ver tanto bien, mi estrella
me acuerda los que gocé
en el regazo de aquella
que loco por bella amé,
y me despreció por bella.

No es la luz de la mañana
cuando del valle lozana
las plácidas flores pisa,
tan hechicera y galana
como su dulce sonrisa.

Tanto se hace de temer
el oro de sus cabellos,
que menos es menester

que el que ellos se dejen ver,
por ser esclavo de ellos.

Y mas el alma enajena
que el agua murmuradora,
porque es su voz seductora
como las auras serena,
como las fuentes sonora.

Tiene, si el alba blancura,
nieve su pecho gentil,
como las palmas frescura,
cristales su frente pura,
coral su boca y marfil.

Es de las serranas diosa,
dulce afán de los pastores,
tierna amiga de la rosa,
hermana del alba hermosa,
reina de las bellas flores.

¡Triste! ¡y con turbado intento,
de todas mis dichas hoy
me alejo, y de mi contento!...
Por eso, flor, en el viento
sembrando ilusiones voy.

—Adios; y no estrañes, flor,
que mis amores te cuente,
porque no hay placer mayor

Digitized by Google

como el placer que se siente
contando cuitas de amor.

En prueba de mi ternura,
para aliviar mis dolores,
toma esta lágrima pura,
á ver si una vez natura
me da por lágrimas flores.

Mas si nacieran así,
fuera, segun la abundancia
con que salieron de mí,
todo un pensil la distancia
que media desde ella á tí.

Y así su són los ambientes
te den, y el abril sus galas,
ruido las mansas corrientes,
oro las rubias zagalas,
plata las serenas fuentes.

Y al valle tu olor prestando,
con muelle calma estés viendo
cruzar por el aire blando,
ya las tórtolas gimiendo,
ya las alondras cantando.

—Y adios; que turbio ilumina
el vespertino arrebol;
déjame, flor peregrina,
que trasponga esa colina,
antes que ese monte el sol.

A la luz.

Silva primera.

LA MAÑANA.

Ya la luz matutina
fantástica, rïente,
se asoma peregrina
por el rosado oriente,
y rica y esplendente
entre risas y perlas se avecina.
En las auras, pasando,
sus levísimas huellas,
lijera va estampando,
las nubes matizando,
estas de nieve, de carmin aquellas.
Ya las tiñe nevada,
rïendo bulliciosa,
ya en sus limpios vapores,
partida en mil colores,
las esmalta rosada,
bella si colorada,
pero si blanca hermosa.
Y así pasando leve,
fugaz de nube en nube,
pisando veleidosa
con su fúlgida huella,
esta con piés de nieve,
con piés de rosa aquella,

Llévate en pos la desmayada luna,
que tristes para mí sus rayos fueron,
pues mil promesas por su faz me hicieron,
y nunca ¡oh luz! se me cumplió ninguna.

Apaga esplendorosa
de fuegos fátuos los siniestros brillos,
que las alas hendiendo
de la nocturna brisa,
van la amarga sonrisa
de espíritus maléficos mintiendo.

Alumbra los torrentes;
que al escuchar sus desacordes ruidos,
bañado en tierno llanto,
creí que violentos
los encontrados vientos,
arrastraban la fúnebre carroza
del erizado espanto.

Y rica de colores,
y pródiga de rosas y jazmines,
matiza los vapores
que pueblan los ambientes,
porque henchidos de cándida pureza,
imiten relucientes
las alas de los blancos serafines.

Silva segunda.

EL MEDIO-DIA.

Descompuesta en cambiantes
por el éter resbalas
serena luz del cielo
con ilustre decoro,
tendiendo en manso vuelo
las relucientes alas
que engalanan, vistosas,
topacios y diamantes,
como tu albor brillantes,
y fúlgidas y hermosas
ricas cenefas de amaranto y oro.
Cándida fulgurando
tus rayos esplendentes,
vas en tu curso blando
serena matizando
las auras lisonjeras
con visos trasparentes,
y limpia reverberas
si en los aires azul, blanca en las fuentes.

Luciendo esplendorosa
la atmósfera enriqueces,
á veces de oro y rosa,
de nieve y grana á veces;
y al repartir galana
ya el oro, ya la nieve,

Saludan la alborada
los arroyos corriendo,
los pájaros trinando:
aquellos las orillas
de perlas guarneciendo,
y estos al aire blando
plumas y sones dando.

Lijeras á su luz corren las fuentes;
solícitas susurran las abejas:
los céfiros murmuran trasparentes,
y los olmos también, que entre sus hojas
las tórtolas cobijan,
que gimiendo dolientes,
ya exhalan de dolor tiernas congojas,
ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida
las auras murmurando.
los árboles sus cúpulas meciendo,
las ovejas estáticas balando,
la mar sonora con su ronco estruendo,
con sus lánguidos sones los ambientes,
con sus cantos los dulces ruiseñores,
bajando de los montes las corrientes,
subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura
le ofrece cuando huella sus alfombras,
espejo el agua pura,
los árboles sus sombras,

el prado los insectos,
los rayos luminosos
con lánguido desmayo
embelesados miran,
y mil átomos giran
en torno al resplandor de cada rayo.

A flor del agua pura
los peces se levantan
desde el profundo asiento,
y rápidos quebrantan
su límpida clausura
con presto movimiento.
La tersa superficie
se muestra delicada
partida en cien espejos,
y el aire matizando,
bellísimos reflejos
irradia colorada.
En la fuente serena
se mira rodeado
cada grano de arena
de puros arreboles,
y en fingido traslado
cada gota gentil miente mil soles.

Los ánades sus alas
sobre las aguas tienden,
que cual lustrosos prismas
mil colores desprenden;
y ya azul, ya rosada,

ya de color de nieve,
sutilísima, leve,
la luz brillando, salta
de sus flotantes plumas,
y blanca y azulada,
y de color de rosa,
y espléndida y hermosa,
lijeramente esmalta
las bullentes y cándidas espumas.

Pulidos reluciendo
los purpúreos corales,
los nácares y conchas
y perlas orientales,
con fúlgida armonía,
espléndidos parecen
los blancos arenales
alfombras de brillante pedrería.

La meridiana lumbre
su planta esplendorosa
sobre las nubes sienta,
y allá en la escelsa cumbre
la frente nacarada
de zafiros ornada,
con pompa, majestad y orgullo ostenta.

Vertiendo ardor fecundo,
con piés de rosicler bordando flores,
la luz que tanto adoro
con leves alas de oro

Digitized by Google

ya la encendida grana,
con mágicos visiumbres
bordas, pasando leve,
de plata el ancho mar, de oro las cumbres.

Y pura y rutilante,
desde tu claro asiento
con vagos resplandores
esclareces brillante
la tierra de colores,
si de llamas el viento;
y arrastrando lumbrosa
de blancos arreboles
el escuadron lucido,
cruzas el aire de tu gloria henchido,
con alas de jazmin y piés de rosa.

Alzas el vuelo ardiente
acia el cenit radiante,
y en él vivificante
blanca te enseñoreas,
y con lijero paso,
desde el risueño oriente
hasta el ceñudo ocaso,
tu corte luminosa
en alas de tu ardor libre paseas.
Y al fogoso ardimiento,
aunque fogoso, grato,
de tu abrasado aliento,
con magnífica pompa y rico ornato
arden los bosques y se enciende el viento.

el claro vuelo sigue, hencliendo el mundo
de arreboles y llamas,
y reflejos y visos y colores.

—Serena luz: ¡qué hermosa,
arrastrando tu séquito lucido,
cruzas el aire, de tu gloria henchido,
con alas de jazmin y piés de rosa!

Por eso arrebatadas
por beber de tus rayos celestiales
la benéfica lumbre,
rápidas hienden la celeste cumbre
en vistoso tropel las garzas reales.

Por eso trasparentes
caminando las fuentes
con sosegadas huellas,
ni murmuran querellas,
ni arrojan perlas, ni rumor levantan;
y sin duda por eso
adormidas con mágico embeleso,
ni el aura aspira, ni las aves cantan.

¡Oh! corona la esfera
del ardimiento grato
de tu abrasado aliento,
porque al fulgor de tu imperial carrera,
con magnífica pompa y rico ornato,
ardan los bosques y se encienda el viento.

Silva tercera.

LA TARDE.

Con agradable paso,
dulce, adorada lumbre,
el noble señorío
cedes del cielo raso
al resplandor sombrío
de las rubias estrellas,
y plegando tus alas
en grata mansedumbre,
recoges ¡ay! con ellas
tu hermosa esplendidez y ricas galas.

Ornada de rubíes
hundes la tierna frente
en la mar encendida,
y con franjas vestida
de rojos carmesíes,
retocas levemente
la mar de verde y plata,
de azul el ancho cielo,
y, con lucido vuelo,
las nubes de escarlata,
y de esmeralda el suelo.

De las escelsas vias
lijera te desprendes,
y si al nacer subias

de nube en nube osada,
ya mustia y desmayada,
de una en otra desciendes,
y en las verdes alfombras
de los profundos mares
tu manto real descolorida tiendes,
cegando luces y engendrando sombras.

Con plácido desmayo
su incendio peregrino,
ya débil, mortecino,
se apaga rayo á rayo;
y leve y rubicunda,
de su fulgor escaso
débilmente se inunda
el esplendente ocaso;
y fulgurando triste,
de la atmósfera vana
el trasparente manto
lijeramente viste
con pálidos reflejos,
ya aquí de rosa y grana,
ya allá de nieve y rosa,
acullá de amaranto,
mas lejos de oro, y de jazmin mas lejos.

Iluminando apenas
el cárdeno horizonte
con ráfagas serenas,
rïela esplendorosa

colorada en el monte,
rica en los cielos, y en la mar hermosa.

¡Cómo están despidiendo
del rojo sol las postrimeras lumbres
con desacorde estruendo,
balando los rebaños por las cumbres,
por los valles las tórtolas gimiendo!

Y en alas de los céfiros suaves
formando bandas, por los aires, bellas,
¡oh! ¡cómo en pos de sus brillantes huellas,
rápidas van las altaneras aves!

Con lúgubre gemido
solloza el manso viento,
es un ¡ay! cada ruido,
cada voz un lamento.

Los árboles sus cúpulas frondosas
con verde pompa y majestad inclinan,
á impulso de las auras sonorosas
que acia el ocaso tras la luz caminan.

Si alza la noche su atezado manto,
la luz huyendo, sus horrores dobla;
si gime un ave en dolorido canto,
el eco gime, y su plañir redobla.

Quejas levanta al murmurar doliente
fugaz el aura en apacibles giros,

y al trasmontar la luz, son de la fuente
las aguas llanto, y el rumor suspiros.

¡Ay! no es así cuando á los frescos llanos
bajan al alba en celestial decoro
sílfides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñen con guirnaldas de oro.

Plácida entonces sin rumor aspira
lijera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respira
amor la selva, y la pradera amores

La niebla entonces por el manso viento
se adorna de los rayos matutinos,
y entonces se oyen con sabroso acento,
en vez de quejas, amorosos trinos.

—Sombras, que osadas acia el rubio ocaso
caminais tristemente,
tardías refrenad el negro paso;
que aun brillan, cual lucientes atalayas,
del yerto monte las robustas hayas.

Refrenad, bando impuro,
el paso acelerado,
templando los horrores
de vuestro manto oscuro;
que aun miro alborozado
del claro sol al resplandor propicio,

si alfombras huello de olorosas flores,
ó la orilla tal vez de un precipicio.

No importa que de estrellas,
al parecer tan bellas,
bordeis esplendorosas
las alas tenebrosas;
sus pálidos reflejos
son mentidos espejos;
y el brillo afrentan de las mas preciosas
las falsas piedras, si se ven de lejos.

—Mas ¡ay! que con tu corte refulgente,
luz de mis ojos, te abismaste en tanto...
¿Por qué, si al trasmontar, son de la fuente
ayes los sones, y las aguas llanto?

Vuelve otra vez, porque á los frescos llanos
bajen al alba en celestial decoro
sílfides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñan con guirnaldas de oro.

Vuelve, y que entonces sin rumor aspire
lijera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respire
amor la selva, y la pradera amores.

—oo—

La guirnalda.

—

Dar pretendo á la mas bella,
que menos sepa de amores,
una guirnalda de flores,
y mi corazon con ella.

Niñas de los ojos bellos,
al triunfo optad las primeras,
si al par contais hechiceras
las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos aliños
con ella á ser coronadas,
hermosas como las hadas
con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa,
mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y gualda
sus bellas flores nacieron;
jamás las gracias tejieron
tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas
¡cómo vagando la mecen!

ved ¡qué conformes parecen
entre los lirios las rosas!

Con los azäres distinto
junta el clavel su carmin,
y entre jazmin y jazmin,
salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda
concuerdan con dulce agrado
con el matiz mas nevado
la mas subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores
dan, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,
aspira al don soberano,
levante airosa la mano,
y ciña su sien con ella.

Mas cuide no se la ciña,
sin ser de beldad modelo,
pues pagará, vive el cielo,
su inadvertencia de niña.

Que nadie el dón halagüeño
sin causa podrá alcanzarlo,

pues se deshace al tocarlo,
como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma
ganar en la lid podria...
Mas cesa, esperanza mia,
no así me inquietes el alma,

Que no han de empañar ahora,
al recordar mis amores,
otras lágrimas las flores
que las que les dió la aurora.

Esa florida guirnalda,
ya despojada de abrojos,
ha de hechizarme los ojos
sobre la tez de una espalda.

Venid, venid, peregrinas,
matando, niñas, de amores.
Justo es que goceis las flores
alguna vez sin espinas.

Y no direis que inhumano
vuestro placer no prevengo,
cuando por vosotras tengo
llena de heridas la mano.

¿Y á quién, al verla, no asombra
esa guirnalda gentil,

tan vaga, aérea y sutil,
que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la trasparencia
afrenta, así desplegada,
de aire y matices formada,
lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mias,
tiene su verde frescura,
y tan fresca su verdura
como el abril de mis dias.

Aun no ajaron sus colores
del céfiro los arrullos,
ni el huracán sus capullos,
ni las abejas sus flores.

Y con tenue movimiento,
jamás tocaron sus galas
ni del ruiseñor las alas,
ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,
se ostenta con pompa suma
tan fresca como la espuma,
tan suave como la rosa.

Y fresca y süave y pura,
sobre los aires flotando,

desde hoy la dejo esperando
la reina de la hermosura.

—oo—

Por esto si alguna bella
merece el dón soberano,
levante airosa la mano,
y ciña su cien con ella.

—oo—

A Felisa.

EL DIA DE SU BODA.

—

Aunque á la aurora temores,
y al mismo sol dés enojos,
te sienten con mil primores
la languidez en los ojos,
y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
los diamantes en tu cuello,
las rosas en tus mejillas,
que con real ornato brillas
desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
dé á tu belleza decoro,
¡ay, que en tu lindo semblante

oculta cada diamante,
bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
no ocultes los ojos bellos,
porque te dirán con risa
que ya leyeron, Felisa,
tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
las niñas en dulce calma
oyen, con turbado intento,
cosas que murmura el viento
y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
los ángeles, y que hermosos
de luz su frente coronan,
y dobles himnos entonan,
de su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan,
y que en torno se revuelven;
acentos de amor levantan;

las llaman hermosas; cantan;
besan su faz, y se vuelven.

Y en este instante de gloria,
con recuerdos seductores,
ya sé que por su memoria
pasan la amorosa historia
de sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
en esa ilusion tranquila
probando estás amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

Dí si en tus ojos se encienden
los ángeles; si contento
te causa tal vez su acento;
y si mirándote, tienden
las blancas alas al viento.

Dí si recuerdas, Felisa,
las canciones que sonaron
en tu calle, y se apagaron;

¡que por Dios que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Que os es muy grato á las bellas
al són del arpa importuna
oir amantes querellas,
ya al brillo de las estrellas,
ya al resplandor de la luna.

Y os place ver derramados
cantos de amor por los cielos,
porque causen acordados
á otras hermosuras celos,
y á otros galanes cuidados.

Y oís las trovas de amores,
en vuestro lecho adormidas,
como los vagos rumores
que hacen al ondear las flores,
de vuestras rejas prendidas.

Y al despertar, con empeños
tal vez pensais que, halagüeños
os dan, cantando, placeres,

esos dulcísimos seres
con quien platicais en sueños.

Mas ¡ay, que ya se apagaron
aquellos cantos, Felisa,
que en tu alabanza sonaron!
y por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron!

Pasaron los amadores,
llevando sus falsas llamas;
tiempo es que libre de azores
trate, Felisa, de amores,
la tórtola entre las ramas.

Ya no escucharás, cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Las rosas que con pasion
hoy te prendiste galana,
las últimas rosas son
que columpió en tu balcon
la brisa de la mañana.

Si ya con plácidas glosas
tu pecho nunca se embriaga,
aun hay canciones gustosas,

con que á las tiernas esposas
el aura nocturna halaga.

Si trovas no están rompiendo
tus sueños, como hasta aquí,
los romperá el dulce estruendo
de algun pecho que gimiendo
esté, Felisa, por tí.

Y unos sones muy callados
oirás cruzar por los cielos,
sin que causen, acordados,
ni á otras hermosuras, celos,
ni á otros amantes, cuidados.

Y á cada momento, hermosa,
en grata ilusion tranquila,
podrás probar amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

Tu risa.

Agite placentera
la risa veleidosa,
como el aura lijera,
tus mejillas de rosa.
Descienda fugitiva

por la serena frente,
ya desparezca esquiva,
ya torne de repente,
ya en fantástico vuelo
vague, en torno girando,
ya, dando tregua al duelo,
huya y torne fugaz, fugaz pasando.

Y después amorosa,
luego que haya tocado,
ya el labio colorado,
ya la mejilla hermosa,
aérea, rutilante,
como leve ambrosía,
venga á caer amante
en lo mas hondo al fin del alma mia.

—oo—

El arroyo.

—

Arroyo sosegado,
que al resbalar so la enramada bella,
murmuras acordado,
rico de espejos, si de aromas ella,
en vagos resplandores
confundiendo tus visos con sus flores.

Ayer cuando naciste,
eras pequeño manantial sin brio,
después arroyo fuiste;

luego serás en la floresta rio,
y mas allá corriente
que el mar arrostres con soberbia frente.

Apresurado llega,
á par de las clarísimas cascadas,
á la cercana vega,
que á su placer descienden reclinadas
con brillante decoro
en blandos lechos de esmeralda y oro.

Prosigue; que á tu lado
gimiendo iré, cuando fugaz murmures,
y de mí acompañado
hasta el valle serás, aunque apresures
tu cristalina marcha
con frente de ovas y con piés de escarcha.

Los dos con dulce estruendo
iremos, tú placeres murmurando,
yo pesares gimiendo;
y nuestras voces á la par alzando,
serán tus alegrías
rémora acaso de las penas mias.

Cuéntame dó luciente
bordaste de tu linfa cristalina
el manto trasparente
de tanta perla y esmeralda fina,
y con belleza suma
de dónde arrastras tu nevada espuma.

Cuéntame si brotaste
al pié de un sauce ó de elevado pino;
los prados que cruzaste;
cuántos mármoles viste en tu camino;
las flores que bañaron
tus frescas aguas, y á su humor brotaron.

Dime las dulces aves
que de los olmos de tu blanda orilla
te cantaron süaves,
y las sierpes que al verte sin mancilla
vertieron su veneno
para poder cruzar tu limpio seno.

Dime si las zagalas
tus claras urnas ilustrando viste
sin inútiles galas;
y cuéntame los sueños que infundiste
al oir los pastores
el dulcísimo són de tus rumores;

Que yo te iré contando
mis cortos bienes y mis luengos males. —
Mas ¿la vega mirando,
presuroso despeñas tus cristales
y rápido te alejas?
Bien haces ¡ay! por no escuchar mis quejas.

—oo—

—¡Qué hermosa está la vega,
cuando bañada de feraz rocío,

fructífero la riega
el ámbar celestial de tanto rio,
sobre su nácar blando
la clara luz del sol reverberando!

Las aguas trasparentes,
formando al oscilar claros espejos,
los delgados ambientes
arrebolan de mágicos reflejos,
que ya azules, ya rojos,
embelesan estáticos los ojos.

¡Mil veces venturosas,
tan henchidas de honor, como abundantes,
corrientes sonorosas,
que pagando tributos en diamantes,
caminais sosegadas,
de palmas inmortales coronadas!

Y así con tal premura
con las aguas medreis de las praderas,
que, al ver tanta hermosura,
espantada abandone sus riberas,
y ceda á vuestro brio,
reprimida la mar, su señorío.

Seguid, claras corrientes,
con dulces y suavísimos rumores,
poblando los ambientes
de reflejos y débiles vapores,
que como frágil velo
los rayos templen de la luz del cielo.

Y á ocultar en los mares,
que lleveis estas lágrimas os pido,
fruto de mis pesares,
y último resto de mi afán perdido;
si acaso por ser mias
no las desdeñan vuestras ondas frias.

—oo—

Mi harén en Andalucía.

—

Del alba la luz temprana
turbados mis ojos ven,
¿y aun á estas horas, sultana,
desierto tienes mi harén?

¿De cuando acá, vida mia,
á desterrar mis enojos
viene antes la luz del dia
que el resplandor de tus ojos?

Olvida amantes agravios,
y ven, sultana, á mi lecho,
con la sonrisa en los labios
y la ternura en el pecho.

Ven; que ya libre de penas,
te ofrezco en amante lazo
amor en vez de cadenas,
y en vez de hamaca un regazo.

Tus dulces labios en calma
aspiren con tierno afán
estos suspiros del alma
que á tí de su centro van.

Y para darte mas gloria,
tristes verdades mintiendo,
voy á contarte una historia
que anoche forjé durmiendo:

« Era una hermosa sultana
de talle esbelto y galán,
que ha cautivado inhumana,
siendo cautiva, al sultán.

Jamás su altivez sentia
por su cautiverio enojos,
porque la ingrata tenia
la libertad en los ojos.

Y aunque tan cruda la bella
pagaba al amante fiel,
nunca el rigor de su estrella
maldijo en sus cuitas él.

Que al hado acusar de impío,
después de amantes reveses,
es conjurar al estío
que ya ha abrasado las mieses.

Y en las revueltas de amor
tan mal el amor nos paga,

que está en mas el agresor
que hace mas honda la llaga.

En la memoria grabando
el cuento ve, que es tan cierto,
como el que forja soñando
lo que le pasa despierto.

Libre ella, y él en su afán,
vivian hoy y mañana,
así rendido el sultán,
y exenta así la sultana.

Siempre llamaba antes que ella
á sus ventanas el dia,
y con los suyos la bella
jamás sus labios ungia.

Y eso que el triste en su agravio,
por mas que su fe te asombre,
solo secaba su labio
mentando en sueños su nombre.

¡Ay del mortal que en sus sueños
no acuden á darle holganza
esos fantasmas risueños,
fruto de nuestra esperanza!

¡Ay del sultán que en su pena
cultiva locos amores,
como un erial, cuya arena
ni cria césped ni flores!

Digitized by Google

¡Triste de aquel que su amada
junta soñando á su pecho,
y al despertar, olvidada
ve la mitad de su lecho!

Libre ella, y él en su afán,
vivian hoy y mañana,
así rendido el sultán,
y exenta así la sultana.»

Mas, vive Dios, que en mi gloria,
loco de amores creia
que oyendo estaba la historia,
ébria de gozo la mia.

Creyendo verla soñando,
mis cuitas de amor la cuento,
y por Alá que estoy dando
satisfacciones al viento.

Que llamen á mi sultana,
si acaso está en los jardines,
pues ya escucho á su ventana
trinando los colorines.

Decidla que de pasada
van, en conciertos süaves,
echándola la alborada
acia las selvas, las aves.

Ven á quien triste delira,
sultana, y verte desea;

que aquí mi pecho suspira,
si allá el ruiseñor gorjea.

Ven, que ya sueltan rumores,
formando en tu ausencia quejas,
los ramilletes de flores
que anoche colgué en tus rejas.

Y si te place estar viendo
los rayos matutinales,
¿á qué te alejas, teniendo
tus miradores cristales?

Mira desde ellos, si tienen
cosa que alegre tu afán,
cómo las luces se vienen,
cómo las sombras se van.

Las plácidas flores mira
cuál mueve el aura insegura
que entre las peñas suspira,
y entre las ramas murmura;

Y en su correr trasparentes,
y en su revolar süaves,
cantando al són de las fuentes,
poblar los sotos las aves.

Mira en hermoso atavío
rico de galas el suelo,
de algas y conchas el rio,
luz y colores el cielo.

Digitized by Google

Y mira rindiendo amores
hoy á tus piés reverentes
cautivos, árboles, flores,
céfiros, aves y fuentes.

—oo—

Y mira hamacas prendidas
de las palmas;
¡ cuándo estarán así unidas
nuestras almas!
Y cómo alegres en ellas
las cautivas
se están meciendo, tan bellas
como esquivas.

Van del ambiente las alas
regalando,
de estremo á estremo sus galas
columpiando;
y aunque oyen de sus cadenas
el estruendo,
están al menos sus penas
adurmiendo.

Flotando en muelles arranques
van las plumas,
como en rizados estanques
las espumas.
Templa del aire el arrullo
sus congojas,

Digitized by Google

si las inquieta el murmullo
de las hojas.

Y van por las auras vagas
en su vuelo,
como pudieran las magas
por el cielo;
ó como allá en alta noche
placentera
rueda la luna en su coche
por la esfera.

Sultana, ve á columpiarte
voluptuosa;
no haya moro que al mirarte
tan hermosa,
no trueque en grata blandura
su braveza,
y no incline con mesura
la cabeza.

Y forma con las cautivas
tiernos lazos,
puesto que el columpio esquivas
de mis brazos;
tú que en pureza acrisolas
los azäres,
serás el cisne en las olas
de los mares.

Y cual el pájaro amante
que su nido

sobre la rama ondulante
ve mecido,
te miraré, ya marchando,
ya viniendo,
ora si vas, sollozando;
ora si vuelves, gimiendo.

—oo—

Mas deja el columpio erguido,
y ese brillante arrebol,
que ya en el cenít tendido
tus ojos ofende el sol.

Ven á mi harén apiadada,
donde te aguarda esplendente,
con profusion derramada,
toda la gala de Oriente.

Ya busca el agua saltando
del prado la verde alfombra,
y, el vulgo de aves sonando,
entre las palmas la sombra.

La mar apenas murmura,
y alzan muy débil acento
las aguas en la llanura
y en las montañas el viento.

En su lujoso atavío,
los cisnes con pompa suma
cruzan las aguas del rio,
durmiendo en lechos de espuma.

El ruiseñor en su nido
del sol esquiva las llamas,
y entre las hojas dormido
no agita el viento las ramas.

Ven adonde halles las flores
que cria el valle mas puras,
y plumas de mil colores,
como tu fe mal seguras.

Y espejos que serán parte
para templar tus enojos,
pues que rehusas mirarte
en el cristal de mis ojos.

También historias galanas
te contaré en mis afanes,
donde hay ingratas sultanas
y enamorados sultanes.

Verás en ornato bello,
si á tal primor no te asombras,
corales sobre tu cuello,
bajo tus plantas alfombras.

En mis brazos regalados
habrán de adormir tus penas,
las aves desde los prados,
desde la mar las sirenas.

Y con canciones livianas
mitigarán tus dolores,

las auras en las ventanas,
en los jardines las flores.

Entre tan tiernas canciones
te ofrecerán con anhelo,
los aires plumas y sones,
galas y alfombras el suelo.

Y cuando en volubles giros
dándote estén lisonjeros,
perfumes los pebeteros,
y música mis suspiros,

Agitarán con sus alas
en torno de tí los vientos
músicas, plumas y cuentos,
flores, perfumes y galas.

—oo—

Un no sé qué...

A C.

—

Tu dulce rostro, mi bien,
fuera mi dulce consuelo
si algunas veces también
no lo empañara el desdén,
como las nubes el cielo.

Depon tu ceño piadosa,
y el puerto consolador
sé de mi esperanza hermosa;

que el aura es poco amorosa
cuando aja un almendro en flor.

Al ver tu frente galana,
dudo si mi pecho adora
la blanca tez soberana,
ó dudo si me enamora
de tus mejillas la grana.

Tus cabellos me encadenan;
lumbre tus ojos fulguran;
tus acentos me enajenan,
que como el aura murmuran,
y como el céfiro suenan.

Bien sé que en ornato bello
(¡pese á mi esperanza loca!)
muestra diamantes tu cuello,
flores y aroma el cabello,
perlas y néctar tu boca.

Y de la frente á la planta
sé que encantas, pero á fe
que al mirar delicia tanta,
cuando todo en tí me encanta,
lo que me encanta NO SÉ.

Porque aunque hay ojos lumbrosos,
cual los tuyos halagüeños,
dulces, lánguidos, sabrosos,
como la luz amorosos,
y como el alba risueños;

Jamás al verlos deliro,
por mas que plácidos giran;
y cuando los tuyos miro,
mas tiernamente suspiro,
cuanto mas tiernos me miran.

Ese rostro sin igual
tiene para mi tormento
UN NO SÉ QUÉ celestial,
tan estraño como el mal
que al verlo en mi pecho siento.

Es manantial de alegría
con que en vaga incertidumbre
sueña el alma noche y dia;
es para el labio ambrosía,
y para los ojos lumbre.

Centro de mis esperanzas,
que al mirarlo, á su despecho,
entre amorosas holganzas,
el labio suelta alabanzas,
y tiernos ayes el pecho.

Es risa que se dilata
por tu faz encantadora,
¡tan sutilísima y grata!...
que todas las risas mata,
como á los astros la aurora.

Gira, pasa, vuelve, y leve
tus labios apenas toca:

Digitized by Google

y en vuelo rápido mueve
ya de tu frente la nieve,
ya el rosicler de tu boca.

Y cual el aura bullente
suele las flores sencillas,
ella así rápidamente
los labios mueve y la frente,
párpados, tez y mejillas.

La rueda del amor.

RECUERDOS DE UN DIA DE CAMPO.

Aquellas niñas hermosas
que en suma beldad conformes,
teniendo la tez cual nieve,
tengan los ojos cual soles,
y el alma sintiendo, tiernas,
herida de mal de amores,
tanto les falte de esquivas,
cuanto de bellas les sobre,
salgan al campo conmigo
ricas de gracias, adonde
favor al mayo risueño
las brinden, con gracias dobles,
corrientes aguas los valles,
frescos doseles los bosques,
con su verdura los campos
y con su esencia las flores.

Digitized by Google

Oireis sonar encontrados,
y aunque encontrados, acordes,
los enamorados trinos
de músicos ruiseñores,
cuando en sentidos acentos
mustias las tórtolas lloren,
dando en su vuelo á los aires
matices, plumas y sones.
Venid, y hagamos la rueda
llamada de los amores
(que al aprenderla de niño,
no la olvidé desde entonces),
las ricas flores hollando,
y el aire hendiendo veloces,
el aire con los cabellos,
y con las plantas las flores.
Las blancas manos asiendo,
y tan blancas, que las Cortes
nunca tan nítidas manos
dan á sus reyes en dote,
en torno agitad festivas
los aires murmuradores;
que yo vendaré mis ojos,
haciendo del dia noche.
Volad, palomas; que osado
yo espantaré los halcones,
si alguna vez para heriros
muestran sus garras feroces.
Volad, que á la que esta rama,
pasando furtiva, toque,
con la venda de mis ojos

habrá de nublar sus soles.
—¡Oh! ¡qué triste es nuestros ojos
cubrir de sombras informes,
y no sentir de los vuestros
los penetrantes arpones,
ni ver con ansias mortales
de vuestra faz los colores,
ni sobre el aura, al tenderlos,
de vuestros talles los cortes!
Niñas, corred; que aun no escucho
con plácidas emociones
de vuestras ropas flotantes
los sutilísimos roces;
y aunque me pesa en el alma,
no siento los corazones
que muellemente se agitan
bajo esos pechos de bronce.
Volad, palomas; que osado
yo espantaré los halcones,
si alguna vez para heriros,
muestrán sus garras feroces.
Volad, que á la que esta rama,
pasando furtiva, toque,
con la venda de mis ojos
tendrá que nublar sus soles.
Mas ¿cómo sin dar amante
á vuestro enojo ocasiones,
huís, dejándome solo,
sin advertirme por dónde,
tal que siquiera dejasteis,
pasando como ilusiones,

Digitized by Google

ni removida la arena,
ni destroncadas las flores?
Sin duda en mágico vuelo,
como celestes visiones,
entre la grama y los aires
os deslizasteis veloces,
huyendo mi fe constante,
pues vuestros pechos traidores
tienen el aire por guia,
y la inconstancia por norte.
¡Una y mil veces mal haya
quien de vuestras invenciones
amante se fía, y de ellas
la falsedad no conoce!
Y mas que en tanto á la sombra
de estos altísimos robles
maldiga yo vuestro agrado,
y mis desagrados llore;
vosotras entretenidas
mirad las aguas que corren;
que bien está vuestra fe
con su inconstancia conforme,
pues no hay honda que no agiten
á cualquier viento que sople,
ni conchas que no remuevan,
ni árbol ni flor que no mojen,
ni campos que no dibujen,
ni imágenes que no borren,
ni risas que no deshagan,
ni círculos que no formen.
Mas luego que el sol sus rayos

estienda en el horizonte,
haciéndome en las nubes iris
tocando el mar de colores;
Y luego que en régia pompa
parezcan á sus fulgores
mares de sombra los valles,
y mares de luz los montes,
vendreis á buscar frescura,
cuando el calor os agobie,
y me tendreis que encontrar,
aunque no querais entonces;
y yo á la sombra tendido
de estos altísimos robles,
no os he de dejar el puesto,
por mas que tierno os adore,
ni miraré enamorado
de vuestra faz los colores,
ni sobre el aura, al tenderlos,
de vuestros talles los cortes,
y no vendaré mis ojos,
mas que en no hacerlo os enoje,
y hasta ahogaré mis suspiros,
aunque con ellos me ahogue.

-oo-

Haré todo esto que digo,
y mas que vereis entonces,
y á fe de amante lo juro
por esas aguas que corren.

-oo-

LA ACCION DE BELASCOAIN.

Cancion dedicada al bizarro general

D. Diego Leon, conde de Belascoain.

—

Hélos allí ganando
la alta cerviz de la empinada sierra,
en pos del fiero bando
que de ella huyendo, y proclamando guerra,
va en las nubes buscando
una segura via,
pues ya su cobardía
no encuentra asilo en la espaciosa tierra.
Ved á Leon, en su furor tremendo,
gritar desde la altura:
« ¡Guerra, soldados! del cañon horrendo
al fúnebre tronar, la lumbre pura
del sol mil nubes condensadas cieguen;
de púrpura humeante
montes y valles sin piedad se aneguen;
el Arga murmurante
restos humanos cuajen;
de sangre palpitante
tantos arroyos de las cumbres bajen,
cuantos soldados á las cumbres lleguen.»

A su voz respondiendo
bronco el cañon, majestuoso suena,

que de un discorde estruendo
hinche los valles y los campos llena;
y fugaz discurriendo
ya en el vago horizonte,
ya desde el prado al monte,
todo el contorno en derredor atruena.
Del ronco són, que libertad pregona,
la alta montaña herida,
estremece su rústica corona,
de pinos, hayas y laurel tejida.
Huye el rebelde, y entre riscos quiere
guardar la vida odiosa;
que la vida al honor el vil prefiere.
Mas en su cueva umbrosa
le sorprende espantado
una muerte afrentosa;
y el último ¡ay! del huracán llevado,
como su orgullo, en el espacio muere.

¿Tan vilmente se humilla,
y osa á los libres imponer sus leyes
esa infernal cuadrilla?
¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!!
¿A la alzada cuchilla
se rinden del verdugo?
¡No será leve el yugo
que agobie el cuello de tan mansas greyes!
Levantad la cerviz que de un tirano
huella la inmunda planta,
y torpes no lleneis el nombre hispano
de tanto oprobio, de ignominia tanta.

De esos ilusos desechad el ruego ;
que el premio de afán tanto ,
entre cadenas os lo guardan luego.
Mas huid con espanto ,
huid , turba obcecada ;
yo os execro en mi canto ;
la luz de la razon os es privada ;
que torpes sois , y el fanatismo es ciego.

Seguid hasta la cumbre ,
libres soldados , la canalla impía ,
y en fiera muchedumbre
baje rodando de la selva umbria.
La negra servidumbre
purgad del patrio suelo ;
que no suban al cielo
votos que afrentan á la patria mia.
Derrocad ese trono que sustenta
tantos ídolos falsos ,
en derredor del cual , por mas afrenta ,
la baja adulacion sembró cadalsos.
¡Guerra , soldados! su ominosa vida
rinda el vil en ofrenda.
¡Guerra! y no el alma á compasion movida
vuestro puñal suspenda.
De èsa cobarde gente
no os prometais la enmienda :
quien servil una vez dobló la frente ,
nunca el camino del oprobio olvida.

Ya el doblar aguerrido
del trémulo atambor se va atenuando ,

y el hórrido estampido
se trueca del cañon en eco blando.
El humo ennegrecido,
que como denso velo,
roba la luz del cielo,
raudo disipa el aquilon soplando.
El Arga turbio en campos de esmeralda
se arrastra ensangrentado,
y afean charcos de carmin y gualda
el verde esmalte del florido prado.
Cadáveres sin fin del monte frio
coronan el altura;
cadáveres sin fin del soto umbrío
ocupan la llanura.
Ya el estruendo se aleja;
cesó la guerra dura;
solo en el valle, como en són de queja,
callan los ecos y murmura el rio.

—oo—

Tu boca.

—

Para formar tan hermosa
esa boca angelical,
hubo competencia igual
entre el clavel y la rosa,
la púrpura y el coral.

Mintiendo sombras de bien,
en ella el mal se divisa,

por lo que juntos se ven
ya la apacible sonrisa,
ya el enojoso desdén,

Y en los senos abrasados
engendra con doble holganza,
ó con tormentos doblados,
cada risa una esperanza,
cada desdén mil cuidados.

Cual las conchas orientales
es tu boca, y por vencerlas
muestra en riquezas iguales,
cuando desdeña, corales,
y cuando sonríe, perlas.

Y si con sombras de bien
tal vez el mal se divisa,
es porque en ella se ven
guardar la miel de su risa
las flechas de su desdén.

Si á mí su rigor alcanza,
al ver su hermosura, siente
el corazon doble holganza;
y aunque un desdén me atormente,
déme una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca,
que solo sus frescos labios

el aura pasando toca ;
que haciendo al ámbar agravios,
su miel á gustar provoca !

¡ Oh, bien haya cuando ufana
dando enojos á la rosa,
muestra su cerco de grana,
fresca como la mañana,
como el azâr olorosa !

Y si acaso dulcemente
suelta plácidas congojas,
ya es el rumor del ambiente,
ya el susurro de las hojas,
ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sones respira,
las aves del prado encanta ;
y si á vencerlas aspira,
con las que gimen, suspira ;
con las que gorgean, canta.

Tu miel, aroma y colores,
rinde en amante oblacion,
flor, ante cuyos primores,
mustias é inútiles flores
las flores del valle son.

El néctar mas regalado
deja que de amores loco

beba en tu labio abrasado;
para una abeja es sobrado
lo que para muchas poco.

¡Mas ay! que vertiendo quejas,
me esquivas tu dulce miel;
en vano de una te alejas,
si ves que miles de abejas
poblando van el verjel.

¡Ay de la rosa encarnada,
que en su seno de carmin
niega á una abeja la entrada!
Tantas la acosan al fin,
que queda sin miel, y ajada.

¡Ay de las cándidas flores,
si alzan su capullo tierno
del estío á los ardores!
¡Ay del panal, si el invierno
lo yela con sus rigores!

Dame los gustos sin tasa,
pues ves que el sol estival
las tiernas flores abrasa:
mira que amarga el panal
cuando de sazon se pasa.

Ríndete á mí placentera:
no te rinda con agravios

de abejas la turba fiera:
que herir esos dulces labios
herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves
dame, y sus dones olientes
libaré en besos süaves,
sin que lo canten las aves,
ni lo murmuren las fuentes.

Las sirenas.

Oyendo un dulce cantar
que el corazon me cautiva,
alegre, abajo y arriba
cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas
que no revista de encanto
ese dulcísimo canto
de esas que llaman *sirenas*,

Aunque á sus tiernos cantares
ensayen rudos concentos,
bramando roncos los vientos,
sordos mugiendo los mares.

Mirando al agua, las horas
paso en la fresca ribera,

por ver las sombras siquiera
de tan divinas cantoras.

Mas aun no sé cuándo bellas
hienden las ondas esquivas,
ni si deslizan furtivas
sobre las aguas sus huellas.

Jamás las ví entre la bruma
cruzar los aires sutiles,
ni adormecerse gentiles,
meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,
cuando las ondas se amansan,
tal vez alegres descansan
sobre las rocas tendidas;

Y cuando horrísono ensaya
hondas tormentas la mar,
tampoco sé si á buscar
vienen asilo á la playa.

Voy, por mirarlas á solas,
de roca en roca saltando,
y al desbravarse, mirando
una por una las olas.

Mas nunca en la densa bruma
llego á mirar las sirenas,

ni en las revueltas arenas,
ni en rocas, aguas ni espuma.

Y solo llego á escuchar
cómo responde entre tanto
al dulce són de su canto
con broncos tumbos la mar.

-oo-

¿Mas quién sabe si en rocas ni en arenas,
será el buscarlas importuno intento,
por ser esas dulcísimas sirenas
los quiméricos seres de algun cuento?

Y si quimeras son ¿cómo ó de dónde
se elevan esos plácidos cantares,
á cuyo ruido celestial responde
el bronco són de los revueltos mares?

¿Y por qué entonces incesante giro
de playa en playa, delirando á solas,
y una por una embelesado miro,
al desbravarse con furor, las olas?

¿Por qué prendado de la mar sonora,
al fresco borde de su margen fria,
las sombras al bajar, me halla la aurora,
y la noche al subir, me deja el dia?

Sin duda que en sus huecos inmortales,
en aposentos de esmeraldas finas,

otra raza de seres celestiales
ilustra sus moradas cristalinas.

Porque un recuerdo, en mi ilusion de gloria,
me despierta, bramando, el mar profundo,
y un niño solo tiene en su memoria
angélicos recuerdos de otro mundo.

—Cantad y refrenad, hondas sirenas,
el furor de los bravos aquilones,
aunque no os vea en rocas ni en arenas,
seais sombras, recuerdos ó visiones.

Cantad y refrenad los vendavales
que el manto arrugan de la mar tendida,
y en alas de esos cantos celestiales
llevad hasta su término mi vida.

De la existencia por el mar horrendo
mi nave conducid á toda vela,
no cual tardo reptil que va gimiendo,
como el ave que canta cuando vuela.

En palmas me llevad, cual los bajeles
que guiais á las playas mas remotas;
así os formen bellísimos doseles
con sus alas las blancas pavïotas.

—Cantad, sirenas; de la mar sonora
al ronco són alzad vuestra armonía,

como al fulgor de la naciente aurora
murmullos alza la floresta umbría.

Muévaos el ver cómo incesante giro
por veros en las vastas soledades;
y aunque fantasmas sois con quien deliro,
son los sueños mis dulces realidades.

—∞—

Hay almas como la mia,
que no aquejan pesadumbres,
y pronto, si las aquejan,
su grave peso sacuden.
Almas felices en todo,
que solo sus gustos cumplen
siguiendo tantos placeres
cuantos pesares rehuyen.
Almas en fin, que no hay pena
que felizmente no endulcen,
próximo mal que no espanten,
lejano bien que no busquen;
que siempre los serafines
ven en los aires azules;
junto á las verdades, sueños;
entre las tinieblas, luces;
flores sin fin en los llanos,
fuentes y luz en las cumbres,
en los estanques sirenas,
y sílfides en las nubes.
Dichosas almas que tienen
el delirar por costumbre,

y siempre hermosas visiones
con tierno afán las circuyen :
que penetrando en el cielo,
roban osadas su lumbre,
y luego pintan el mundo
con un color que seduce.
—¡ Y á la verdad, es muy triste
mirar con ojos comunes
las ásperas realidades,
sin los mágicos vislumbres
con que las visten las almas,
del cielo robando el lustre,
porque esmaltadas, los rayos
de nuestros ojos no ofusquen!
¡ Es triste dejar la senda
que césped y flores cubren,
para seguir un camino,
que abrojos su paso obstruyen;
y no que aunque al fin se acerquen,
y la existencia aventuren,
las almas como la mia
en alas de los querubes
caminan al ¡ ay ! postrero
por esas sendas ilustres
que noblemente trazaron
entre la tierra y las nubes!
Por eso junto á los mares,
aunque fatídicos mugen,
oigo un són como el del aire
que entre los árboles fluye,
y miro chocar las ondas

que en su furor se destruyen,
y las espumas que cuajan,
y las riberas que cubren,
todo por ver las sirenas;
y ni en las aguas volubles,
ni en los diamantes que arrojan,
ni en la arena que sacuden,
ni en las altísimas rocas
donde su rabia destruyen,
las llego á ver en mi anhelo,
cantando con sus laudes;
pero las creo, aunque acaso
de su existencia se dude,
porque en creerlas el alma
con todos sus gustos cumple,
y porque también he visto
que las verdades sucumben
ante el aspecto risueño
de unas mentiras tan dulces.
Por eso en los hondos valles
no hay muelle són que no escuche,
delirio que no me halague,
verdad que no me repugne:
ni oigo un ave que pintada
quejas de amor no divulgue,
cuando dulcísimas pueblan,
cantando, los abedules.
Alegres nuevas me traen
los pájaros transeuntes;
me es plácida cualquier brisa,
y cualquier aire perfume.

Y aunque estos y otros placeres
loco tal vez me figure,
las almas como la mia
con solo soñarlos cumplen.

—oo—

La beata de máscara.

—

La del enlutado manto,
la de la toca de encaje,
la de mil hombres encanto,
¿cuánto va á que no es tan santo
tu pecho como el ropaje?

En vano ocultarnos trata
de tus ojos los destellos
el lienzo que te recata;
y por Dios que son, beata,
para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno
pesa la cruz de un rosario,
y aunque humilde *nazareno*,
muriera de gozo lleno
en tan hermoso calvario.

Y, pese á tu religion,
en vano ¡ay triste! sofoca
deseos mi corazon;

que oculta una tentacion
cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,
y juro, aunque temerario,
no creo en tí fe alguna,
si pasas una por una
las cuentas de tu rosario.

—oo—

Al rio Navia.

—

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!
pintada en tu cristal la patria mia,
déjame ver á tu falaz reflejo
el sitio do mi cuna se mecia.

Tú el primer canto de mi amor oiste;
al nacer, tu saludo fué el primero;
tú mi primer vajido recogiste;
recogerás también el ¡ay! postrero.

—oo—

Tu margen florida
pisé siendo niño,
y al ver tanto aliño
en torno de tí,
ensueños hermosos
forjaba la mente,
creyendo inocente
que el mundo era asi.

Vi alegre en tus aguas
la vega pintada;
de flores cercada
la vida soñé;
mas eran ilusos
tus varios colores,
y abrojos sin flores
tan solo encontré.

Bullendo sonoro
meció tu murmullo
con plácido arrullo
mi edad infantil;
y yo, pobre niño,
pensé, Navia, que era
pensil tu ribera,
tus aguas pensil.

Mas ¡ay! que las flores
que tú retratabas,
y al prado encelabas,
florido rival,
ansioso mi anhelo
queria gozarlas;
pero iba á tocarlas,
y hallaba cristal.

Si fueron tus flores
mentidas visiones,
y mis ilusiones
se fueron en pos,

Digitized by Google

¡ay Navia! lloremos
engaños que vimos,
pues locos mentimos,
mentimos los dos.

Inquieto en tus aguas
el viento remueve
montañas de nieve
en playas de azul,
brillando en sus cumbres
zafir y esmeralda,
su líquida falda
bordada de tul.

Entre algas y arenas
serpeas errante,
cual mole ondeante
de inmenso reptil,
sirviéndote fácil
de aliento la bruma,
de escamas la espuma
que flota gentil.

Cien veces mi patria
miré á tu reflejo,
magnífico espejo
de limpio cristal;
y al verla en tus aguas
mecerse bullente
ilusa la mente,
juzgábala igual.

Digitized by Google

Robusto en el valle,
tendiéndote manso,
con blando descanso
te huelgas en él;
trocando tus perlas
por sus esmeraldas,
ciñendo guirnaldas
de rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista
de sombras y tules,
tus ondas azules
tal vez consultó;
bullir en el fondo
veia tu hielo,
la vega y el cielo,
las flores y yo.

Si fueron mentidas
tan bellas visiones,
y mis ilusiones
se fueron en pos:
¡ay Navia! lloremos
engaños que vimos,
pues locos mentimos,
mentimos los dos.

—oo—

Rio, que invades copioso
del hondo valle la anchura,
refrena el curso abundoso;

que tras de este valle umbroso,
te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,
cesa de ir tan vano, cesa,
porque en tu loca arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna á la huesa.

Y en esa orilla inmediata,
que el mar peina su arenal,
tu mole allí se desata,
y hundes la frente de plata
en su seno de cristal.

Y entonces, adios mis sueños,
adios tus flores mentidas;
pues tú entre dulces despeños,
y yo entre gratos ensueños,
acabamos nuestras vidas.

Y si ambos fuimos en pos
de sueños, teniendo en poco
el mundo real, vive Dios,
que ignoro cuál de los dos
ha sido, Navia, mas loco.

Que á la luz de la pasion
los sentidos se embelesan;
pero á la de la razon,

plomo los párpados son,
que sobre los ojos pesan.

Adios, Navia; en tu jactancia
cesa de ir tan vano, cesa;
no olvides que en tu arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna á la huesa.

Su imagen.

Errante sol de aromas circundando,
tu ardiente lumbre tenue debilita;
que ya mi corazon, de arder cansado,
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que estravió la luna,
ángel perdido que bajó del cielo,
vision deslumbradora, que importuna
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y mas girar!... Lentas sus alas
lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te exhalas?
¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega.
desprendida mitad del alma mia,

aunque tu imagen me deslumbra y ciega,
blanca de noche, y negra por el dia.

Se mece ante mis ojos desplegada
como la espuma cándida de un rio,
tal vez por los suspiros agitada
que salen hondos ¡ay! del pecho mio.

Su virgen luz perdida, en el ambiente
reverbera purísima y serena,
y en las límpidas aguas del torrente,
cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,
luciente envidia de la nieve y grana,
copia feliz de la encendida rosa,
lisonja del albor de la mañana.

En donde quiera engendra el alma mia
su imagen pura, rutilante y bella,
ante el disco del sol al medio dia,
por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbre,
hidrópica mi vista, fascinada,
de los astros la inmensa muchedumbre,
para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa
oscilando el arroyo cristalino,

y su acento el murmullo de la brisa,
y también el zumbar del torbellino.

La veo en todas partes seductora,
llevada de mi ardiente fantasía,
en cada aviso al despuntar la aurora,
en cada sombra al caducar el dia.

Y despierto la miro embebecido,
animada ilusion de mi deseo;
y si cierro los ojos adormido...
yo no sé dónde está, pero la veo.

El amor de la sierra.

A tiempo que sube ufana,
matizando el horizonte,
de púrpura la mañana,
cantando, de un fresco monte
baja una linda serrana.

Con voz que á la alondra afrenta,
el campo alegrando viene,
y aunque triste se lamenta,
mucho el oirla contenta
por lo que de dulce tiene.

No hay céfiro, ave ni fuente,
que con su voz no avasalle;

Digitized by Google

por eso á su són doliente
responden tan dulcemente
los ruiseñores del valle.

En su purísimo acento
hallan los tristes dulzura,
los tibios grato ardimiento,
los afligidos contento,
y los amantes ternura.

Baja el rebaño olvidado,
y es, á mi entender, locura
pensar que cuide el ganado
la que tan solo se cura
de un amoroso cuidado.

No halaga ya cual solia
á la cordera leal,
que cuando sal la ofrecia,
antes de comer la sal,
su blanca mano lamia.

Y si de la sierra al prado
baja al nacer la alba hermosa,
no es por mirar si templado
se eleva el sol, coronado
de grana, jazmin y rosa:

Es por oir un pastor
que acaso á sus resplandores

cántigas alza de amor;
y ella se muere de amores,
oyendo al dulce cantor.

Mirando va con presteza
los fresnos uno por uno,
y es por ver si en su corteza
al nombre de su belleza
añadió su nombre alguno.

En vano á la fuente, ansiosa,
su sed va á apagar crüel,
porque á aquel labio de rosa
el agua le es enojosa,
y desabrida la miel.

En vano con dulce riego
su sed un momento halaga,
pues ignora en su error ciego
que solo el amante fuego
con llama de amor se apaga.

Y mira tan envidiosa
al olmo la vid amena
entrelazarse frondosa,
como su tez la azucena,
como sus labios la rosa.

Y vagando con la mente
embebida en sus amores,

tal vez se lava en la fuente,
ó tal vez indiferente
coge, sin notarlo, flores.

Ya con ansias mas süaves.
sobre la florida alfombra,
templa fatigas mas graves,
y acaso á la fresca sombra
duerme al rumor de las aves.

—¡Qué hermosa está entre claveles
cuando gentil se recuesta,
templando penas crüeles,
bajo los verdes doseles
de la encantada floresta!

¡Qué bello entre esencia pura
adormecer los sentidos,
ver el agua que murmura,
y respirar la frescura
de pabellones floridos!

¡Cómo el pecho se serena
entre ilusiones sin fin,
adonde el alma enajena
ya el color de la azucena,
ya la esencia del jazmin!

¡Qué vista tan placentera
nos forman cruzando á veces

en perspectiva hechicera,
los rios por la pradera,
y por los rios los peces!

Son las delicias mayores
ver poblado el firmamento
de fúlgidos resplandores,
de gratos sones el viento,
y el campo de ricas flores.

Entonces es cuando mansa
quejas el aura suspira,
su furia el torrente amansa,
y sobre el prado que gira
bañando rosas, descansa.

Entonces van trasparentes
los aires meciendo olores;
forman ruido las corrientes,
los prados alzan colores,
despiden visos las fuentes.

Los frescos vientos orean,
la flor su bálsamo esprime,
los verdes sauces ondean,
y si una tórtola gime,
mil ruiseñores gorjean.

Tendida en la verde alfombra
la serrana, ni galán

templa el céfiro su afán,
ni la humedad de la sombra,
ni el fresco del arrayán.

—En vano con loco intento
buscas, serrana, la calma,
pues llevas de tu tormento
la causa en el pensamiento,
y la inquietud en el alma.

¿Con qué nombre te embelesas,
que en la arena lo describes,
y de copiarlo no cesas,
que tantas veces lo besas
por cada vez que lo escribes?

¿Por qué á escuchar los pastores
vas, cuando á la aurora cantan,
si ves que brotan amores
los delicados vapores
que las praderas levantan?

Escucha el murmullo blando
de aquella fuente serena
que cerca va murmurando,
el bello tren arrastrando
de algas, espumas y arena.

Y en ella ve tus perfiles,
si es que acaso los divisas,

sin que sus ondas sutiles
aquesas formas gentiles
desvanezcan con sus risas.

Y tu mejilla rosada
mírala ya sin color;
advierte, en hora menguada,
la boca mas colorada
descolorida de amor.

No escuches ¡ay! los pastores,
si quieres cobrar la calma,
pues del alba á los fulgores
abre su sagrario el alma,
como su cáliz las flores.

Mírate en la fuente igual;
y mira que solicitas,
serrana hermosa, tu mal,
si en la inconstancia no imitas
su trasparente cristal.

—oo—

El baile.

A CLEMENTINA.

—

Bailan, ardiendo en amorosas llamas,
confundidos galanes y hermosuras,
y cual suelen las vides en las ramas,
se apoyan en los brazos las cinturas.

Suben y bajan, en revueltos giros
los piés cruzando con lascivo juego,
y brotan en miradas y en suspiros
lumbre los ojos, y los labios fuego.

Con blando impulso y arrobado intento
se sacuden, columpian y suspenden,
y revolando á la merced del viento
leves las gasas, lo que encubren, venden.

Torpes brazos las formas peregrinas
profanan de las púdicas doncellas,
que al mecerse las rosas entre espinas,
rasgan su manto de color en ellas.

¿Mas adónde está el alma que no enferma
de impuras órjias el vapor liviano?
No hay castos pensamientos que no aduerma
dulce vaivén de cariñosa mano.

De riquísimas hebras los cabellos
vierten copia gentil por las espaldas.
y ondean con primor, asidas de ellos,
fragantes y hermosísimas guirnaldas.

Nieve las frentes, las mejillas rosa,
do quier ostentan con falaz decoro;
y en rica pompa y apariencia hermosa,
néctar los labios, y las sienes oro.

Muestran perlas las nítidas gargantas,
y los ojos suavísimos destellos,

leves coturnos las lijeras plantas,
donaire y gracia los torneados cuellos.

Turba los ojos y la mente inquieta,
ya la alba tez de una amorosa espalda,
ya el vuelo de una gasa mal sujeta,
ya el roce voluptuoso de una falda.

En los brazos, los talles mas gentiles
sosegados se aduermen, y las sombras
van en revuelta confusion sutiles
cruzando sobrepuestas las alfombras.

Al pasar por los limpidos espejos,
como los sueños en tropel vistoso,
las imágenes doblan los reflejos,
arrebolando el aire vagoroso.

Y delirando amores, y dementes,
entre gasas, y músicas y aromas,
se rozan, con pensados accidentes,
confundidos balcones y palomas.

—oo—

¿Cómo al ver de tantas bellas
al lindo y airoso talle,
no hay uno entre todas ellas
que como el tuyo avasalle?
Porque ondea con pausado
movimiento
como el lirio columpiado

por el viento.
No hay una vez que se mueva
que no afrente
á ese vapor que se eleva
de la fuente.
Mas no abandonaras tanto
tu cuerpo en grata delicia,
si nos descubriera el manto
la mano que con encanto
tu ceñidor acaricia.

No hay pecho que no lastimes,
y pierda al verte la calma;
que donde la huella imprimes,
todos rendimos el alma.
Tienen tus plantas divinas
tal presteza,
y tan dulcemente inclinas
la cabeza,
que parece que besando
vas la sombra
que leve estás proyectando
por la alfombra.
Con ojos y piés encantas,
y causa, por Dios, enojos,
el que entre delicias tantas,
tormento nos den tus plantas,
cuanto nos matan tus ojos.

¿Por qué derribas el manto,
haciendo de él rica falda,

si ves que el calor no es tanto
que pueda ofender tu espalda?
Porque viendo los estremos
que descubres,
las gracias adivinemos
que aun encubres.
¡Ay! ¿por qué el manto derramas,
si tu nieve,
mucho mas que hielos, llamas
vibra aleve?
Coge el manto descuidado,
cubriendo el rico tesoro;
que mas que placer da enfado
mirar, Clementina, el oro
para otro dueño guardado.

¡Oh! ¡con qué aire tan gentil
vienen y van las hermosas!
Tal se mira en el pensil,
cuando se mecen las rosas.
¡Oh! ¡qué sones tan süaves
se levantan!
No son mas dulces las aves
cuando cantan.
¡Cuál flota el leve atavío
de las plumas!
Perdonen del claro rio
las espumas.
Y si los ojos se tienden,
ven por do quiera que pasan,
cabellos que el alma prenden,

serenos ojos que encienden,
húmedos labios que abrasan.

Las mal prendidas melenas
cubren las blancas espaldas,
estas mostrando azucenas,
cuando las otras guirnaldas.
Mil confundidos acentos
amorosos
llevan y traen los vientos
sonorosos.
Lucen las mejillas puras
sin afeite,
y brota de las cinturas
¡tal deleite!...
Que entre aromados vapores
se confunden ellas y ellos,
y todo respira amores,
ojos, espaldas, cabellos,
cinturas, labios y flores.

En torno á tu talle erguido
se agitan mil amadores:
siempre al árbol mas florido
acuden los ruiseñores.
Y sin duda que adivinas
tu belleza,
pues tan dulcemente inclinas
la cabeza,
que parece que besando
vas la sombra

que leve estás proyectando
por la alfombra.
Y entre tan rica labor,
tu planta lijera avanza,
dando á su esmalte esplendor;
por eso muere la flor,
cuando á besarla no alcanza.

Deja que toque süave
aquesa cintura leve,
como cuando vuela el ave
los blandos copos de nieve;
Y agítate con pausado
movimiento,
como el lirio columpiado
por el viento.
Que tus cabellos en calma
me coronen,
y que el cuello como el alma
me aprisionen.
Y deja que los fulgores
beba de tus ojos bellos,
pues todo respira amores,
ojos, espalda, cabellos,
cinturas, labios y flores.

—oo—

La Palma.

CANCION.

—

Esa palma que en tu encanto,
hace sombra á tu ventana,
con las aguas de mi llanto
acreció su pompa vana.
Y por ella
fe y constancia me juraste,
niña bella;
pero cruda me engañaste.
Porque iluso en mis congojas,
cuando amante lo jurabas,
miré al tronco, y me enseñabas
la inconstancia de sus hojas.

Las tórtolas plañen
tu ausencia dolientes,
murmuran las fuentes
tu crudo rigor.
De amor gime ese árbol,
mis cantos de amores,
de amor esas flores,
y el viento de amor.

Cuando turban quejas graves
de la noche la honda calma,
¿piensas, dí, que son las aves
que se anidan en la *palma?*

No, bien mio;
que es un triste ¡ay Dios! que llora
tu desvío
por la noche, hasta la aurora.
Y en su mal, por si importuna,
como oscura ve tu reja,
alza el triste, en són de queja,
sus plegarias á la luna.

Las tórtolas plañen
tu ausencia dolientes,
murmuran las fuentes
tu crudo rigor.
De amor gime ese árbol,
mis cantos de amores,
de amor esas flores,
y el viento de amor.

Mil instantes, tus secretos
espié por la mañana,
cobijado en los objetos
que hacen sombra á tu ventana.
Y hubo alguno
en que en sueños esclamaste:
«¡qué importuno!»
y á otro lado te tornaste.
Maldecíasme, y yo en tanto,
al susurro de tus quejas,
estrellaba ¡cielo santo!
mis suspiros en tus rejas.

Las tórtolas plañen
tu ausencia dolientes,
murmuran las fuentes
tu crudo rigor.
De amor gime ese árbol,
mis cantos de amores,
de amor esas flores,
y el viento de amor.

—oo—

A unos ojos.

—

Mas dulces habeis de ser,
si me volveis á mirar,
porque es malicia á mi ver,
siendo fuente de placer,
causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno
el que en suerte tan crüel
sea ese mirar sereno
solo para mí veneno,
siendo para todos miel.

Si crüeles os mostrais,
porque no quereis que os quiera,
fieros por demás estais,
pues si amándoos, me matais,
si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender,
venganza podeis tomar,
pues es fuerza os haga ver
que ó no os dejo de querer,
ó me acabais de matar.

Si es la venganza medida
por mi amor, á tal rigor
el alma siento rendida,
porque es muy poco una vida
para vengar tanto amor.

Porque con él igualdad
guardar ningun otro puede;
es tanta su intensidad,
que pienso ¡ay de mí! que escede
vuestra misma crüeldad.

¡Son, por Dios, crudos azares
que me den vuestros desdenes
ciento á ciento los pesares,
pudiendo darme á millares,
sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento
y dolor mas importuno,
el ver que mostrais contento
en ser crudos para uno,
siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás
que tengais ojos serenos,
á los que, de amor ajenos,
os aman menos, en mas,
y á mí que amo mas, en menos.

Y es, á la par que mortal,
vuestro lánguido desdén
¡tan dulce...! tan celestial...!
que siempre reviste el mal
con las lisonjas del bien.

¡Oh si vuestra luz querida
para alivio de mi suerte
fuese mi bella homicida!
¡quién no cambiara su vida
por tan dulcísima muerte!

Y solo de angustias lleno,
me es mas que todo crüel,
el que ese mirar sereno
sea para mí veneno,
siendo para todos miel.

—oo—

La flor de la Jardinera.

—

Como la luz hechicera,
galana como el abril,
adoro á una jardinera
que, hermosa, en cuidar se esmera
el mas hermoso pensil.

De su seno la blancura,
envidia de los amores,
con gasas velar no cura,
pues solo cubre con flores
las flores de su hermosura.

De su cabello colgadas
ondean guirnaldas bellas,
blancas, verdes, coloradas,
mas que porque van atadas,
porque lo pretenden ellas.

Es tal su planta al triscar,
que no consigue su brio
la verde grama inclinar,
pues solo aspira á tocar
la plata de su rocío.

Si muestra su faz, encanta,
y cuando tierna suspira,

al aura de envidia espanta,
al claro sol cuando mira,
y al ruiseñor cuando canta.

Y si ensaya su sonrisa
en las bullidoras fuentes,
corren hasta el valle aprisa,
para que á ensayar su risa
vaya en pos de sus corrientes.

Y cuando en dulces querellas
el vario curso reparan
de sus cristalinas huellas,
mas por mirarla se paran,
que porque se mire en ellas.

Y porque el lindo gracejo,
cuando se mueven, no ultrajen,
mira del sol al reflejo,
pues solo de tal imagen
puede la luz ser espejo.

En el jardin que cultiva
hay rosa de tal afeite,
que el gusto mas tibio aviva,
y tal su aficion cautiva,
que es la flor de su deleite.

Flor hermosa de manera,
que aunque vegeta entre mil,

casi á jurar me atreviera
que es la mejor del pensil
la flor de la *Jardinera*.

Es rosa tan deseada,
de tan bello rosicler,
tan en estremo agraciada,
que todos la sueñan ver,
siendo de todos vedada.

Que es esta flor peregrina
de la belleza el crisol,
su esencia á pensarlo inclina,
pues por la luz se adivina
que es tan magnífico el sol.

Recatándose á los ojos,
da al alma tantos enojos
cuanta espina la rodea,
pues siempre nace entre abrojos
la flor que mas se desea.

Ya hubiera la oculta flor
ella mil veces cogido,
si tan dulcísimo error
no lo nublara el dolor
después de haberla perdido.

Cogerla para recreo
fuera justo por demás,

Digitized by Google

y en su amante devaneo
le viene mas en deseo,
cuando la acaricia mas.

Tiene tan bellos colores,
que nadie habrá que se queje
si goza de sus primores....
¡Triste del dueño que deje
guardar á una niña flores!

Sueña á veces que amorosa
á alguno la rosa dió;
mas soñando cariñosa,
tantas regaló la rosa,
cuantas veces se durmió.

Y sueña que á algun villano
la da cual prenda de amor,
por ser gentil hortelano,
y porque siendo verano,
puede agostarla el calor.

Y si con fatigas graves
pierde al dormir su delicia,
despierta, y con mas süaves,
ve que el aura la acaricia,
y la enamoran las aves.

Y en confuso susurrar,
con ánimo mas sereno,

ve las avejas volar,
que ansiosas quieren libar
la miel que abriga en su seno.

Y la cuida de manera,
y tal descuella entre mil,
que puede jurar cualquiera
que es la mejor del pensil
la flor de la *Jardinera*.

Mas ¡ay! que en su devaneo
aguija tanto su idea,
que es aquella flor preveo,
segun cortarla desea,
la espuela de su deseo.

Y tal vez á algun villano
la dé cual prenda de amor,
por ser gentil hortelano,
y porque siendo verano,
puede agostarla el calor.

Ya que guardarla la altera,
la cortará; y es razon,
pues pasó la primavera,
no se pase de sazon
la flor de la *Jardinera*.

Y á fe que es muy justa cosa,
puesto que está sazonada,

Digitized by Google

que la *Jardinera* hermosa
coja el fruto de una rosa
con tanto afán cultivada

Y que se trueque el rumor
de los céfiros süaves
en són mas arrullador,
y los coros de las aves
en dulces himnos de amor.

¿Qué niña habrá que si fuera
de aquel ameno pensil,
como ella, la *Jardinera*,
del huerto una flor no diera,
teniendo en el huerto mil?

Gozará de sus primores;
si el dueño de ella se queja
vanos serán sus clamores,
porque es muy necio quien deja
guardar á las niñas flores.

—oo—

A Blanca.

ROMANCE.

—

« En poco tienes mi dicha,
sabiendo que tu tardanza
llena mi pecho de angustias,
y de sospechas mi alma.

Bien se conoce que ignoras,
ó al menos de hacerlo tratas,
que son los instantes siglos
para una amante que aguarda.

¿Qué leyes de amor ordenan
á tu voluntad ingrata
que des placer á tus gustos,
tal vez sirviendo á otra dama,
mientras te aguardo aterida,
junto á una reja sentada,
trocando el calor del lecho
por el rigor de la escarcha?

¡Ay! no era asi cuando amante
en la alta noche cantabas,
con tierno afán ponderando
mi ingratitud y tus ansias.

¿Adónde está la firmeza
de aquellas dulces palabras,
para tu bien acogidas,
y para mi mal quebradas?

Sin duda por lo lijeras
se las llevaron las auras,
si no fué que en mis paredes
se quebrantaron por blandas.

Acuérdate de las veces
que me juraste con ansia,
mirando á la virgen luna,
tu fe, por su lumbre clara.

¡Jurábasme por la luna!
Por buen seguro jurabas,

porque es la fe de los hombres
como la luna, voltaria. » —

Así se queja una niña
que con su amante soñaba,
quedando en brazos del sueño,
ya de esperarle cansada.
Las blancas sienes tenia
sobre la reja apoyadas,
con hondo afán espiando
cualquier susurro del aura;
y oyendo estaba envidiosa,
cuanto otro tiempo envidiada,
necios llorar los amantes
la ingratitud de las damas.
Veia sombras informes
que sin rumores se alzaban,
y aquellas nieblas confusas
que van mintiendo fantasmas;
y ya mostrándose esquiva,
ya figurándose blanda,
vertiendo ahora sonrisas,
después derramando lágrimas,
la fe maldiciendo siempre
de los amantes que tardan,
entre amorosos suspiros,
desdenes, lágrimas, ansias,
ruidos, canciones, delirios,
sombras, nieblas y fantasmas,
en brazos quedó del sueño
junto á la reja sentada.

Digitized by Google

— Duerme, soñando placeres,
blanca paloma sin alas;
que son las dichas mas puras
todas las dichas soñadas.

Duerme entre el blando embeleso
de imaginaciones hartas;
que harto será el desengaño
que te traerá la mañana.

¡Pobre inocente! sin duda
de algun tesoro que guardas,
por mas que lo niegues, niña,
la mejor prenda te falta.

Mal haya el alcon que abate
sobre una alondra sus garras,
y hace crüel de las suyas
pasto infeliz sus entrañas.

Mal haya, amén, el piloto
que el barco de la esperanza
bota en un mar de delicias,
sabiendo que en él naufraga.

Mal haya el pérfido amante
que astuto á una niña engaña,
ciego apurando hasta el fondo
de sus tesoros el arca.

Los que matando de amores,
de ser verdugos se alaban,
por ser crüeles y falsos,
una y mil veces mal hayan.

De algunas noches me acuerdo
que requiriendo tus gracias,

con sus razones, mis sueños
tu falso amante inquietaba.

«Abre las puertas (decia),
y no, ya que tu desdén
tormentos da al alma mia,
quieras que helado también
encuentre mi cuerpo el dia.

No añadas mi muerte, hermosa,
á tus amantes blasones;
baste que el aura amorosa
confunda en la noche umbrosa
con su rumor mis canciones.

Tal fuego en mi pecho inflama
el de tus ojos, bien mio,
que te amo tanto como ama
la mariposa á la llama,
y la pradera al rocío.»

Así tu pérfido amante
en la alta noche cantaba,
en fe de amigo asaltando
de tu pureza el alcázar.
¡Ay! ¿quién dijera que el mismo
que estas endechas alzaba,
hoy te tendria esperando
junto á la reja sentada?
Quebráronse sus razones:
¿qué mucho que se quebraran,

siendo tus rejas tan duras
y sus razones tan blandas?
Llora tus gustos pasados,
pobre azucena olvidada;
que nada borra en el mundo
lo que no borran las lágrimas.
Tal vez se apague llorando
el fuego de tus entrañas;
aunque el remedio es inútil
cuando el enfermo dió el alma.
Y puesto que entre las sombras
te sales á la ventana,
trocando el calor del lecho
por el rigor de la escarcha,
duerme entre el blando embeleso
de imaginaciones hartas;
que harto será el desengaño
que te traerá la mañana.

El Modelo.

Si al mundo dejar prendado
quereis con vuestra memoria,
asid, pintores, mal grado,
por los cabellos el hado,
y por las alas la gloria.

Este modelo os enseña
cómo han de ser las hermosas;
quien en copiarlo se empeña,

cual por encanto diseña ,
en vez de mujeres , diosas.

Es el prodigio mas raro
el bien que en el alma adoro;
cual nadie su gracia imploro,
y es justo que el mas avaro
dé cima al mejor tesoro.

Pintad su cintura leve ,
blanco el cuello y sin aliño ,
torneada la mano y breve ,
la frente como la nieve ,
y el pecho como el armiño.

Brotando desdén y amores,
pintad de sus ojos bellos
los trasparentes fulgores...
Seguid , y no esteis , pintores ,
embebecidos en ellos.

Pintad la belleza suma
de la mejilla y la frente ,
y aquella tez trasparente
que el lustre roba á la espuma ,
y su pureza á la fuente.

Seguid el rico traslado
sin que una nube sombría
deje su esmalte eclipsado;

Digitized by Google

que hasta un vapor delicado
empaña la luz del dia.

¡ Gloria á los hijos de Apeles ,
que imitando este modelo ,
entre las sombras del suelo
trasladan con sus pinceles
los serafines del cielo !

Esas imágenes bellas
tan vagas y trasparentes ,
que, murmurando querellas ,
van deshaciendo las fuentes ,
cuando apresuran sus huellas ;

Esa forma vagarosa
con que en la noche soñamos
leve , aérea , vaporosa ,
imagen voluptüosa
de la mujer que adoramos ;

Esos fantásticos seres
que altiva forja la mente
de ángeles , luz y mujeres ,
fruto de un alma que siente
sed de amorosos placeres ;

Esa memoria importuna
que ardiendo en amantes llamas ,
ve al resplandor de la luna

Digitized by Google

sirenas en la laguna,
y sílfides en las ramas;

Aquellos vagos ensueños
tan deleitosos y puros,
que nos cercan halagüeños,
nunca sombríos ni oscuros,
y casi siempre risueños;

Esas hermosas visiones,
que van en plácido vuelo
robando los corazones,
y pasan como ilusiones
entre la tierra y el cielo;

Y cuanto en vaga demencia
ardiente el alma delira,
cubriendo con apariencia,
de la verdad la existencia
la magia de la mentira:

Son la espresion verdadera
de ese divino traslado,
cuya ilusion hechicera
es fruto de una quimera
que la verdad ha adoptado.

—oo—

El cisne y la sombra.

—

Pomposo, inconstante y vago,
un cisne, en formas apuesto,
mirando su sombra, enhiesto
cruza las aguas de un lago.

Y al ver en ellas su imagen
tan limpia, fúlgida y clara,
necio las algas separa,
porque su brillo no ultrajen.

Y sus contornos mirando,
con tal placer los divisa,
que hasta le estorba la risa
que forma el agua temblando.

Así, en liviana querella,
yendo y viniendo inseguro,
busca el remanso mas puro,
junto á la orilla mas bella.

Y allí se está en su locura
un hora y otra admirado,
viendo el perfecto traslado
de tan perfecta hermosura.

En las quimeras que fragua
mira su imagen pomposa

mientras en calma reposa
la superficie del agua;

Y cuando el céfiro blando
la riza en grupos de espuma,
vano concierta su pluma,
á que se aquiete esperando.

Sigue en las aguas, flotante,
cualquiera ruta sin tino.
con tal que al ir su camino,
lleve su sombra delante.

Hasta que leve pasando
alguna nube sombría,
eclipsa su gloria, impía
la luz del cielo eclipsando.

Sin que gallardos se curen
de poner coto á su orgullo,
por mas que en doble murmullo
las ondas de ello murmuren,

Con plácidos movimientos
siguiendo su sombra bella,
va orlando las aguas ella,
y él hermoseando los vientos.

En grato són, trasparentes
mienten las aguas sonrisas,

húmedas suenan las brisas,
y alegres corren las fuentes.

Hasta que acaso importuna
densa una nube resbala,
que oculta toda su gala
al cisne, sombra y laguna.

Porque lijera pasando,
como apariencia ilusoria,
deja en eclipse su gloria,
la luz del cielo eclipsando.

—oo—

— Cisne, que en blando embeleso
admiras tu pompa suma,
ve mirando
que en tu quimérico esceso,
en cada estanque una pluma
vas dejando.

Y como el aura prosiga
en resbalar turbulenta
por tus alas,
no mires tu sombra amiga,
pues te dará triste cuenta
de tus galas.

Mirando al agua que corre,
no engrías el delirante

pensamiento,
porque es muy frágil la torre
que tiene al agua inconstante
por cimiento.

Del roble la alta corona
el aquilon rebramando
rompe bronco,
y los arbustos perdona
que están el puerto abrazando
de su tronco.

Si tus plumas adoradas
perdiendo vas una á una,
¿qué te queda?
¡Ay! que en sus vueltas calladas
todo lo huella fortuna
con su rueda.

La vanidad insensata,
como el águila altanera
toca al cielo,
y cuando menos se cata,
ve que camina rastrera
por el suelo.

¿De qué nos sirve que hermosa
la primavera de flores
vista al llano,
si luego en lumbre enojosa

las aja con sus calores
el verano?

¿A qué tu mente se sube
entre gloriosos desvelos
delirando,
si los eclipsa una nube,
la clara luz de los cielos
eclipsando?

Cuida que en alas traidoras
la vanidad no se encumbre
de tu mente,
y que del cielo que adoras
no te se cierre la lumbre
de repente.

Y puesto que el seso pierdes
tu dulce sombra mirando,
oye atento;
tal vez en tu juicio acuerdes,
el triste fin recordando
de este cuento:

—ꝏ—

« Entre los rudos cantares
que incierto el aire mentia,
cruzaba un cisne los mares
mirando su sombra un dia.

Era una tarde serena,
en que las ondas calladas
no escupen sobre la arena
conchas, ni piedras pintadas.

De esas tardes sin bramidos,
en que el alma no oye atenta
mas que los ecos perdidos
de la pasada tormenta.

Tocó á su termino el dia,
del mar bordando la alfombra,
y viendo el cisne seguia
sobre las aguas su sombra.

Fuése la noche cerrando,
y en su constancia importuna,
quedó su sombra mirando
al resplandor de la luna.

Siendo ella su amante guia,
era, en su loco trasporte,
cualquiera ruta su via,
y cualquier rumbo su norte.

Y al seguirla, indiferente
cruzaba el mar al acaso,
ya del ocaso al oriente,
ya del oriente al ocaso.

Digitized by Google

Rizando el viento las olas,
vagos preludios ensaya,
y alza tiernas barquerolas
el marinero en la playa.

Lame, con plácido halago
sonando el mar, las riberas.
Mas ¡ ay! que es solo un amago
la mansedumbre en las fieras.

Que si mintiendo bondades,
se muestra el mar tan sereno,
es que hondas las tempestades
hirviendo están en su seno.

¿Quién mira las flores bellas
de las praderas olientes,
y cobijadas entre ellas
ciego no ve las serpientes?

¿Quién las naves anegadas
mira del mar en la orilla,
que entre sus hondas rizadas
bote su frágil barquilla?

¡ Ay del osado que escede
á su valor con su intento!
Mucho se espone á que herede
sus esperanzas el viento.

Dígalo el cisne llorando,
que en su constancia importuna,
quedó su sombra mirando
al resplandor de la luna.

Pues brotando de su centro
los vientos que el mar encierra,
á tan horrísono encuentro
tembló espantada la tierra.

Cegaron mil nubarrones
del cielo las luces bellas,
y vomitando aquilones,
tocó la mar las estrellas.

El cisne agitó sus alas
para elevarse del suelo:
mas no advirtió que sus galas
volaban ya por el cielo.

Y do cifraba poco antes
todo su amor y ventura,
pese á sus alas flotantes,
el triste halló sepultura.

Por dar un vano alimento
á sus fantasías locas,
sus galas heredó el viento,
y su cadáver las rocas.

Mas de una pompa tan suma,
de tan quimérica gloria,
no heredó el mundo una pluma
ni aun para escribir su historia. »

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

AYES DEL ARMA.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

AYES DEL ALMA.

A LA REINA CRISTINA,

restauradora de las libertades patrias,

al partir para su destierro.

¡Italia...! Italia...! á tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de ti adorada:
la trajo el iris, y la lanza el trueno,
cual hoja seca de aquilon llevada.

(JUAN DONOSO CORTÉS.)

ODA.

Lleva en paz esa nave,
aura gentil que acia el Oriente vuelas,
que nunca en pompa grave
á tu influjo suave
otra mas rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
de Italia en las regiones apartadas
señalando su puerto,
por estas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adios, Reina querida;
si al ronco són del huracán que zumba
te abre la mar guarida,
yendo de muerte herida
feliz serás en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides
con esos ojos, que la paz vertian,
la tierra que despides?
¿Quién sostendrá las vides
que al dulce arrimo de tu amor crecian?

¿Por qué con pecho fiero
da á sus hijos la tórtola por padre
al infiel ballestero
que amagó carnicero
la blanca sién de la inocente madre?

—oo—

Y tú, pueblo aguerrido,
que la proscribes con ardor bizarro,
recuerda cuando uncido,
como alazán vendido,
llevarte pudo á su triunfante carro.

Digitized by Google

Si dejaste beodo
la régia frente de baldon sellada,
nunca el imperio godo
debió ver por el lodo
de una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano;
hoy te alzas soberano,
y un vil rufián te azotará mañana.

No apagues insolente
mi voz, porque la mísera fortuna
de una madre lamente,
que sofocó valiente
las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña
solemnices en órgia placentera
tu criminosa hazaña:
¡gloria al leon de España,
que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engríe tus pendones
agobiados de bélicas coronas:
quien venció Napoleones,
añada á sus blasones
la baja prez de proscribir matronas.

Digitized by Google

Y en tanto que serena
ria la mar, ó que sus senos abra,
aduérmete sin pena
al bronco són que atruena
del yunque atroz que tus cadenas labra.

—oo—

¡Ya abandonó á Castilla!!
Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;
en mí fuera mancilla,
magüer que cual Padilla
me agito en sed de libertad y gloria.

—oo—

AL REGRESO

de S. M. la Reina

Doña María Cristina.

—

ODA.

Ya torna la que, viéndose ultrajada
por enemigo bando,
de Valencia en las costas, irritada,
la corona abdicó de San Fernando.

¡Digna reina del pueblo que, algun dia
con su indomable tropa,
el mundo entero á prosternar salia
desde un rincon de la asombrada Europa!

Digitized by Google

Llegad por fin donde, en amor iguales,
ya os miran embebidos,
como signo de honor, vuestros parciales;
cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente
de pasados agravios,
señales de perdon en vuestra frente,
palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al «bendeciros» os admiran,
de vos «benditos» sean:
pues «¡Madre!» os llaman cuantos hoy os miran,
«¡hijos!» tan solo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas
de muertos defensores;
el mártir de una Reina exige palmas;
el héroe de una dama exige flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte
la venidera historia,
que si es, lidiar por vos, buscar la muerte,
morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera
su inútil osadía,
¿qué existencia sus vidas redimiera,
ni cuál sangre su sangre espiaria?

A cuantos hoy con bárbaros enojos
conciten vuestra saña,

eternamente á sus voraces ojos
su lumbre les esquive el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades
los grandes corazones:
fuente de amor para manar bondades;
tumba inmortal para enterrar baldones.

Que no hay gloria en el mundo mas cumplida
que ser, cual vos, Señora,
el genio del orgullo, si vencida;
el ángel del perdon, si vencedora.

La compasion.

—Niña, ¿por qué desvelada
suspiras con tal empeño?
—El por qué, madre, no es nada:
solo me siento hostigada
por las quimeras de un sueño.

—El rostro, niña, sepulta
en la holanda, que el espanto
viendo las sombras se abulta.
—Así derramaré, oculta
entre sus pliegues, mi llanto.

—Pronto, la noche ahuyentando,
llamará el alba á la puerta.

—Pues vendrá en vano llamando,
que si ahora duermo soñando,
después soñaré despierta.

—¡Ay, que si el mundo ve ya
de una niña el mal profundo,
que es amor en decir da!
—Pues sus razones el mundo
para decirlo tendrá.

—¿Y en qué livianas razones
estriba el mal que te aqueja?
—En unas tristes canciones
que, de una lira á los sones,
alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
quedé traspuesta, y entonces
sonó un ruido á poco trecho,
que ¡cuál llagaria el pecho
cuando ablandaba los bronces!

Desperté á oirle, y la lira
no alegró la soledad;
y ahora mi pecho suspira,
no sé si porque es mentira,
ó porque no fué verdad.

—¿Mas quién alzó las querellas?
—Soñé que era un peregrino.

Digitized by Google

¡Ay de las tristes doncellas
si al proseguir su camino
puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mia,
cantaba en llanto deshecho?
—Y soñé que era el que un dia
buscó albergue en nuestro techo
por la tormenta que hacia.

Nieves y cierzo arrostrando,
húmedos ya sus despojos,
vino á la puerta llamando,
y yo se la abrí, mostrando
la compasion en los ojos.

—¿De cuándo acá te se alcanza
recordar tal desacuerdo?
—Dejadme en mi bienandanza:
¡bella será una esperanza,
pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,
cuando la lumbre cercando,
entre ilusiones de gloria,
una historia y otra historia
me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moria
uno que á su ingrato bien

como á sus ojos queria:
mas no me contó que habia
hombres ingratos también.

Dióme con chistes discretos
conchas, cruces y regalos,
y mágicos amuletos
que por instintos secretos
daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
me ponderaba halagüeño,
en plática tan sentida,
que cual si fuese beleño
me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
prosiguió astuto aumentando,
hasta que el postrer vislumbre
débil lanzando la lumbre
se fué la sombra espesando...

—¿Por qué entonces de su fuego
rémora no fué tu calma?
—Rendíme á partido luego,
porque acompañó su ruego
con un suspiro del alma.

—¿Y fuiste, al rayar el dia,
su ruta, niña, á inquirir?

—En vano fuí, madre mia;
ya el sol derretido habia
la nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada,
fuí de lugar en lugar...
—¿Y qué hallaste, desgraciada?
—Al cabo de la jornada
hallé el placer de llorar.

—¿Cuál genio, en tan triste dia,
á escuchar su frenesí
mas ciega que él te impelia?
—La *compasion*, madre mia...
—¿Y quién la tendrá de tí?!...

Vivir-Muriendo.

Vivit, et est vitæ nescius ipsæ suæ.
(Ovid.)

Al nacer me recibieron
la vida y la muerte en brazos;
y al ver tan opuestos lazos,
con torva faz prorumpieron:

—«¿Qué buscas aquí, perdida?»
dijo á la vida la muerte.
—«¿Nació para tí, por suerte?»
dijo á la muerte la vida.

— « Dios, á mi eterna morada »,
responde aquella, « le envía. »
— « Soy, para entrarle en la mia »,
dice esta, « de Dios enviada. »

— « Pues vuelva al seno de Dios,
y su justicia decida,
si es de la muerte ó la vida » —
Claman á un tiempo las dos.

Y haciendo audaz cada una
presa en el mísero infante,
lleno de llanto el semblante
me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,
dudando mi fantasía,
si, antes de nacer, vivia,
ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando
desde mis pasos primeros,
cual dados en sus linderos
los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
la mente desvanecida,
nombra desvelo á la vida,
y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,
mis sufrimientos á prueba,
desvelos, si el sol se eleva,
si se alzan las sombras, sueños.

Y así van al alma mia
sueño y desvelo asediando,
uno tras otro pasando,
como la noche y el dia.

Si de la vida por suerte
el breve término dejo,
conmigo doy sin consejo
en el confin de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
forman la muerte y la vida,
que una en otra confundida
van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataud por fortuna
daré mi primer vajido?
¿ó por fortuna habrá sido
lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer por suerte,
¿á qué me asedia la vida?
Y si esta aun no está cumplida,
¿por qué me sigue la muerte?

¿Adónde, en tan ciego abismo,
voy tras de ensueños que adoro,
tanto que entre ellos ignoro
si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios clemente,
de un abismo tan horrendo,
ó eternamente muriendo,
ó viviendo eternamente!

El Carro de la Fortuna.

A MIS AMIGOS RUBÍ, DONCEL Y VALLADARES.

Llegad, los que os es dado
el carro avasallar de la fortuna,
y asaltadlo mal grado,
que pasa acelerado
el cerco amenazando de la luna.

La turba, que hormiguea
sobre él, acogotad, vengando el dolo.
Lanzada al orco sea
esa imbécil ralea
de tantos grandes en el nombre solo.

A la eminencia suma
trepad, lanzando en oblacion cruenta
el tropel que la abruma,

y que viste de pluma,
del topo vil para ocultar la afrenta.

Caigan, pese á su lloro,
del pedastal do sin pudor subieron
las hembras sin decoro
que alas calzaron de oro,
y su virtud por escalon pusieron.

Abajo esos tribunos,
torpes ministros del doloso fraude,
que de su mal ayunos,
adulan importunos
al populacho vil que aullando aplaude.

A mí despedazada
de tantos héroes la corona baje,
antes que enmarañada
como prenda usurpada
del bosque quede entre el gentil ramaje.

Del carro desprendido
encima echad la ponderosa mole
sobre ese pueblo erguido,
que imita conmovido
con hondo afán la condenada prole.

Marquen esos caballos,
fogosos siervos de la suerte impía,
con sus herrados callos,

todo al que, cual vasallos,
con riendas de oro á su placer los guia.

Seguidlos arrojando
al seno de las sucias polvaredas;
y ora el carro ciando,
ora presto arrancando,
magullen siempre al criminal sus ruedas.

Sienta esa chusma osada
que en él subir á la maldad le plugo,
que del vicio hostigada,
tinta en sangre la espada,
ya la virtud se convirtió en verdugo.

Caigan en són horrendo
del desierto las cálidas arenas
con sangre humedeciendo,
hastío y pasto siendo
de hambrientos lobos y de ahitadas hienas.

Bajad con vituperio,
viciosos monstruos de infernal ralea;
ya cayó vuestro imperio,
que orlando el hemisferio
el pabellon de la justicia ondea.

Digitized by Google

La esencia perdida.

—

¡Ay de la flor que á la mañana pierde,
como el alma su amor y su inocencia,
del viento á la merced su pompa verde,
y á la del sol su delicada esencia!

¿Qué la importa que alegres en su vuelo
la acaricien las auras sonorosas,
si no vendrán con fatigoso anhelo
su esencia á respirar las mariposas?

¿Y á qué fin de sus hojas primitivas
guardar un resto, si fingiendo quejas,
la esquivarán, pasando fugitivas,
cual yerba venenosa las abejas?

Serán desde hoy sus inodoras galas
fácil matiz de la campestre alfombra,
pudiendo deleitar, de las zagalas
la blanca faz, con su amorosa sombra.

No verá mas entre la niebla umbría
las tiernas magas derramando amores,
cuando bajen, aromas y ambrosía
á beber en las copas de las flores.

¡Ay del arbusto que se eleva erguido
á impulsos de la blanda primavera,

y es el oprobio del jardin florido
quien para ser su galardon naciera!

¡Malhadada la flor que en vano lucha
por aromar la brisa murmurante,
y un tierno adios de gratitud no escucha
cuando deja su sombra el caminante!

—oo—

Si pierden los capullos su ambrosía,
como el alma su amor y su inocencia,
plácida flor de la esperanza mia,
no pierdas, no, tu delicada esencia.

Pasa la vida delirando amores,
perdida en la ilusion de una quimera;
la esencia son de las tempranas flores
las ilusiones de la edad primera.

Tiende, bien mio, de tu mente el vuelo,
no imites en tu curso á los que viles,
por no asaltar en su altivez el cielo,
usurpan su mansion á los reptiles.

Aires mas puros con afán busquemos,
dejando el valle, en el alzado monte,
y embebecidos desde allí miremos
sin límites ni fin el horizonte.

El rojo sol que los espacios dora
hollemos con el vago pensamiento,

porque bien sé que un paraiso mora
tras el turquí del azulado viento.

Y sé también que por allí cargados
se columpian los céfiros de azares,
que son los yermos deliciosos prados,
y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma
por entre el musgo de las lindas flores;
tiende allí el vuelo la gentil paloma
sin que tuerzan su curso los azores.

La Madre de los ángeles inflama
el corazon de amores mas exento,
y hay un Pastor que á los apriscos llama
las perdidas ovejas con su acento.

Traspongamos los céfiros suaves,
pues sigue á los osados la fortuna,
que el águila es la reina de las aves
porque vuela mas alto que ninguna.

Y cuando el mundo sin pesar dejemos,
por si algunos lamentan nuestra huida,
en pago de su amor les legaremos
el llanto que se vierte á la partida.

-oo-

Digitized by Google

El amor inmortal.

—

—« ¡Atrás! que ya los altares
velan las sombras profanas,
y al vulgo de estos lugares
lo llaman á sus hogares
con su oracion las campanas.

» ¡Atrás! y no en loco tema
traigas, revuelta en la falda,
símbolo de tu fe estrema,
esa florida guirnalda
de tus amores emblema.

» Torna, loca, á tu alquería,
porque, si bien lo contemplo,
es necio por vida mia
dejarme así cada dia
lleno de yerbas el templo. »

—» He de ver su sepultura,
pese á tus iras crueles,
pues bien nos predica el cura
que nunca el Dios de la altura
cierra su casa á los fieles.»

—» Así te azucen traidores
alguna vez sus mastines,

por tus ofrendas de amores,
los dueños de los jardines
adonde robas las flores.

» Y pues que en tal desacierto
sigues con cordura poca,
quédate ahí, y ten por cierto
que gana muy poco un muerto
con la oracion de una loca. » —

-oo-

¡Cuitada que en su quebranto
no halla en la tierra consuelo,
lo busca en el cielo santo,
y sordo también el cielo
las puertas cierra á su llanto.

Huye, niña, que á esa puerta
entre nocturnos reflejos,
pareces ya de una muerta
la sombra que vaga incierta
llorando gustos añejos.

Huye, que de amor ajena,
como á imagen de la muerte,
llamándote el alma en pena,
de horror la comarca llena,
cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca, que en su intento,
sin que de su afán se corra,

ama con ardor violento
memorias que el tiempo borra,
cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oido,
porque escarnecerla puedan,
que en este mundo fingido,
solo pagan con olvido
á los que van, los que quedan!...

-oo-

La Confesion.

—

Y yo abismado en tanta maravilla,
con miedo reverente
ceso, y humilde inclino la rodilla,
y la devota frente.
MELENDEZ.

Ya el manso indócil, que en su error seguia
con inútil empeño,
torna á buscar la sal que le ofrecia
la mano de su dueño.

De la virtud abandoné gozoso
el aterido llano,
porque otro el gusto me enseñó frondoso
á la siniestra mano.

En él probó con algazara loca
ámbares mi sentido,
ricos panales mi sedienta boca,
y sirenas mi oido.

Piloto audaz, con la inocencia mia
por esclusivo amparo,
torpe esquivé la soberana guia
del eminente faro.

Cuantas hollé risueñas á la entrada
alamedas, y llanos,
trocáronse, al volver de la jornada,
en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé mas bello,
me hirieron los abrojos;
las zarzas arrancándome el cabello,
me azotaron los ojos.

Jamás calmé, por aliviar las mias,
las desdichas ajenas:
siempre faltaron á mis ojos dias
para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando
la inocencia con oro,
mas yo vengué su iniquidad, entrando
á saco su tesoro.

Mi triste corazon hirió atrevido
el brazo del mas fuerte,
y el dardo asiendo de mi pecho herido,
dí al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amagaron fieros
la sangre de mis venas;

dadme el perdon, ó no apasteis corderos
adonde nacen hienas.

Hoy para siempre á vuestros piés se agotan
las furias de mi pecho,
pues ya agolpadas á mis ojos brotan
como volcán deshecho.

Feliz, si á mis errores juveniles
vuestra piedad alcanza:
¡bien la merece el que á los veinte abriles
ya perdió la esperanza!

A la virtud consagraré holocaustos,
y desde hoy, padre mio,
esquivaré los mundanales faustos,
como la cumbre el rio.

—oo—

Quedad con Dios, los que vagais perdidos
del ancho mundo por la incierta via,
que ahuyentando el sopor de mis sentidos
se eleva el sol, y con su luz me guia.

Quedad con Dios; y perdonad, pastores,
si alguna vez, sediento peregrino,
os agoté, calmando mis ardores,
la pura fuente del erial camino.

Dadme el perdon si en su cristal undoso
templé del sol las estivales llamas;

ó si en el puerto, del laurel frondoso,
para abrigarme, desgajé unas ramas.

Y vos, seres, también, cuya inocencia
el pasto fué de mi amoroso intento,
dadme el perdon si, por gozar su esencia,
alguna flor os agostó mi aliento.

Eternamente os cantarán mis labios,
cual monumento á vuestras glorias hecho,
y amante fiel, para enterrar agravios,
en panteon convertiré mi pecho.

Quedad con Dios; mi ardiente fantasía
al cielo asciende entre gloriosa nube,
y en alas de su ardor el alma mia
purificada por los aires sube.

Recoge, cazador, el vil reclamo
que esfuerza en vano la falaz garganta,
pues ya esquivando tu engañoso ramo
el ruiseñor por las alturas canta.

Las ilusiones.

A T...

Salud, claras centellas,
que en giros halagüeños
vais guiando mis huellas,
leves como los sueños,
cual los ángeles bellas.

Por sendas sin espinas
arrastrais, dulces magas,
mis plantas peregrinas,
siempre en los aires vagas,
y siempre á mí vecinas.

Y ya que uno por uno,
tal venceis los fracasos
del destino importuno,
que en mis inciertos pasos
no tropecé en ninguno,

Por beneficio tanto,
dejad que sin pesares,
os rindan en su encanto,
tierna mi voz, cantares,
dulces mis ojos, llanto.

Vos, con gesto risueño,
traeis al alma mia
con amoroso empeño,
quimeras por el dia,
y por las noches sueño.

Vos templais la venganza
de mis tristes memorias,
y en lisonjera holganza
vos renovais las glorias
de mi muerta esperanza.

Así entre ensueños de oro,
horas vivo serenas,

tierno guardando el lloro
para plañir las penas
de los tristes que adoro.

Y soy en mal tan fuerte
pues que audaz no me espanta
con su rigor la suerte,
el único que canta
dando alcance á su muerte.

Salud, hijas del viento,
que tardas, ó lijeras,
llegándoos á mi acento,
sois siempre mensajeras
de perenal contento.

Dejadle que en su brio
vuestra morada esquiva
cruce en blando estravío,
y entre vosotras viva
el pensamiento mio.

No separeis la mano
en que feliz me aduermo,
cuidad con pecho humano
que mas que no el enfermo
siente la herida el sano.

Seguid en banda espesa,
y no apagueis el fuego
que ardiendo me embelesa;

Digitized by Google

seguid, por Dios, os ruego,
que cerca está la huesa.

Y en mis alegres dias,
vereis que, aunque sin fausto,
présagas de alegrías,
os rindo en holocausto
las cantilenas mias.

-oo-

UNA LAGRIMA A UN RECUERDO*.

A los señores

D. José Safont y D. Mariano Barrio.

—«Era una tarde sombría.
El aquilon rebramando
nuestras cabañas heria.»—
Así á sus hijos decia
una matrona llorando.

* En la tarde del 24 de febrero de 1841, murieron ahogados en el rio Henares, viniendo de una quinta de recreo, D. JOSE SAFONT y su esposa D.ª MARIA CLAVIJO, acompañados de sus padres, DON JOSE y D.ª ROSA LLUG, D.ª ANTONIA CABO CARDAÑO, esposa de D. MARIANO BARRIO, una niña de siete años, hija de estos, y otros varios amigos y parientes. Solo D. JOSÉ SAFONT (hijo) se salvó por la solicitud de un dependiente, después de haber hecho en vano algunas tentativas por perecer en union de tan queridos objetos.

Está por demàs advertir que esta composicion ha sido hecha en memoria de tan infausto acontecimiento.

—«Hender un canto la esfera
se oia plácido en tanto.
Mas ¡quién entonces creyera
que solo de muertes era
vago preludio aquel canto!»

—Templad esa intensa,
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

—«Iban las olas mugiendo,
mientras las auras esquivas
seguian con dulce estruendo
en vago són confundiendo
aplausos, cantos y vivas.

Y estaba azotando impío
el aquilon la ribera,
cuando entre el polvo sombrío
ví una carroza lijera
ganar las hondas del rio.

¡Amaina, zagal! dijeron
su incuria al ver los pastores,

y aunque á su auxilio acudieron,
zagal, carroza y señores,
entre las algas se hundieron.

¡Ay!! con voz desfallecida
clamaron en mal tan fuerte,
como el que en rápida huida
mira alejarse la vida
en brazos ya de la muerte.

Viérais entonces, fluctuando,
alzar á todos las palmas,
hondos gemidos lanzando,
con ansias de muerte dando
el postrer vale á sus almas.

Y al ver una madre en tanto
alzar á una niña al cielo,
me ahogó la voz el espanto,
y ciega caí entre el llanto
presa infeliz de tal duelo! »

—oo—

—Templad esa intensa
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia
contando seguid.

—«A vueltas de mi estravio,
oí con triste lamento
gritar:—*¡Adios, amor mio!*—
mientras que ahogaba este acento
con sus murmullos el río

Era un esposo, que impía
á puerto ya de bonanza
una fiel mano impelia,
y al ver á la esposa hacia
exequias á su esperanza.

¡Adios! el triste llorando
clamaba con voz doliente:
y,—*¡para siempre!!*—gritando
seguia, entre el polvo ajando
desesperado la frente.

¡Y cuál su dolor seria,
cuando él en trance tan fuerte
á su esposa—*¡Adios!*—decia,
y ella—*¡Adios!!* le respondia
desde el umbral de la muerte!

¡Ay! cuando en tropel se hundieron,
y ya con tez amarilla
las yertas palmas tendieron,
¿dónde sus ramas tuvieron
los álamos de la orilla?!!»

—¡Qué lástima el verlos
ahondarse seria!
—¡Cuánto ¡ay! llenaria,
vagando, el confin!!
—¡La niña que alzaba
su madre en las manos!!!...
—Lloremos, hermanos,
su trágico fin!

Las dos almas.

—¿Adónde vas, alma mia,
acia ese mundo perdido?
—A ser alma de un nacido
la Omnipotencia me envia.

—¿Y tú, alma mia, qué vuelo
sigues ganando la altura?
—Dejo á uno en la sepultura,
y voy camino del cielo.

—Puesto que subes, hermana,
y te hallo al bajar al mundo,
dime si es... —Un cáos profundo
que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,
hermana, bajes ahora,
porque vas, siendo señora,
á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
sigue en loco devaneo,
cada potencia un deseo,
y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno
busca el oido armonía,
el paladar ambrosía,
é impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma
van los sentidos gozando,
mientras que á merced flotando
va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,
y en tan contrarios vaivenes,
si el alma delira bienes,
acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
y el alma adorando el cielo,
siempre están, en su desvelo,
carne y espíritu en guerra.

—¿Pues si ya, el cielo ganando,
dejaste cárcel tan fiera,
por qué al aire, compañera,
vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo
seres que también se adoran,

y que al dejarlos se lloran,
como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas,
y al mundo voy que tú dejas,
llevemos pues tú mis quejas,
y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,
cuando le muestre tu llanto,
muestra mis ayes en tanto
al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
de mi cautiverio el dia,
queda adios, hermana mia.
—Hermana mia, él te guarde.

-oo-

A orillas del Ualon.

—

¡Cómo, al vagar la mente,
lastima inquieta el corazon llagado!
¿El ánima doliente,
llora por lo presente,
ó suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores
nos señala el harpón, ó ya renueva
recuerdos seductores,

ya de gustos de amores
la antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,
su curso, audaz, á los planetas marca;
ya al abismo declina;
ya á par del sol camina,
y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
de esas sonantes y apacibles olas,
que con planta insegura
llevan su linfa pura
arrastrando entre lirios y amapolas?

Tal vez cuando sus huellas
multiplican los visos halagüeños,
sus imágenes bellas
se parezcan á aquellas
que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
las remedan tan frágiles perfiles,
quiero aumentar mi gloria,
trayendo á la memoria
los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campañas,
fáciles ondas, derramando albores,
y al pié de las montañas

seguid entre espadañas
tocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
por el soto tended las limpias huellas,
conjuraré los vientos
porque no borren lentos
esa copia de imágenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
borrase de esos cuadros halagüeños,
consuéleos mi quebranto,
porque también el llanto
borra el tropel de mis amantes sueños.

¡Oh, si mi frágil nave
pudiese por lo menos sus entenas
dar al aire suave,
para que el peso grave
cruzase un mar de linfas tan serenas!

Llevadme, ondas queridas,
por vuestro raudo y celestial camino;
si es por sendas floridas,
no importa que perdidas
á morir camineis al mar vecino.

Que con queja importuna
jamás, en congojosa pesadumbre,
maldigo la fortuna,

sea el sol ó la luna
quien el camino de mi muerte alumbre.

Al término toquemos,
antes que hollar en nuestro rumbo abrojos,
cuanto mas caminemos,
por las prendas que amemos
menos ofrendas verterán los ojos.

Llevadme, ondas serenas,
no quiero, atravesando de corrida,
que vaya á duras penas
la sangre de mis venas
enlutando la senda de mi vida.

El primer amor.

ALEGORÍA. — A. P...

¡Ay del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
ó en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes hendechas,
pese á tan crudas memorias,
la que entre flores deshechas
vió por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba
viendo una niña en su anhelo,
que con su pompa afrentaba
toda la pompa del cielo.

Seguia al árbol mirando
con aficion importuna,
hora por hora contando
sus galas una por una.

Mas ¡ay! que tanto ornamento
costó á su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido.

—oo—

—¿Por qué los lánguidos ojos
amante en el árbol fijas,
antes de ver con enojos,
niña, las sierpes y abrojos
que con las plantas cobijas?

¡Ay! pese á tu amor, repara,
en tus delicias estremas,
que ya la fortuna avara
dejó sin ídolo el ara
adonde tu incienso quemas.

Conjura el cierzo sombrío,
porque de flores tan bellas
marchitará el atavío,

desvaneciendo, amor mio,
tus ilusiones con ellas.

¿A qué el abril de tus años
consagras, niña, á unas flores,
si no has de evitar los daños
que causan los desengaños
de los primeros amores?

¿Si pensarás por ventura,
embebecida en la calma
de tu amorosa locura,
que las heridas del alma
cualquier remedio las cura?

¿Y qué harás, dueño querido,
cuando de las nubes fieras
oigas el ronco estampido,
tú que jamás has oido
mas que balar las corderas?

Nunca sentiste encontrados
revolotear los ambientes
por los espacios lanzados;
pues siempre viste en los prados
adormecidas las fuentes:

Y ¡ay, si á torrentes bramando
el agua va por las cuestas,
los mármoles desquiciando,

en su furor trasportando
los bosques á las florestas !

Pon término á tus locuras ,
que los volcanes revientan
en las soberbias alturas ,
donde las flores mas puras
eterno al mayo sustentan.

Cuando apacible rompierés
en amorosos cantares ,
no has de olvidar si pudieres
que siempre son los placeres
la cuna de los pesares.

Y ya en el trance postrero ,
será inútil que cobarde
dé el labio un ¡ ay ! lastimero.
¡ De qué valdrá el mensajero
si ya el perdon llega tarde ! —

—o—

Una á una , hora por hora
contaba las flores bellas ,
hasta que un dia á la aurora
halló el arbusto sin ellas.

Entre sus alas llevaron
toda su pompa liviana
los céfiros que pasaron
á recibir la mañana.

Vió entonces entre suspiros
del primer mal el trasunto,
y cuántas vueltas y giros
da la fortuna en un punto.

Mirando el árbol desierto
da riendas al lloro en tanto.
¡Siempre es el último puerto
de nuestras cuitas el llanto!

¡Así el hojoso ornamento
costó á su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido!

—oo—

¡Mas de cuánta ilusion y cuántas flores
se orlaran, ay, nuestros primeros años,
si los cierzos calmaran sus furores,
y acotara el amor sus desengaños!

Llora del viento el desamor injusto;
lloremos, sí, nuestro fugaz aliño,
porque también el destrozado arbusto
la imagen es de mi primer cariño.

Y cuantas almas el dolor devora
vengan también á lamentar conmigo
la viudez de la tórtola que llora
al pié del árbol de su amor testigo.

Es digna, si, de fraternal consuelo,
la pobre niña, que mirando solo
cómo un almendro engalanaba el cielo,
no oyó los áustros conmover el polo.

Una senda de flores sin espinas
soñó la triste en su ilusion primera,
pero ajadas sus plantas peregrinas
ya ensangrentó la desigual carrera.

Blandos favonios del templado estio,
un cisne socorred de blanco seno,
que al avanzar acia el cristal del rio
cayó á la orilla entre el hedor del cieno.

Descended, serafines, de la altura,
y unas alas prestad á esa paloma,
que ya entre el musgo la serpiente impura
á devorarla sin piedad se asoma.

Vagad, ayes del alma, en són de duelo,
paz demandando al Hacedor divino,
para el arcángel, que al tornarse al cielo,
tocó en el mundo porque erró el camino.

Tal vez en su inocencia no creia,
al amainar su vuelo acelerado,
que el paraiso terrenal cubria
la mácula afrentosa del pecado.

Vuestra mano, Señor, sea la guia
de esa inocente, que angustiada llora,
que al despedir al sol dichosa un dia,
se halló infeliz al asomar la aurora.

Y si basta de lágrimas un rio
para que oigais su angelical querella,
puedan lograr su redencion, Dios mio,
las muchas ¡ay! que derramé por ella.

—oo—

En la Cartuja de Burgos.

A. B...

—

ODA.

Paso á la imbécil plebe
que, detestando en su abyeccion la gloria,
tiende su brazo aleve,
y á desplomar se atreve
cuanto en cien siglos hacinó la historia.

¿Y en nombre de qué culto
ciega esa plebe la horfandad derrama?
— «¡Paso! y quede insepulto
el que con loco insulto
odie la grey que *libertad* proclama.» —

Vengan, pues que perjura
la *libertad* tan bárbaros caminos
allana en su locura

á esa falange impura
de incendiarios, traidores y asesinos.

Derrocad sin concierto,
muchedumbre sangrienta de villanos;
solo en este desierto,
como en oculto puerto,
un templo os queda en que poner las manos.

—oo—

Míralos ya, alma mia,
levantar, cual en torpes lupanares,
alta y soez orgía
aquí, do ayer se oia
el sublime cantar de los cantares.

Con las suyas mezclemos
nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron
los ídolos que vemos:
el pedestal quememos,
ya que sobre él á nuestro Dios quemaron.

Ven, que sin noble valla
aquí sus fuegos saciará brutales
el corazon que estalla,
cabe la ruin canalla
que hundió cadalsos para alzar puñales.

Ven, que aunque ayer oramos
ante ese altar que derrumbado humea,
de él nuestra alfombra hagamos;

con esto escarnezcamos
la vil generacion que nos rodea.

Y si en el trance impío
al ver mis ojos destruccion tan fiera
vierten de sangre un rio,
no los seques, bien mio,
vierta el dolor lo que el puñal espera.

Alza, don Juan segundo,
deja asolar tus fúnebres aprestos,
que, en su rencor profundo,
ese tropel inmundo
si no halla sangre, aventará tus restos.

¡Fuego, embriagada tropa!
Talad, brindando por el culto ibero,
tinta en licor la ropa:
ayer en esa copa
la sangre se libaba del Cordero.

¡Ah! desde hoy nuestros brazos
¿en qué altares, con mística porfía,
formarán tiernos lazos?
Vedlos aquí en pedazos.
¡Rotos pedazos, ay, del alma mia!

-oo-

Digitized by Google

Muertos y vivos.

BACANAL. — CORO BAILABLE.

—

Hoy vienen, dejando
las tétricas huesas,
de muertas promesas
las almas en pos.
¡Ahogad las creencias;
cerrad la ventana:
que vuelvan mañana
benditas de Dios!

Bailad, que las luces
al orco se lanzan,
y negras avanzan
las sombras detrás;
Y alzando alaridos
al viento que atruena,
las almas en pena
nos hacen compás.

Miradlas, al ruido
de cien cascabeles,
poblar los dinteles
del régio salon.
Huid, prole inmunda,
y ahogad los gemidos:
que á muertos y á idos
no hay fe ni pasion.

Tal vez nos demanden
antiguas promesas;
mas hoy ni por esas
la fiesta ahogarán.
Bailad, que sus prendas
al ver inconstantes,
los muertos amantes
de rabia se irán.

Oid cuál mi nombre
maldicen crueles...
¡Amantes infieles,
un trago por mí!
Bailad, y que sigan
las almas su vuelo;
si estorban al cielo,
nos sobran aquí.

Si vienen á hacernos
tan frívolo cargo,
de un viaje tan largo,
bailad, y hagan dos.
¡Ahogad las creencias;
cerrad la ventana:
que vuelvan mañana
benditas de Dios!

—oo—

Digitized by Google

El juicio final.

FANTASÍA.

—

I.

Anuncio del juicio final á los espíritus malignos.—Lamentos del ángel malo.—Postrer ardid del infierno.

Así Luzbel esclamaba,
mientras le oia confuso
aglomerado el infierno
en espantoso tumulto:

—« Mañana, cuando las llamas
bajen del cielo á diluvios,
y, vomitando tormentas,
sombras aborte el profundo,
tumba fatídica siendo
en encontrados disturbios,
las llamas de las tinieblas,
y estas de aquellas sepulcro;
y desquiciados los orbes,
por los espacios cerúleos.
ya con la llama abrasados,
ya entre las sombras ocultos,
amenazando caidas
perdidos vaguen sin rumbo,
al ruido de la trompeta
que anuncie el final del mundo;
el orbe donde nacimos

asediaremos sañudos,
para vestir los despojos
de los que en él fueron justos,
y en alas de su pureza,
los nuestros dejando impuros,
á juicio pareceremos
de DIOS ante el trono augusto. » —

Al nombre de DIOS heridos,
como al poder de un conjuro,
se dispersaron inquietos
los condenados en grupos,
hondos gemidos lanzando,
de eternos ecos preludios;
y de la atroz gritería
al descompuesto murmurio,
despiden rayos sus ojos,
fatal emblema de orgullo,
restos de glorias pasadas,
y de alto origen trasunto.

— « Tremendos sobre nosotros,
siguió Luzbel, uno á uno
entre martirios sin cuento
pasaron lustros y lustros,
sin que el dintel de los cielos
jamás tocásemos puro,
aunque á sus puertas llamamos,
ya humildes, ó ya sañudos,
ora con fieros enojos,
ora con llanto importuno;

pues siempre de sus albores
ciegos nos dejó el impulso,
sin que á atenuarlo bastase
de nuestros antros el humo;
siendo al medir las esferas
en desesperados tumbos,
de su clemencia el escarnio,
y de su gracia el insulto.
¡Oh! si nuestra alma rebelde
jamás adoró al DIOS sumo,
al cieno vil aferrada
por el imán de los gustos;
y si en prision afrentosa
nuestro divino atributo
la infame cárcel del cuerpo
ató con lazos robustos,
¿por qué DIOS, fuente de gracia,
de su emanacion verdugo,
condenó á eterno martirio,
en su justicia sañudo,
al alma que encadenada
alzarse al cielo no pudo?
Ganad, hijos del infierno,
pese á los buenos el hurto,
y antes que el orbe aniquile
del juicio el terrible anuncio,
los restos con que piadosos
rindieron al cielo cultos,
tal vez porque sus sentidos
nunca en su afán iracundos
contra el imperio del alma

se amotinaron impuros.
¡Sus! »—

Y enderezando al orbe
los condenados su rumbo,
aun no colgaban los aires
las negras sombras de luto
cuando en tropel se apostaron
en los confines del mundo.

—oo—

II.

Llamamiento. — Descripcion del juicio final.

¿Cuál fúnebre estampido
conturba los revueltos horizontes,
que á su fragor el orbe estremecido
lanza de sí cual átomos los montes?

¿Adónde en ronco estruendo
los mares desbordados,
rugientes van la inmensidad midiendo
de planeta en planeta despeñados?

Por el espacio errantes,
perdido el rumbo de su giro eterno,
los astros rutilantes,
las sombras inflamando del infierno,
cayendo van desde la empírea cumbre
en ciego parasismo,
mientras nubes espesas
se alzan sin fin del tenebroso abismo;

y en remolinos fieros,
ruedan despedazados
en amalgama universal mezclados
llamas, cometas, sombras y luceros.

Hirió la trompa al resonar la esfera,
y en sus impuras fauces dejó ahogado
el ¡ay! desesperado
que ronca alzó la humanidad entera.

Id á juicio, mortales,
sin contener el indolente paso;
caminad á sufrir eternos males,
ó eternos bienes á gozar acaso.

¡Ay si al tornar con ánimo doliente
los ojos desolados
acia los gustos del amor pasados
rojo el pudor os encendió la frente!

Seguid llorando con dolor profundo
vuestro eternal quebranto,
ya que alegres tuvísteis en el mundo
tan en desuso el llanto.

Ajenos de esperanza,
en vaga lontananza
el arcángel oid, que en presta huida
grita, al cruzar la inmensidad inerte:
— «¡Ay del que á Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!!»

Seguid, prole maldita,
sin mundanos deseos,
con ánima contrita,
á rendir el espíritu en ofrenda
de impuros devaneos;
caminad sin rodeos:
no hay sagrado á qué huir; esta es la senda.

Id y arrojad, monarcas de la tierra,
en oblacion amarga,
esa humilde corona
que de alta prez en vuestra sien blasona,
y no á los hombros, en mundano esceso,
con tan inútil carga
no pudiendo marchar dobleis el peso.

¿Por qué ocultais entre las manos bellas
las frentes de jazmines,
vos que brillasteis sin pudor en ellas
radiantes de hermosura en los festines?

Id, con los ojos falsamente enjutos,
torpes matronas de insondable pecho,
donde os esperan los bastardos frutos
del profanado lecho.

En hombros de los ángeles alzado
ved de Dios el asiento,
y cómo ya á su acento
deja veloz las no acotadas puertas
de par en par la eternidad abiertas.

Digitized by Google

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte,
vuestra existencia entre el placer perdida.
¡Ay del que á Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!

—oo—

III.

Trasformacion y ascendimiento de los pecadores.—Ayes de los justos.—Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

Y alzándose de las tumbas
al universal crujir,
van en sus cuerpos las almas
cruzando el aire sutil.
Y cuando algunas, ya altivas,
tocan del cielo el confin,
otras, rastreras, el polvo
miden con hondo gemir,
pues de sus restos antiguos
con ansia inquiriendo el fin,
en vano, hozando sepulcros,
discurren aquí y allí,
hasta que al murmullo ronco
de un satánico reir,
escuchan sobre los aires
clamar á Luzbel asi:
— «Con nuestros restos á juicio,
almas dichosas, venid,
ya que en los vuestros nosotros
vamos con vuelo gentil.
Y á fe que prendas tan leves
son fáciles de subir,

mientras que torpes las nuestras
pegadas al cieno vil,
tal vez á ascender se nieguen
por círculos de zafir;
y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid. » —

Dijo; y conformes los buenos
con tan infernal ardid,
visten sus formas humildes
ayes lanzando sin fin.

¡Ay que ignorais resignadas,
almas de origen feliz,
que los sentidos rebeldes
en espantoso motin,
también las almas aferran
como esas que veis subir;
y espíritu y carne entonces
luchando en abierta lid,
suele á la impura materia
rendirse el alma servil!
¡Vos que cruzásteis el mundo
con formas de serafin,
sin que sintiéseis el fuego
de las pasiones hervir,
aun no sabeis cuál marchita
de nuestra edad el abril,
el ansia de las potencias,
cuando guerreando entre sí,
ansioso busca el oido

profanos sones que oir,
ébrios de placer los labios
otros labios de rubí,
fantasmas de amor la mente
de misterioso perfil,
lumbre que admirar los ojos,
sendas el pié que seguir;
y en tan inciertos deseos,
y en tan encontrada lid,
aquí anhelando placeres,
llorando gustos allí,
llevan al alma aferrada
tras de la materia ruin,
para concederla solo
la libertad al morir;
¡y entonces Dios la destierra
donde por siglos sin fin
padezca, porque no pudo
en su dolor resistir!

Mas vos, con fervor divino
mil veces mas fuerte y mil,
con esos viles despojos,
almas dichosas, subid.

Y suben, mientras aun se oye
por el desierto confin:
— «Y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid.»

—oo—

IV.

Vencimiento del espíritu por abyeccion de la materia.

Y apenas en sus leyes sacrosantas
Dios decretó la universal discordia,
á la turba infernal miró á sus plantas,
gritando en hondo afán: — *¡ Misericordia!*

— «Silencio, vil tropel, de Dios maldito;
tarde la gracia del Señor granjeas.» —
Y la turba infernal alzando el grito,
repite sin cesar: — *¡ Bendito seas!*

— «¿Por qué los ojos á mi luz no esconden
deslumbrados los hijos del profundo?»
Y á las palabras del Señor responden:
— *¡ Paz y salud al Redentor del mundo!*

— «¿Son estos los que en ciego desvarío
jamás tornaron á su Dios los ojos?»
— «Los mismos son; pero piedad, Dios mio,»
clamó Luzbel, y se postró de hinojos.

«Si olvidados de vos ayer seguimos
tras el cebo carnal de nuestros gustos,
hoy redencion á demandar venimos
con las prestadas formas de los justos.»

«¿A qué al infierno desterrar sañudo
el alma de estos míseros nacidos,

si siempre débil contrastar no pudo
el impuro motin de los sentidos?»

«¿Ni cómo ante su Dios se postraria,
en cárcel mundanal el alma presa,
quien recibió de la fortuna impía
torpe la lengua y la rodilla aviesa?»

«Si los que alzásteis compasivo al cielo,
con nuestras formas vuestro sér adoran,
¡ay de los tristes que en amargo duelo
á vuestros piés arrepentidos lloran!»

—«Venid,» dijo el Señor, «mis escogidos.»—
Y un ¡ay! se oyó que conmovió el profundo;
mientras suena en los aires esparcidos:
—*¡Paz y salud al Redentor del mundo!*

—oo—

V.

Imperfeccion humana.—Rebeldía de los sentidos.—Lucha del espíritu y la carne.

Presentes los escogidos
ante el Señor que los nombra,
con hondo afán arrastrando
de los demonios las formas,
sacrilegos á sus ojos
alzan la frente orgullosa,
y ni le acatan altivos,
ni irreverentes se postran,
antes blasfemando ateos

gritan del cielo con mofa,
en el aspecto divino
la faz encarando torva:

—«¡No hay Dios!»—Y la atroz blasfemia
rodando de boca en boca,
siguen impíos gritando
en confusion espantosa:

— «¿Qué niebla ver, importuna,
la luz del cielo me estorba,
que así á vivir me condena
entre el horror de la sombra?»
— «¿Cuál torpe arrobo las alas
de mi pensamiento agobia,
que noble á inquirir su origen
jamás el vuelo remonta?»
— «¿Adónde está la morada
de esa Deidad misteriosa,
que todos su sér conocen,
y todos su esencia ignoran?» —

Y Satanás imprecando
al Dios que rendido implora:

— «¡Hasta los ángeles, grita,
con nuestras mundanas formas
dudan de vos, y os maldicen,
cuando brillais con mas gloria!» —

Y á su voz siguen los malos
gritando: *¡Misericordia!*

Y á sus impuras blasfemias
ciegos los ángeles tornan.

— «¿Por qué, si sueño, tan solo
impresos en mi memoria
los sueños profanos quedan,
y los divinos se borran?»
— «Nada los hondos misterios
de la religion me importan,
si ofuscan mi entendimiento,
y si mi razon sofocan.»
— «Venid en tropel, deleites
de las ya apuradas órgias,
á ser el pasto continuo
de mis esperanzas locas.»
— «Blancos compases midiendo
sobre las ricas alfombras,
leves mis plantas se ensayan
en danzas voluptuosas.»
— «Liviano mi pensamiento
sujeta á pruebas gustosas
imágenes de deleite
que mi entendimiento aborta.»
— «¿Cómo las furias del cielo,
cuando de airado blasona,
son para mi pecho dardos
que, antes de herirlo, se embotan?»

Y en su ignorancia ofuscados,
mas las blasfemias redoblan;

mientras que Dios entre el velo
sepulta la faz gloriosa :

— « Ebria de goces ansía
ricos panales mi boca. »
— « ¡ Qué músicas mis oidos
vienen á herir sonorosas ! »
— « Profano lechos, á impulso
de estímulos que me acosan. »
— « Dejan marchito y sin vida
á cuanto mis manos tocan. »
— « Arden de amor mis sentidos. »
— « Es la virtud una sombra. »
— « Iguales son Dios y el cáos.
— « No hay mas placer que la gloria. »
— « Falta la luz á mis ojos. »
— « Sueños impuros me acosan. »
— ¡ Oh, qué tormento es la duda ! »
— « ¿Quién es Dios? — *¡Misericordia!!* ... »

—oo—

VI.

Hastío de Dios en su mejor obra. — Aniquilacion de las criaturas.

— « Silencio, esclamó Dios, vil criatura,
grosero aborto de miseria y llanto,
en quien es siempre la materia impura
cárcel y afrenta de tu origen santo.
Maldigo en tí mi predilecta hechura. » —
Y descorriendo el vaporoso manto,
al vivo resplandor de una mirada
ángeles y demonios fueron nada.

VII.

Sentencia.—Nueva creacion del hombre. — Atributos de la especie humana. — Vaguedad de la existencia.

—«Vuelva á su sér lo criado;
y de hoy por siempre estará
entre su Dios y los hombres,
mediando la eternidad.»

«Será un informe trasunto
de la aniquilada ya,
la raza humana que el orbe
vuelva entre llanto á poblar.»

«Con honra de imagen mia,
de barro el cuerpo tendrá;
y el alma perecedera,
con alientos de inmortal.»

«Toda su ciencia y su gloria
dudas y sueños serán,
y el galardon de sus penas
la cruda muerte, y no mas.» —

Dijo el Señor, y á su acento
llenó sus cauces la mar,
y las alturas ganando
en armonioso compás,
por sus azules esferas
se vió á los astros girar.
Y como á vueltas de un sueño,

levísimo por su faz
sintió resbalar un beso
entre ilusiones Adán,
creyendo ver en los aires,
en éstasis celestial,
una vision milagrosa,
que cada vez mas y mas
se fué alejando entre nubes
del bajo edén terrenal,
hasta que al fin quedó entre ambos
mediando la eternidad.
Agradecido al dón triste
de la existencia falaz,
al cielo humilde las palmas
alzó postrándose Adán,
mas no hallando en su desvelo
ídolo ante quien orar,
y creyendo del acaso
fruto su vida quizá,
vino la hiel de la duda
su corazon á amargar,
y el dón funesto maldijo
de su existencia fatal,
hasta que viendo á Eva al lado
que con sonrisa fugaz
sus dudas y desvaríos
trocó en amoroso afán.
El bien del alma olvidando
por el placer corporal,
se prosternó desde entonces
ante la humana deidad;

y sin que de su alto origen
quisiese el fin deslindar,
ni ver del hondo sepulcro
un término mas allá,
dudas, miserias y llanto,
ahogó entre el placer carnal,
llanto, miserias y dudas
legando á la humanidad.

—oo—

Así el hombre, de la vida
la senda cruzando erial,
siembra al pasar ilusiones,
y engaños cogiendo va;
y en curso errado, siguiendo
de su apetito el imán,
le asedian aqui pesares,
remordimientos allá;
y en guerra consigo mismo,
y consigo mismo en paz,
goza siguiendo la dicha,
sin alcanzarla jamás;
y así en encontrados rumbos,
atormentándole van
delante las ilusiones,
y los recuerdos detrás.
Y muerto de la esperanza
el consolador fanal,
siguen los hombres su ruta
con solícito ademán,

esperando aquí una dicha,
allí esquivando un azar,
viendo siempre el bien lejano,
y cerca sintiendo el mal;
y prosiguiendo el camino
que hollaron á su pesar,
de dónde vienen no saben,
é ignoran adónde van.
Entre el error y la duda,
sin norte que brujulear,
ciegos caminan á veces
en parasismo mortal,
llamando gloria á la pena,
padecimiento al solaz,
á la verdad la mentira,
y á la mentira verdad.
Y á veces por la fe herido
sucumbe el genio del mal,
y otras rueda el fanatismo
luchando con la impiedad;
y así en abismo espantoso,
entre creer y dudar,
incierta á su fin camina
la abyecta prole de Adán.

¡Ay de vosotros los tristes
que en tan proceloso mar,
luchando con las tormentas
sin esperanza bogais,
sabiendo por vuestro daño
que de la ruta al final

solo será vuestro premio
la cruda muerte, y no mas!
Y vos, los que en sueños vagos
de eterna felicidad
creeis de vuelo, en muriendo,
sobre los aires pasar,
¿qué galardon, miserables,
por fe tan ciega esperais,
si está entre Dios y los hombres
mediando la eternidad?...

—oo—

VIII.

Desaparicion del Criador.—Ultimo adios á la esperanza.

Así acabaron las glorias
DE UN MUNDO QUE YA PASÓ;
y al ver á las criaturas
aniquiladas su Dios,
el cieno tocó, y del centro
se alzó Adán entre su hedor,
y un beso sobre su frente
para animarle estampó.
Y viendo tan vil hechura,
trasunto de otra mejor,
la faz al último cielo
por no mirarla tornó;
y una lágrima derrama,
glorioso emblema de amor,
que al descender ardorosa
sobre la cima del sol,
evaporada á sus rayos

en nube se convirtió.
Y alejándose escondido
entre el augusto vapor,
avergonzado su hechura
por última vez miró,
hasta que entre ambos, doliente,
en faz de eterno dolor,
con su poder invisible
la eternidad arrastró.

¿Y para siempre apartado
de vuestro seno, gran Dios,
no probaré las delicias
de tan inefable amor?

¡Loco de mí, que corriendo
tras una y otra ilusion,
iba ganando el sepulcro
con infatigable ardor,
el término de mis penas,
y de mi fe el galardon,
creyendo en mis desvaríos
ver al través de su horror!
Mas ya por la misma senda
tan sin esperanza voy,
que falta en torpe letargo,
en mi juventud precoz,
el vuelo á mi pensamiento,
y el ansia á mi corazon;
y sin admirar cantando
vuestra grandeza, Señor,

falta entusiasmo á mi pecho,
y falta canto á mi voz.
Y pues que en vano me canso,
id, esperanza, con Dios,
y apagad de vuestra antorcha
el peregrino fulgor,
que aquí me quedo llorando
de mis cantares al són,
una jornada perdida,
huyendo de otra peor.
Y aunque impía me engañaste,
sepultando mi ilusion,
al llevarme fascinado
con tu destello traidor,
recibe el último vale
del que te da su perdon
desde este páramo yerto
donde no nace una flor.

¿Y adónde vos, engañados,
en tan ciega confusion,
caminais, hermanos mios,
treguas prestando al dolor?
Si vais como yo marchando,
lleno de fe el corazon,
creyendo tras el sepulcro
pasar á vida mejor,
doblad como yo la frente,
tened el paso veloz,
que por sentencia de él mismo
para nosotros no hay Dios.

Digitized by Google

Mas no, seguid vuestra senda
al mágico resplandor
con que la dulce esperanza
vuestra niñez alumbró,
¡y oh, si afanado corriendo
de vuestras huellas en pós,
por su destello alentado
pudiera seguiros yo!...

-∞-

Digitized by Google

EL ALMA EN PENA.

LEYENDA.

Google

Digitized by Google

ADVERTENCIA.

El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestion que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento mas que una pequeña fase del cuadro que me habia propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios mas ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestion está reducida á lo siguiente :

«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?»

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, seria necesario confesar que Dios hacia un ayo sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarian su augusta direccion.

¿Y quién es el necio que por otra parte cree que abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos, ni mas ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido comun. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepcion que distingue lo bueno de lo malo, y que por consiguiente somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa ; pero esto, á lo mas, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el dón de conciencia, pues seria lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria; el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte,

y el castigarle por su impotencia seria una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y solo trato de manifestar que asi como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno pupilaje, me repugna en estremo hallarme con un albedrio que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido mas loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervencion directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los cuales nuestra naturaleza debe estar en relacion con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazon de los actores, tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquítico. Basta para desarrollar esta composicion, pero no cumple con el objeto que me habia propuesto. La cuestion por consiguiente queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabon mas aéreo que este, infinitamente mas universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *sino*, otros *hado*, otros *estrella*; que se insinúa en el corazon por caminos desconocidos; que escita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual; y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una conviccion tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolucion de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma mas diestra que la de un pretenso filósofo de veinte y tres años.

EL ALMA EN PENA.

PERSONAJES.

IRENE (Alma en pena).
ELVIRA.
ANA.
DON LUIS DE CASTRO.
DON PEDRO DE LARA.

PRIMERA PARTE.

ANGEL-DEMONIO.

I.

Morir amando.

Tenia Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,
fué esta vez la mas constante
de las amantes Irene.

Siempre vivió entre ilusiones,
hasta que estinguió su vida
el fuego de las pasiones,
que en amantes corazones
quien bien ama tarde olvida.

Y sin que en rudos amaños
un pecho tan inocente
turbasen los desengaños,
así pasaron sus años
uno, diez, quince, hasta veinte.

—oo—

¡Dichoso el que así camina
por márgenes deleitosas
en ilusion peregrina,
sin que haya entre tantas rosas
para su planta una espina!

¡Feliz la que tantas veces
la copa del gusto asiendo,
dando á sus amores creces,
jamás apuró, bebiendo,
de un desengaño las heces!

¡Bien haya el enamorado
que ve con ojos enjutos
á los que mal de su grado,
pagando al amor tributos,
gimiendo van á su lado!

¡Y, aunque pese á sus intentos,
son del destino traiciones,
que unos alcemos lamentos
al compás de las canciones
que entonan otros contentos!

—oo—

Dígalo Irene, que amando
con tan livianos empeños,
jamás con impulso blando
nubló un fantasma pasando
la nitidez de sus sueños.

Bien hizo, con ansia poca
soñar desterrando enojos,
aunque á cada idea loca
se apagó un rayo á sus ojos,
y perdió un clavel su boca;

Que es mejor que la mejilla
se nos descolore á plazos,
que ir dejando con mancilla
de nuestra senda á la orilla
el corazon á pedazos.

—oo—

¡Pobre Irene! esclamó un dia
su madre, al ver que inocente
muriendo, se sonreia;
y al verla morir la gente,
¡pobre de Irene! decia.

Dejadla, que así muriendo,
será mas feliz su suerte.
¿Qué mas quisiérais, que yendo
acia vosotros la muerte
os asaltase durmiendo?

Dejadla, y no turbe alguno
su ilusion con loco empeño,
pues no ha de darla ninguno
mas que un adios importuno
al despertar de su sueño.

—oo—

Mas lejos, turbas galanas
de amantes, que en la locura
de vuestras mentes livianas,
quisísteis hacer hermanas
la desgracia y la hermosura.

Necios los que en sus paredes
escribís, porque no asoma
á dispensaros mercedes:
— «¡Ay de la bella paloma
que gime entre ocultas redes!»

—oo—

Dejad á Irene que duerma,
buenos doctores, en calma;
porque se os muere la enferma
si vuestro saber no merma
males del fondo del alma.

Y vos, piadosos varones
que velais su último instante,
no perdais las bendiciones
en quien da vuestros perdones
por un mirar de su amante.

Y cuide aquel que la infunda
que solo rinde á precitos
de amor la torpe coyunda,
no sea que aun moribunda
le arroje á la faz sus ritos.

—oo—

Calle, si en fiera agonía
rotos tan íntimos lazos
llora su madre este dia.
¡Oh si al nacer en los brazos
muriera yo de la mia!

—oo—

Cuantos á Irene han querido
mitiguen duelo tamaño:
que lanza el postrer gemido,
mas no lleva el pecho herido
por el primer desengaño.

—oo—

¡Del mundo torpes estremos!
¡Que nos reciban cantando
cuando llorando nacemos,
y aun cuando al morir cantemos
nos han de dejar llorando!

Callad; y pues que su holganza
á nuestro dolor prefiere,
¡dichoso el que en bienandanza
da al mundo un adios, y muere
en brazos de la esperanza!

—oo—

II.

El alma en pena.

—

Los sobresaltos y dudas
que nuestro pecho combaten
al ver á algun sér querido
que presa de ocultos males
gime en un lecho, y se siente
desfallecer por instantes,
cuando los dulces recuerdos
de sus primeras edades
dan pábulo á su existencia
para estinguirla mas antes:
solo, en las funestas horas
de tan apurados lances
aquel que vela á su lado,
porque lo siente, lo sabe.

—oo—

Así de la triste Irene
la desconsolada madre,
que poco á poco de aquella
ve la existencia apagarse,
víctima junto á su lecho

de tan íntimos pesares,
inunda el suelo de llanto,
y el viento enciende con ayes.

¡Terrible suerte por cierto
la de la anciana que en balde
prodiga en su hija adorada
el colmo de sus afanes,
sin que á coartar el vuelo
de aquel espíritu basten,
pues de continuo embebido
en la ilusion de una imagen,
existe, goza y discurre
por las regiones del aire,
siempre esquivando los lazos
de la prision de la carne,
y siempre anhelando un mundo
de espíritus celestiales!

—oo—

Tendió una vez su mirada
á la luz pálida que arde,
y al ver de Irene tranquilo
el amoroso semblante,
y una convulsion lijera
que plácida le contrae
como si en sueño tan dulce
la hiciera sonreir alguien,
desfallecida su rostro
en pesadumbre tan grande

dejó caer sobre el lecho,
lágrimas vertiendo á mares.

Parte entregada al desvelo,
y al sueño entregada en parte,
muellemente fluctuando
entre tan dulces mitades,
quedó la madre de Irene
en un éstasis suave,
llorando de uno ilusiones,
de otro sintiendo verdades.
Y ya una vez tan ilusa
seres forjaba ideales,
que creyó ver en su insomnio
al lado de Irene un ángel,
el que cubriéndola alegre
con sus lijeros cendales,
como si tal vez con ellos
su espíritu aprisionase,
próximo á romper acaso
del cuerpo humano la cárcel,
lijeramente al oido
la murmuró este mensaje,
el cual traspuesta la anciana
creyó escuchar delirante:

—«Alma, ¿á qué llamar al cielo?
Dios á sufrir te condena.
Aun no es tiempo: acorta el vuelo;
vaga por el mundo, y pena.»

«Si en tí no alcanzan victoria
hoy de Luzbel los intentos,
aun para entrar en la gloria
te faltan merecimientos.»

«Tu amor fué una idolatría.
¡Sombras del mundo engañosas!
¡Ay del que no ama, hija mia,
á Dios ante todas cosas!»

«¡Si á una luz engañadora
creiste al mundo tu amigo,
Dios te destierra á él ahora.
¡Duro es, Irene, el castigo!»

«¡Por cada esperanza vana
tendrás desengaños, celos...
mas sufre, que nadie gana
sin espiacion los cielos!»

«Por el sér que fué tu encanto
vela hasta su hora postrera:
sigue sus pasos, y en tanto
padece, Irene, y espera.» —

Y creyendo en su delirio
estas ilusiones reales,
despavorida la mano
tendió acia Irene al instante,
y al ver de su tez la nieve
y de sus ojos el mate,

fria enmudeció su lengua,
y yerta quedó su sangre,
desplomándose transida,
sin dar de vida señales,
del fruto de sus entrañas
sobre el helado cadáver.

—oo—

Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene á alzarse
una celeste figura
diáfana, bella, radiante,
con formas tal vez marcadas,
pero sin formas bastantes
con que dar á sus contornos
ni á sus perfiles carácter.
Vaga confusion de nieblas,
de aromas, de luz y de aire,
que á todas imita, y todas
carecen allí de parte;
cuyas esencias son solo
las que al espíritu atañen,
y cuyo ser en la mente
se engendra, alimenta y cabe.
Fantasma que, concebido
por un delirio suave,
siempre á la torpe influencia
de los sentidos se evade,
y que brilla abandonado,
débil, tibio, agonizante,

como sombra de otra sombra,
como imagen de otra imagen...

Adios, alma perdida,
que con incierto afán y dicha incierta,
cruzarás dolorida
la senda de la vida,
estando ya para los vivos muerta.

No descorras liviano
el velo que nubló tu afán perdido:
ten, Irene, la mano,
porque es el pecho humano
hueco infernal de víboras henchido.

¡Cuántas sombras amadas,
consagrando al amor sus verdes años,
vagarán desterradas,
de quimeras sembradas,
cogiendo como tú los desengaños!

Si hallases por el viento
seres que fueron mi pasada gloria,
cuéntales mi tormento,
por el dolor que siento
al relatar tu plañidera historia.

Dí que sus ayes vanos
nadie oye aquí, porque los turban luego
los rumores insanos

de esos monstruos humanos
que el mundo van talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos
quieren herir la mundanal conciencia,
que apaguen sus gemidos,
porque á muertos y á idos
sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan solo yo, viviendo,
vuestro clamor enamorado escucho.
¡Quién me diera á ese estruendo
corresponder, rompiendo
la cárcel vil en que afanado lucho!

-oo-

III.

Desengaños.

DON LUIS.— ELVIRA.— EL ALMA EN PENA.

—

Los piés sobre el pavimento,
las sienes entre una almohada,
contra un sofá reclinado
don Luis de Castro descansa.
En tal actitud no hay sueño,
trasgo, ilusion ni fantasma,
que no nos hiera la mente,
ó no nos divierta el alma.
Graves, tristes ó risueñas,
juntas ó desparramadas,
se ven circular visiones

en rápido panorama,
que ya del hondo sepulcro
de nuestros recuerdos se alzan,
ó ya desde un falso oriente
las aborta la esperanza;
y por eso se oyen cantos
que hallan eco en las entrañas,
y se ven tiernos semblantes
que fuego en las mismas halian;
y todas se miran y oyen,
y todas en lontananza,
con rasgos de verdaderas
y caracteres de falsas,
como si fuese otro mundo,
que sostenido en el aura
va, viene, se agranda ó acorta,
pára, gira, sube ó baja,
que hastía, alegra ó entristece
á gusto del que lo alcanza.

—oo—

Se abrió de pronto una puerta,
y, apareciendo una dama,
un diálogo de improviso
ella y don Luis así entablan:

ELVIRA.

¡Luis!

LUIS.

¡Elvira!

ELVIRA.

Irene ha muerto.

LUIS.

¿Ha muerto?

ELVIRA.

¡Desventurada!

LUIS.

¡Dios la tenga en su morada!

ELVIRA.

¿Lo sientes?

LUIS.

No.

ELVIRA.

¿Cierto?

LUIS.

Cierto.

—oo—

Turbado don Luis sin duda
por su inquietud momentánea,
no oyó uno de esos suspiros
que al resbalar de callada
parece que de su asiento
el corazon nos arrancan.
Lamentos que á nuestro lado
tal vez quejosas levantan
de algunos seres perdidos
las sombras enamoradas,
que de un fatal desengaño
la hiel al probar amarga,
sembrando remordimientos,
y doblando nuestras ansias,
acusan con ondas quejas

de nuestra fe la inconstancia.
Ayes sin ruido, que solo
hieren en su fondo al alma,
que sin pregonar su origen
nacen, crecen, la desgarran;
mas que comunmente ahogados,
del mundo entre la algazara,
como con don Luis ahora
desapercibidos pasan.

—oo—

LUIS.

Siéntate á mi lado, Elvira.
(—Lo hizo con rostro halagüeño.)

LUIS.

¿Me amas?

ELVIRA.

Como á único dueño.
(—Por cierto que era mentira.)

ELVIRA.

¿En tu memoria no lucha
de Irene el amor perdido?

LUIS.

Ni aun recuerdo si ha existido.
(—¡Ay de su alma si lo escucha!)

LUIS.

Solo sé, Elvira, que quiero,
cuando á tu lado me miro.
(—Y aquí sonó otro suspiro
tan hondo como el primero.)

Digitized by Google

LUIS.

Ya sabes que un matrimonio
al morir don Juan, mi tio,
formó, diciendo: — «Luis mio,
dejo á Irene un patrimonio.»
«A legártele me allano,
si con su mano te avienes.» —
— Sí, dije: tomé los bienes;
murió, y olvidé su mano.
Te ví, te amé, y en seguida
de ella apartando la fe,
entretenerla pensé,
y al fin murió entretenida.
Y si soñando ternezas
ya ha muerto, hoy en mis desvelos,
cuantos á Irene di celos,
pagaré á Elvira en finezas.

-oo-

Espíritu que, vagando
del torbellino en las alas,
creiste hallar puro el centro
de tus amorosas ansias,
¡oh, cuántas quejas al cielo
contra la doblez humana
elevarás, engañado,
en tus dolientes plegarias!
¡Triste Irene, que, encendiendo
de tu corazon la llama,
todos tus dones quemaste
de un falso dios ante el ara,

y condenándote el cielo
por oblacion tan profana
á desentrañar el pecho
del ídolo que adorabas,
ves el sagrario vacío,
oyes sus promesas falsas,
tocas tu dios y es un sueño,
tu dicha una sombra vana,
quedando al vaivén funesto
de tu fortuna contraria,
llenos de horror tus recuerdos,
falta de luz tu esperanza!
Mas del corazon del hombre
¿cuál otro dón esperabas
sino el seductor halago
de engañadoras palabras,
torpes gustos que destruyen,
hiel rebozada con ámbar,
pesares que mienten goces,
y caricias que desgarran?
Ahora, Irene, que en vano
sordos suspiros ensayas,
que nunca á herir el instinto
de nuestras potencias bastan,
busca, alma en pena, pues lloras,
del fiero don Luis el alma,
y atorméntala con celos,
llore con la tuya aunada,
ahogue secretas penas,
víctima de ocultas mañas;
lamente glorias perdidas,

gima tu perdida gracia,
y cúmplanse al mismo tiempo
su venganza y tu venganza.

—oo—

(— Y después que sonrieron,
y uno al otro se miraron,
la plática que empezaron
Elvira y don Luis siguieron.)

LUIS.

¿Y cuándo, á mi ruego, humana,
nuestros amorosos brazos
sellarán eternos lazos?

ELVIRA.

Cuando tú quieras.

LUIS.

Mañana.

—oo—

De sus estímulos siervo,
viendo la dicha cercana
quiso disfrutarla acaso
don Luis, ahorrando tardanzas,
y estrechando embebecido
de Elvira la mano blanca,
sus ojos voluptuosos
fijó en su frente de nácar,
mientras que ella al turbio brillo
mostrándose fascinada,
entre si quiero ó no quiero,
ora cruel, ora mansa,

ya con candores fingidos,
ya con inquietudes falsas,
tanto se esquivó mañosa,
cuanto se brindó con maña,
creyendo dar á su amante,
en afecciones tan varias,
de su candor claro indicio,
y de su honor muestras claras.
Don Luis redobló su esfuerzo,
y tules venciendo y gasas,
fué poco á poco asaltando
de su hermosura el alcázar;
y ya con torpes arrobos
iba á coronar sus ansias,
cuando esforzándose Elvira
como si un áspid hollara,
con estudiada apostura
cruzó de pronto la estancia,
y esclamó desde la puerta
sonriéndose: — *¡Mañana!*

Quedóse de pié el de Castro,
inmóvil como una estatua,
dulcemente saboreando
de su entonacion la magia;
y fomentando en su mente
locuras de la esperanza,
vió un porvenir alumbrado
de siempre risueñas albas,
torpes deseos cumplidos,
luchas de amor coronadas,

órgias, nupcias, devaneos,
placeres, músicas, danzas,
á cuyo encantado aspecto
dijo con placer: — *¡Mañana!!*

Y luego, como si oculto
algun sér se deslizara,
que en su tránsito absorbiese
los sueños de sus palabras,
tras el conjunto risueño
de amores, bailes y galas,
traslució un mundo, poblado
de ensangrentados fantasmas,
deshechos planes de gloria,
de amor mentidas alianzas,
placeres desencantados,
sangre, cadáveres, dagas.....
Y cual si hiriese su frente
el talismán de una maga,
y con pincel invisible
trazase un lema en las auras,
absorto, meditabundo,
llena de inquietud el alma,
con ojos desencajados
leyó con horror: — *¡Mañana!!!...*

—oo—

IV.

Presentimientos.

DON LUIS. — ELVIRA. — DON PEDRO. — EL ALMA EN PENA.

—

Muestra de lejos la dicha
tanto encontrado fanal,
que ignora el hombre ofuscado
en donde la dicha está.
Acia la luz mas cercana
corre con íntimo afán,
y aunque al llegar ve el engaño
de su resplandor falaz,
dobla rebelde su empeño,
y con resuelto ademán,
sigue el rastro de otra lumbre
que resurge mas allá;
y así van muriendo dichas,
y antorchas naciendo van,
y el hombre las sigue todas,
al lado de cada cual
suspira, llora y alienta,
para correr mas y mas.

—oo—

Por eso don Luis el dia
de su brillante esponsal,
cuanto mas se acerca al gusto
lo ve desde mas atrás;

que es atributo preciso
de nuestra estrella fatal,
que el placer que vimos lejos,
se trueque cerca en pesar.

—oo—

En vano sacude á veces
alguna sombra tenaz
que sigue á su mente inquieta
como el acero al imán;
pues siendo un ser increado,
fantásticamente real,
va y viene con terco empeño
donde don Luis viene y va.
Confuso embrion de envidias,
de celos y de maldad,
de oscuros presentimientos
tan pródigo manantial,
que cuando á su amante Elvira
torna risueño la faz,
solo mira en ella á un áspid,
que va en su pecho á abrigar.
Norte de desconfianzas,
brújula de enemistad,
pues ve pasar receloso,
con la inquietud de un rival,
á todo el que en tono alegre,
en la apariencia galán,
canta de su esposa Elvira
la peregrina beldad,
y hasta el disimulo observa,

Digitized by Google

mas receloso quizá,
de cuantos viendo su dicha
indiferentes están,
odiando, hecho un caos su juicio
del mas insondable mar,
á unos porque mas hablan,
y á otros porque callan mas.

—oo—

¡Triste condicion del hombre
que levantando un altar
donde el afán acumula
de toda su larga edad,
la inquietud de algun recelo,
el sinsabor de un azar,
le impelen á que destroze
sus ídolos suspicaz,
viendo miserablemente
entre sus plantas rodar
el fruto de tantos años,
el premio de tanto afán!

—oo—

En medio de sus placeres
devora á don Luis un mal
de origen desconocido,
pero de aguda entidad,
que en el ardor de su fiebre
no acierta á calificar,
pues solo ha visto una sombra,
pero una sombra no mas,

que era quizá la de Irene,
si no era un ángel quizá,
la que de su mente ciega
se esfuerza por desechar:
y así entre dudas confuso,
de distinguirla incapaz,
ahogando presentimientos,
rie en su fiesta nupcial,
trocada en infierno el alma,
y la cabeza en volcán.

—oo—

Bulle el grotesco tumulto
en algazara infernal,
ya de la escitante orquesta
al voluptuoso compás,
ya en el festin descocado,
en impura bacanal,
de copas y de botellas
al atronador chocar,
unos bailan, y otros gritan,
porque en orgia tan brutal
nadie ignora que sin tregua
manda la necesidad
gritar mientras que haya acento,
y beber hasta rodar.

—oo—

Y no falta uno que entre ellos
busque la felicidad,
y crea ver en los rostros

de Elvira y don Luis la paz,
mientras que aquella forjando
algun sacrilego plan,
se cubre de la sonrisa
con el mentido disfraz,
y este las llagas oculta
de un invisible puñal
que el corazon lentamente
despedazándole está.

—oo—

Entre el monton de quimeras,
que le desconciertan mas,
pretende huir la zozobra
de un recelo pertinaz,
que le conduce, abismado,
y le arrastra á su pesar
donde don Pedro de Lara
camina con torva faz,
ya acia abajo, ya acia arriba,
ora adelante, ora atrás;
y en vano don Luis procura
los ojos de él apartar,
pues le persigue, llevado
de su celosa ansiedad,
cual si el poder la arrastrara
de un secreto talismán;
y si una vez por acaso
el rostro vuelve al pasar,
otra vez vuelve, y le mira
con mas chocante ademán,

pues le parece que al punto
cruza el aire una deidad
que le murmura al oido:
—«Allí va Lara, allí vá.»

—oo—

Y si es cierto que las sombras
de los que murieron ya
á cuantos seres amaron
vuelven á la tierra á amar,
sin que ellos tengan noticia
de su constante amistad,
pues solo las ven soñando
en lontananza pasar;
tal vez los manes de Irene
los que le avisan serán
el doble trato de Elvira,
de Lara la falsedad;
y acaso también le inspiren
aquel instinto especial
con que sondea sus almas,
cuando engañándole estan,
don Pedro fingiendo enojos,
mostrando Elvira solaz.

—oo—

Rayó por fin la alta noche,
y como en giro cabal,
el sueño sigue al desvelo,
y al gusto la saciedad,
á dormitarse empezaron

todos, cual menos, cual mas,
que lo que es grato al principio,
es desabrido al final.

—oo—

Y huyendo de los curiosos
la despedida mordaz,
sus dicharachos comunes,
y su ironía vulgar,
tendió don Luis una mano
á su adorada mitad,
y de una puerta secreta
al trasponer el umbral,
en vano quiso de Irene
la sombra tras sí dejar;
pues á su espíritu asida,
en tétrica vaguedad,
le fue siguiendo, su pecho
trocando en llama voraz;
por lo que airado el de Castro
de sí empezó á blasfemar,
que del deber los recuerdos
son para el hombre un dogal.

—oo—

V.

Ilusiones perdidas.

DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

—

Desde el dintel de la vida,
hasta el borde de la tumba,
va el hombre sembrando el germen
de su dicha ó desventura.
Y en vano, si espinas coge,
maldice la tierra inculta,
pues creer que nace otro fruto
mas que el que siembra, es locura.
Arroja al aire atrevido
mil esperanzas confusas,
que son de mil desengaños
tantas imágenes turbias.
Levanta en su idea faros
para que alumbren su ruta,
y nubes de pensamientos
sus resplandores ofuscan.
Por los tormentos que hoy sufre
impreca á su suerte dura,
é ignora que ayer sembraba
los males que hoy le circundan.
Si de ayer el devaneo
los males de hoy nos anuncia,
el de hoy podrá ser mañana
de nuestro bien sepultura.

Digitized by Google

Y jamás llamara el hombre
á su providencia injusta,
si antes de entrar en la huesa
volviese á mirar su cuna.

—oo—

Así á lo doble atendiendo
de su pasada conducta,
es fuerza que resignado
don Luis sus tormentos sufra.
Nubló la dicha de Irene
con sus engaños y dudas,
y con sus dudas y engaños
nublará Elvira la suya.
Ambos, huyendo el desorden
de sus agitadas nupcias,
la soledad por testigo
de sus confidencias buscan.
Y solo en la oculta estancia
se ve, á una luz moribunda,
del blando lecho en que duermen,
el cortinaje que ondula...

¡Mil veces feliz quien logra
tocar así la ventura,
y en ella á saciarse impuros
todos sus anhelos junta!
¡Y mil y mil veces triste,
el que en horrible tortura
mira usurpar el tesoro
en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso
es cuando en la noche oscura
voluptuosas escenas
la imaginacion dibuja,
y se vé á un ser adorado
terciar amoroso en una,
y que á un rival mas dichoso
besa su boca perjura!
¡En vano entre ambos entonces
nuestro pensamiento cruza,
de nuestro amor escitando
reminiscencias oscuras,
pues abrumados al peso
de tan sabrosa coyunda,
piensan en sus gustos solo
hacer sus caricias mutuas,
sin que un recuerdo consagren
á nuestras glorias ya mustias,
ni un dón á nuestra constancia,
ni un premio á nuestra ternura!
¡En vano en giro invisible
allí nuestra mente lucha,
y con añejas memorias
desavenencias formula,
porque dos almas, que el gusto
recíprocamente auna,
jamás de un voto el recuerdo
sus contentamientos turba;
y uno tras otro, estasiados,
placer tras placer consuman,
mientras que tristes nosotros

ninguno enjugar procura
las lágrimas que entretanto
por nuestra faz se derrumban!
¡Insoportable martirio,
cuando, en postracion tan suma,
nuestra esperanza en el aire
sombras acaso figura
que venideros placeres
tan solo en sombras anuncian,
mientras pasando la noche
negra, silenciosa, augusta,
con su soledad nos dice:
—«¡Jamás! imposible!! nunca!!!»

—oo—

Al ver inquietud tan honda,
es de creer que en su angustia
don Luis batalla en idea
con un espectro sin duda.
No halla del placer el colmo
trabado en la lid impura,
aunque al sentido estragado
estímulos acumula.
Es por demás que de Elvira
bese la boca de púrpura,
y que ella á su vez le bese
con amorosa ternura;
porque don Luis, hostigado
por una sombra importuna,
hozando, en vez de placeres,
á tragos la hiel apura.

Digitized by Google

Imagen que á sus sentidos
llamando con voces mudas,
cual ser etéreo filtrado
de su ser mismo en la hechura,
yerta entumece sus miembros,
dentro de sus venas pulsa,
ciega la luz de sus ojos,
y entre las sienes le zumba.

-oo-

¿Quiénes serán esos seres
que imperceptibles circulan,
eternos verdugos siendo
de nuestra humana natura,
que ya de remordimientos
el falso aspecto simulan,
ya de pasados errores
hoscos recuerdos apuntan?

-oo-

¡Triste de él, cuando acudiendo
de su impotencia en ayuda,
don Luis se arroja del lecho
en donde el placer repulsa,
y ve deshacerse al aire
sus dichas una por una,
porque á la vez en su pecho
amor y flaqueza luchan!
¡Cuitado cuando tendiendo,
desde el asiento que ocupa
hacia la mesa en que débil

la luz ilumina turbia,
una mirada sombría,
cuanto sombría iracunda,
acierta á leer papeles
de antiguas memorias tumba,
rotos pedazos del alma,
sombras de muertas venturas,
frases de amor elocuentes,
cifras de dolor sañudas,
tal vez de Irene regadas
con lágrimas de amargura!

—oo—

—«¿A qué proseguís, impío,
mi esperanza alimentando,
si en vano os estoy, bien mio,
noche tras noche esperando?»

. . . . . .

«Si Dios les da el sufrimiento
por el mal con que ellos dañan,
¡mucho ha de ser el tormento
de los amantes que engañan!»

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

«Y si á mi amorosa holganza
burlasen tus juramentos,
¡plegue á Dios que á tu esperanza
labren sepulcro los vientos!»

. . . . . .

. . . . . .

«Sin tí me halla el claro dia,
y sin tí, porque mas pene,
me encuentra la noche umbría.
¡Sola!... ¡siempre sola!!...—Irene.»

Y en el confuso delirio,
que sus potencias ofusca,
alzó los ojos al cielo,
por cuyas sendas cerúleas
viendo la imagen de Irene
cruzar silenciosa y pura;
—«¡Irene, ángel ó demonio,
que así mis contentos turbas,
perdon!!»—esclama, y el rostro
entre las manos sepulta;
mientras que Elvira, á otro lado
el gesto tornando mustia,
horribles imprecaciones
en són de rezo murmura.

EL ALMA EN PENA.

SEGUNDA PARTE

DEMONIO-ANGEL.

I.

El mejor castigo el tiempo.

De cuantas dichas traidoras
forjar á nuestra alma plugo,
el tiempo el mejor verdugo,
y el mejor dogal las horas.

Vienen y vanse los años,
y con mentidas holganzas,
siempre en cambio de esperanzas
se compran los desengaños.

Digitized by Google

Tal don Luis á cada instante,
en mengua de su reposo,
fiel recuerda siendo esposo
dichas que gozó de amante.

Y del tiempo que va y viene,
ardiendo en la oculta pira,
llora en los brazos de Elvira
tristes recuerdos de Irene.

Así de añejos amores
vivimos enamorados,
y así los gustos pasados
curan presentes dolores.

Que en el insondable arcano
de los mundanales seres
es de amores y placeres
el mayor el mas lejano.

—oo—

Aunque sueña en su estravío
con el amor de una muerta,
de una hija la dicha cierta
de don Luis templa el hastío.

Pues le da á un padre un destello
Dios de su luz soberana,
al darle una hija, como Ana,
de alma hermosa y rostro bello.

Digitized by Google

Y el menor de los dolores
debe ser su última queja,
si al morir el hombre deja
quien vierta en su tumba flores.

—oo—

Que aunque un recuerdo en la vida
sea una dicha ilusoria,
tanto vale una memoria
entre quien todo lo olvida.

Si á Irene en su desacuerdo
prodigó en vida desdenes,
es el mayor de sus bienes
desque murió su recuerdo.

Pues siempre nuestra esperanza,
en su error indefinible,
se prenda de lo imposible,
y lo imposible no alcanza.

Viendo su imagen risueña,
pese á la imagen de Elvira,
con ella al velar delira,
y al dormir con ella sueña.

Y si en vida su alma loca
la desdeñó cruelmente,
hoy la traen á su mente
cuanto oye, imagina y toca.

Que los males ó alegrías
que en el corazon se asientan,
los traen, cambian ó ahuyentan,
yendo y viniendo los dias.

Y en vano al hado enemigo
llamar el hombre procura,
que es de la humana locura
el tiempo el mejor castigo.

—oo—

II.

Tiró el diablo de la manta.

—

— «Dadme ese papel inmundo,
vil portador de mi ultraje,
antes que en rencor profundo
os dé para el otro mundo
con este acero un mensaje.»

«Y aunque con portes humanos
las manos á la cabeza
veis que no alzo á los villanos,
sé ponerles con destreza
la cabeza entre las manos.» —

—oo—

Y arrancándole al criado
furioso el pliego don Luis,
apeló aquel á la fuga

al ver su ademán hostil.
Y este, el papel estrujando,
entre jurar y gemir:
—«Faltó á la red una malla,»
dijo después para sí:
«bueno será que ya preso
el pez se escurra sutil,
y cauto á los pescadores
enrede en su mismo ardid.» —

Y antes de cerrar la puerta
que da en secreto al jardin,
la fuga del mensajero
volvió á mirar de perfil,
quien aun corriendo seguia
por el opuesto confin,
que como el valor presta alas,
da el miedo piés para huir.

III.

Amor con amor se paga.

DON LUIS.

Trémulo don Luis el pliego
desdobla poco después,
sentado frente á una mesa
en la que alumbra un quinqué.
Al ver la letra, su sangre

se arremolinó en su sien,
de sus rencores anuncio,
de una catástrofe pié.
Y golpeándose la frente:
— « Huyó con efecto el pez, »
dijo, y derramó una lágrima;
« Quiera Dios que pare en bien. »
Y entre las manos las sienes,
los ojos sobre el papel,
rumiando frase por frase
así una tras de otra lée:

— « Aunque teniéndoos presente,
don Pedro, os ame rendida,
dejad que os repita ausente
que es vuestra siempre mi vida. »

« Dejad que os esté el deseo
eternamente adorando,
en vos mismo, cuando os veo,
en vuestra imagen, soñando. »

« Bien sé que amándoos sin tino
mancho el honor de un tercero,
pero él me enseñó el camino,
á otra engañando primero. »

« Irene á mi esposo amaba,
cuando yo á vos os queria:
y cuando yo á él le engañaba,
él á Irene amor mentia. »

«Doile pues el desengaño
que labró su torpe lengua;
como la engañó, le engaño;
matar á un traidor no es mengua.»

«Que os debo querer, no hay duda;
que antes de mi casamiento
de ello os hice juramento.
Ana, vuestra hija, os saluda.»—

—oo—

—«¡No era mia!...—el triste padre
con infantil candidez,
transido prorrumpió entonces,
y luego otra vez, y cien,
—«¡No era mia!!»—murmuraba,
vertiendo por llanto hiel,
desordenado el cabello,
como la muerte la tez.

—oo—

¡Ay del corazon del hombre,
si el amoroso cincel
en su espesor lentamenme
labrando una imagen fué:
pues, ya el sacrílego amaño
de alguna torpe doblez,
ya el tierno vínculo roto
de una quebrantada fe,
borran hasta el postrer rasgo
de su idolatrado bien,

Digitized by Google

y cuando el traslado arrancan
sale el corazon con él!

—«¡No era mia!... ¡No era mia!!...»
gritaba en su afán cruel.
—«Pues mueran entrambas,»—dijo;
y airado tornó á leer!

—«Luis á Irene ha tiempo nombra
con amante desvarío:
si todo en el mundo es sombra,
lo mismo es su amor que el mio.»

«Y aunque uno á otro nos odiamos,
en nuestros locos estremos
callamos, porque miramos
que andamos cuanto corremos.»

«Yo le miento placentera:
él mentiroso me halaga:
si él es falso, yo embustera:
amor con amor se paga.»

—oo—

Cuando nuestra alma estremece
de la fortuna un vaivén,
de cuyo estrago los ojos
el fin no aciertan á ver,
ata nuestra voz el pasmo,
y nuestra mente un cancel:
el corazon malherido

deja sus alas caer:
las lágrimas que á los ojos
aun no se asomaron bien,
vuelven por la misma senda
al pecho exequias á hacer;
lágrimas que idolatradas,
si no la animan tal vez,
mueren con ella en el fondo
del alma que las dió el ser.

¡Pobre don Luis que, privado
de amor y honor á la vez,
perdió con prendas tan caras
el sentimiento también,
y desmayados sus miembros,
entumecidos sus piés,
solo en su estático rostro
en mezcla mortal se ven
lo estúpido de la infancia,
lo débil de la vejez!

¡Y mas triste todavía
cuando en reaccion cruel
aglomerada su sangre
vuelve en las venas á arder,
sus miembros se vigorizan,
torna á traspirar su tez,
y una y mil veces trabado
en violentos traspiés,
mide furioso la estancia
desde una á la otra pared,

hasta que un puñal asiendo
en ansia de no sé qué,
clamó, cual si desalado
corriese tras no sé quién:
—«¡Amor con amor se paga:
tiene razon mi mujer!»

—oo—

III.

El ángel de la guarda.

—

I.

DON LUIS.

Execraciones lanzando
en los estremos de su ira,
llegó don Luis á la estancia
de su idolatrada hija;
y aunque hondamente entrañables,
tal vez desapercibidas,
rodaron algunas lágrimas
por sus candentes mejillas,
al encaminar sus pasos
del aposento á una esquina,
en donde en confuso aspecto
el lecho de Ana divisa.
Asiendo con ruda mano
las misteriosas cortinas,
ya iba aquel pecho tan virgen
á desgarrar parricida,

cuando las soltó, impelido
de una repugnante grima,
con el afán batallando
de esas sensaciones íntimas,
que emanándose espontáneas
de su contestura misma,
sin prevenciones ni amagos
el corazon nos lastiman.

¡Horrible será sin duda
de un padre la suerte indigna,
cuando por un caso de honra,
tal vez por una mentira,
dar ofendido la muerte
pretende á quien dió la vida,
y un ídolo edificando,
para aventarle en cenizas,
mece una mano su cuna,
y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando
del honor voces malditas,
ilusiones en que débil
la humana flaqueza estriba,
tuvieron del asesino
la voluntad indecisa,
hasta que brotando en su alma
preocupaciones impías,
que revelaban del mundo
sarcásticas invectivas,
corrido, desesperado,

por una irónica risa
que se engendró en su conciencia,
clamó infeliz: — «hija mia!!» —
y descolgando el acero
sobre las holandas finas,
tan crudos golpes reparte
que el corazon petrifican.

—oo—

Y mientras don Luis la muerte
aquí y allí disemina,
sin conocer ofuscado
que el aire solo acuchilla;
Ana en el jardin contempla
la luz de la luna tibia,
ante la cual giran sombras,
partos de su fantasía;
y así encuentra delirando
gustos en vez de desdichas,
que no son los que mas yerran
los que en el mundo deliran.

—oo—

II.

ANA. — EL ALMA EN PENA.

—

¡Bien haya la inocencia,
precioso don del justo,
que sin broquel robusto
su frágil existencia

guarda la Providencia
con su poder augusto!
Deslízase la vida
en tan sabroso estado,
en brazos adormida
del tiempo nunca airado,
como fugaz paloma
por un cielo de aroma
cruza con pompa suma,
ó cual botado esquife
sin miedo á un arrecife
orza en mares de espuma.

—oo—

¡Feliz mil veces Ana
que con tranquilo pecho
deja el amor del lecho
por respirar temprana
la brisa que serena
en noche tan amena
murmura á su ventana!
Miden sus ojos bellos
del campo las alfombras,
y ven sombras y sombras,
vagar á los destellos
de la naciente luna
que baña la alameda,
y aun cree escuchar alguna
que la murmura queda:
—«Baja á los campos, niña,
halle tu alma inocente

refugio en la campiña.
¡ Guay que el volcán ardiente
los árboles desgaja
cabe tu hermosa frente !
Deja el monte eminente :
baja á los campos, baja. » —

Y dócil á su acento,
con infantil contento,
de la tendida vega
donde el volcán no llega,
movió su pié inconstante
por el floreal camino ;
que nunca un pecho amante
de la virtud tocado,
desoye, rebelado,
la voz de su destino.

—oo—

La augusta perspectiva
que ve como soñando,
y el aura que oye esquiva
tonos de amor formando,
y aquellas sombras vagas
que embozan la floresta,
á cuyo centro oscuro
parece que á un conjuro
vienen como de fiesta
las protectoras magas,
confusamente un mundo
forjan de Ana en la mente,

hermoso sin segundo,
donde confusamente
se oyen tiernas canciones
nunca escuchadas antes;
y vense perfecciones
de no vistos amantes;
y se aspira la esencia
de unas flores sin nombre,
que esquivan la presencia
de la mansion del hombre;
y míranse las danzas
de plantas fugitivas,
risueñas lontananzas,
citas de amor furtivas;
porque una noche clara,
de sombras nunca avara,
tantos prodigios junta
en almas hechiceras,
si en ellas ya despunta
la edad de las quimeras.

—oo—

Rayando la mañana
tocó á su fin la luna,
y al ver las sombras Ana
deslizarse una á una,
y que insensible huia
la mas idolatrada,
creyó que de callada
pasando, la decia:
— «Ya viene la mañana;

vuélvete, niña, al lecho
dó no amaga tu pecho
la antes ambrienta fiera.
Llora á los tristes, Ana:
Torna al redil, cordera.» —
Y á la luz matutina,
del sol que empezó á alzarse,
la imagen peregrina
vió de Irene alejarse,
cual iris inseguro
que ya sin fuerza alguna
un débil claro-oscuro
esparce desteñido;
ó cual rayo de luna,
que á caso con mancilla
mas enturbia que brilla
á los del sol tendido.

Y al ver las limpias huellas
Ana, del claro dia
que intenso destruia
sus ilusiones bellas,
la lumbre maldiciendo
del sol que iba creciendo,
traspuso la distancia
de su vecina estancia,
hallando de esta suerte
el sueño mas tranquilo
allí donde ha tan poco
que con intento loco
sentó con mano fuerte

de su guadaña el filo
la inexorable muerte.

—oo—

¡Cuánto fueran distintos
los mas funestos hados,
si siguiesen lanzados
los hombres con anhelo
los mágicos instintos
que les inspira el cielo!

—oo—

IV.

Lucha con el destino.

DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

—

Al ver el lecho vacío,
en amarga transicion,
tiñó de don Luis el rostro
mas que la rabia el pudor.
Y de sí mismo afrentado
de la estancia de Ana huyó,
cual buscando de la sombra
asilo en el espesor;
y á solas con ciego encono
golpeándose el corazon,
gimió de sí con desprecio,
y de vergüenza lloró;
que, mas que pese á su orgullo,

y pese á su propio amor,
se ven, al verse tan viles,
tales cual los hombres son.

—oo—

Lloró infeliz, pero al cabo
reconcentró su furor,
y al aposento de Elvira
su rabia le encaminó;
porque detener al hombre
tan solo pudiera Dios,
cuando ya empezó el camino
de su eternal perdicion.
Y en vano en tan duro trance
de un espíritu el amor
pretende obstruirle el paso
en fantástica ilusion;
y en vano sus turbios ojos
girando ante ellos nubló,
y desconcertó su mente,
y ahogó su respiracion,
porque don Luis despeñado,
sin luz, sin alma y sin voz,
hasta la estancia de Elvira
colérico se arrastró;
pues siempre con el destino
lucha el hombre con valor,
aunque siempre al ser postrado
gime con vil abyeccion.

—oo—

Reposa Elvira en el lecho,
y al desacorde rumor
que hizo al abrirse la puerta
cuando en sus goznes rodó,
ni tuvo de alzar los ojos
la mas fugáz tentacion,
porque tambien duerme el crímen
tras el desvelo traidor.
Y vanamente en el alma
una celeste vision
como inspirados acentos
piadosa le murmuró
secretas voces de huida,
palabras de salvacion,
oscuras frases del cielo,
ecos de un ser velador,
pues ensimismada entonces
en su tenaz postracion,
necia de escuchar se abstuvo
séres que tanto ofendió.
¡Mas ay! que al fin desoyendo
instintos del corazon,
pronto vió enfrente á su esposo
que con aspecto feroz
audáz sorteaba su seno,
y en ansias mortales: — ¡Oh!!! —
pudo pronunciar apenas
su labio con muerto són,
porque de su blanco pecho,
formando un profundo hervor,
se abocaron por la herida

la sangre á un tiempo y la voz.
Petrificado el de Castro,
con satánico furor
ni lágrimas ni suspiros
en holocausto rindió,
porque tan viles crueldades
en casos tan tristes, son
infulas que dá el orgullo,
alientos que da el honor:
y á la luz nocturna que entra
por el contiguo balcon,
sobre una mesa, tranquilo,
así á escribir se sentó:

« Don Pedro, mi esposa ha muerto.
Yo soy noble: vos galante:
y es quimera,
que la que, con trato incierto,
esposo tuvo y amante,
sola muera. »

« Sitio, — la playa: — hora, — ahora:
las armas, — una á los dos
satisfaga:
si una daga á la traidora
dió muerte, déosla á vos
— una daga. »

« Rogad á Dios... ¡Oh! vuestra ira
me alzará el padron maldito
que hoy arrastro.

¿ Visteis la sangre de Elvira ?
Pues ved con que tinta he escrito.
— Luis de Castro. » —

—oo—

Y tendiendo al levantarse
los ojos en derredor,
en el adúltero rostro
por postrer vez los clavó;
y luego asestando á su alma
un dardo la compasion,
de sí mismo, y de su crimen,
de allí huyendo se alejó;
y al sér que labró su infamia,
pero que encendió su amor,
solemnizarle á sus ojos
en las tinieblas dejó;
y doblando de la noche
con sus quejas el horror,
dijo así el triste, llorando,
ó así decirlo pensó:

—« ¡ Caed sin vergüenza, orgullo,
llorad sin afrenta, honor,
que de llanto y de deshonras
sepulcro las sombras son !!! »

—oo—

V.

Honor y amor hacen locos.

DON LUIS.—DON PEDRO.—EL ALMA EN PENA.

—

Vaga en un páramo un hombre,
casi perdido en la sombra,
y el paso, como el que espera,
pára, lo alarga ó lo acorta.
Y así, sereno ó impaciente,
mira rodar horas y horas,
mientras convulsos sus labios
murmuran, rezan ó votan.
Su descompuesto semblante
bien á las claras denota
que el corazon del de Castro
mudos instintos acosan.
Y poco será por cierto,
aunque á su mirada torva
la imájen se le presente
de la ensangrentada esposa,
y que flébiles las brisas
imiten sus quejas hondas,
á cuyo són entrañable
llore infeliz, como llora;
que es distinto cuando un hombre
juzga de un crímen á solas,
que cuando ardiente al cerebro
la sangre en monton se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda
por disipar el aroma
de aquellas manos sangrientas
que desesperado frota!
¡Quién le volviera á los dias
de mas alegres auroras,
cuando escuchaba de Irene
mal entendidas lisonjas;
ó á cuando su mente tuvo
aun no formadas memorias,
ó á cuando rayó su infancia,
ó á otra edad mas remota:
porque son tan verdaderas
de nuestra vida las glorias,
que si nuestra alma una á nna
las va recordando todas,
truncando edades y edades,
de una en otra, y de otra en otra,
nuestra mente hasta la nada
de do salimos nos torna!

—oo—

Entre las nieblas, de un hombre
adivinando las formas,
alborozado á su encuentro
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud
le apostrofó con voz clara:

DON LUIS.

Salud, don pedro de Lara.

DON PEDRO.

Don Luis de Castro, salud.

Y unas quejas de sus labios
se desprendieron tan hondas,
que ambos con mutuo desprecio
las tuvieron por congojas.

DON LUIS.

Mucho, don Pedro, tardásteis.

DON PEDRO.

Cual me habeis aconsejado,
con Dios me he reconciliado.
¿Y vos, os reconciliásteis?

DON LUIS.

Yo, por si no solventamos
algunas cuentas primero,
morir condenado quiero.

DON PEDRO.

Pues vamos, don Luis.

DON LUIS.

Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,
con una sonrisa irónica
clamó don Luis, estendiendo
al aire una banda roja:

DON LUIS.

Con esta, si no os asombra,
nos ataremos, don Pedro.

DON PEDRO.

A nada, don Luis, me arredro.

DON LUIS.

¡Es tan cobarde la sombra!...

DON PEDRO.

Si, desasirnos podemos...

DON LUIS.

¡Huir!... ¿tan cobarde fuérais?...

DON PEDRO.

¡Huir!... ¿y creer pudiérais?...

DON LUIS.

Pues atemos.

DON PEDRO.

Pues atemos.

Y al alargarse las manos,
en tales lides ociosas,
parece cuando las ciñen
que las muñecas se tronchan.
Y ya fuertemente asidos,
miradas se lanzan hoscas,
presas las siniestras manos,
Y alto el puñal en las otras.

Tened, pese á vuestro encono,
las aun no manchadas hojas,
bastardos sostenedores
de imaginaciones locas.
¿A qué dios rendís impíos,
como ofrenda ignominiosa,
la sangre encolerizada

que derramais gota á gota?
¡Ah, sin duda á las deidades
que el hombre en su engaño forja:
—al amor, —honor—y orgullo!—
¡brumas! ¡ilusiones!! ¡sombras!!!
Amáina, don Luis, la furia
de tu pasion rencorosa,
que ese puñal homicida
por donde baja destroza.
¿A qué te anegas en sangre
por una palabra rota,
cuando tantos juramentos
falsa quebrantó tu boca?
¡Duelo comun de los hombres,
que con flaqueza notoria
venguen las ajenas faltas
santificando las propias!
Detén el puñal, don Pedro,
que quien de hidalgo blasona,
no es justo quite la vida
á quien ya privó de la honra.
No vengues, no, de tu amante
la desastrada memoria,
que son del amor recuerdos
nieblas del aire traidoras.
Tente, don Luis, porque en tierra
á dar vas ciego de cólera.
Atrás, don Pedro: ¿qué noble
debe á un traspiés la victoria?
¿Y adónde estás en tal cuita,
imagen de Irene hermosa,

que en són de paz sus afanes
no departes mediadora?
Sin duda tu acento no oyen,
que hombres que á tanto se arrojan
no es mucho, no, que del cielo
voces internas desoigan.
Cesad, que ya de los rostros
la sangre á torrentes brota.
Cia, don Pedro, que mueres.
El paso, don Luis, acorta.
¡Ay, que mejor que el alfanje
casi el furor os ahoga!...
El pecho, don Pedro, esquiva:
corre... vuela... el paso dobla...
Alza, don Luis, el acero...
ten... oye... ¡misericordia!...
¡Triste de vos, el de Lara,
si el cielo ya no os perdona!!

-oo-

A la maldicion postrera
que exhaló don Pedro ronca,
quedaron del asesino
ciegas las potencias todas;
y mientras la calma espera
con resignacion estóica,
el mutilado cadáver
asido al brazo le encorva.
En vano el acero busca
del campo sobre la alfombra,
para evadirse del peso

que cruelmente le agobia;
pues al sepultarle airado
con la indignacion mas loca,
quedó del triste don Pedro
entre las entrañas cóncavas;
é inútilmente su diestra
las ligaduras destroza,
por ver si un piadoso esfuerzo
de sí el cadáver arroja,
que la invisible potencia
de una deidad misteriosa
parece que al mismo crimen
al criminal aprisiona.

Entre el insondable caos
que todo su ser trastorna,
cree ver los gestos horribles
de mil figuras diabólicas
que asen del muerto, doblando
el peso que le acongoja,
y huye, arrastrando el cadáver
que le demandan las sombras.
sin escuchar sus aullidos,
carcajadas estentóreas,
que pavoroso el infierno
en señal de triunfo aborta.
Y es inútil, si contrito
la gracia de Dios no implora,
que huya, rompiendo los lazos
que al parecer le eslabonan,
pues mientras que el mundo cruce,

que gire, que pare ó corra,
siempre dejando el infierno,
verá que su senda cortan,
ya la sombra del amante,
ya la imagen de la esposa;
y aunque no tan crudamente
como á él le acosan ahora,
á cuantos al mundo nacen
remordimientos acosan,
si no del brazo pendientes,
asidos á la memoria.

Oyendo solo, abismado
en confusion espantosa,
los gritos de la conciencia
que calladamente asordan,
corre el de Castro, ya viendo
simas que á sus piés se abondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman;
y trasluciendo entre nubes
de Irene la blanca sombra,
único faro que alumbra
al infeliz que se ahoga,
por su presencia alentado
corre gritando: — «¡perdona!» —
y ella: — «¡sígueme!» — responde,
cual eco de su voz propia,
y siempre asido al cadáver
que entre las peñas destroza,
de la desterrada amante

sigue la luz misteriosa,
luz que para el pobre Castro
es de la esperanza copia,
pues la luz de la esperanza
es tan intensa y tan pródiga,
que cayendo sobre el mundo
desde el crisol de la gloria,
por mas que su paso obstruyan
las nieblas caliginosas,
se debe ver del infierno
aun desde las grutas lóbregas.

¡Oh, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas espia
con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo
en el horror de su cólera,
pudiera imponer mas duro
al que sus leyes trastorna,
que atar del verdugo al cuello
la víctima á quien inmola,
y hacerle ver en su angustia
las ensangrentadas sombras
que desatado el infierno
para horrorizarle arroja,
nieblas que su vista ofuscan,
simas que á sus piés se ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas espía
con amarguras tan hondas!

—oo—

Y con el ansia del triste
que una esperanza remota
ve tras la impía falange
de muertes mil que le acosan,
corre, oyendo débilmente
aquel:—« ¡sígueme! »—que sorda
la voz de Irene murmura
cual eco de su voz propia,
hasta que por fin, rendido
al crudo afán que le agobia,
ya resbalando en aquella,
ya tropezando en estotra,
cayó exánime el de Castro
sobre las heladas rocas.

—oo—

VI.

Dios es piadoso.

DON LUIS.—EL ALMA EN PENA.

—

Sobre los rudos escombros
don Luis sus tormentos sufre,
en tanto que gota á gota
sangre sus heridas fluyen.
Y solo, y sin esperanza
que sus dolores endulce,
sin fruto invoca las sombras
de sus recuerdos ilustres;
que hasta en su angustia postrera,
dejando su ruego inútil,
le abandonaron de Irene
las tiernas solicitudes;
pues tal vez como las dichas,
también los amores huyen,
y en llegando á un coto cierto
también como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse
el último amor anuncie
que de la vida del hombre
la postrer hora se apure,
porque deshechos los lazos
que á la existencia nos unen,
anhela nuestra alma alientos
de atmósferas más salubres.

Vanamente sus memorias
don Luis al morir reune,
porque á su eterna partida
con el perdon le saluden,
pues solemnizan tan solo
sus últimas inquietudes
cadáveres que le espantan,
demonios que le circuyen,
sangre cuyo hedor le ahoga,
la noche que horror infunde.

—oo—

Y antes que débil el alma
rindiese en su pesadumbre,
exaltado en el delirio
en que su dolor le sume,
volvió exánime los ojos
á las inmortales cumbres,
y vió ante el Señor postrada
de Irene la imagen dulce,
que ya olvidando á su muerte
sus negras ingratitudes,
de su perdon en demanda
de Dios á los piés acude...

—oo—

¡Bien haya amén la sombra desterrada
que con tan noble empeño
á espiar sus ensueños condenada
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas;
cuantos quemeis á la virtud incienso
conmigo prorumpid: — « ¡Bendita seas! » —

¡Ah! tal vez vengan nuestros piés siguiendo
en lúgubre bandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los seres de otro mundo
junto á nosotros gimen,
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Si, desbandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos
gimen al són de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fria
con tanto amor se paga,
¡cuándo la luz de la existencia mia
el yerto soplo de la muerte apaga!

—oo—

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorumpe;
y de su gracia impulsado,

sobre arrebolada nube
delante de Irene un ángel
á dar el perdon acude
al alma, que atribulada
con tétrica incertidumbre,
ya de la cárcel terrena
rompe los lazos comunes.

—oo—

Y poco después se vieron
sobre los aires azules
de Irene y don Luis las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubes,
gloriosamente en sus manos
á entrambas el ángel sube.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

Digitized by Google

LIBRO TERCERO.

FÁBULAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO TERCERO.

FABULAS.

SECCION LITERARIA.

FABULA I.

No hay gloria sin pena.

LOS JÓVENES Y LA OFRENDA.

En un verjel ameno
mil jóvenes sin freno
discurren distraidos,
aquí y allí perdidos.
Cuál á otro, de un arranque,
zambulle en un estanque;
y cuál á su vecino
le acuesta en un espino.
Para ellos esculturas

son hóridas figuras;
y así, cual en retablo,
copiando los del diablo,
las pintan sutilmente
un nosé qué en la frente.
Ya sin panza de un taco
me dejan al dios Baco;
y ya á Venus la bella,
tan sin pudor como ella,
por mas que se agazapa
haciendo que se tapa,
la hacen que como un charro
fumando esté un cigarro.
Uno al fin sobre Apolo,
travieso como él solo,
mostrando una corona,
esto á todos pregona:
—«Aunque envidias provoque,
del que el estremo toque
de ese ciprés que ondea,
premio esta ofrenda sea.»
—«¡Arriba!»—gritan todos,
corriendo de mil modos:
y en trances infelices,
los ojos y narices,
ya ven de dia estrellas,
ya acaso barren huellas,
ya el alto viene abajo
asido del zancajo,
ó ya el mas bajo al otro
le monta como á un potro:

hasta que uno elevado,
que mas que otros, lo osado
con lo dichoso junta,
tocó al ciprés la punta,
al fuego que le inflama;
y *¡chasc!*... rota la rama,
cayó rápidamente,
haciéndose en la frente,
amén de algun rasguño,
un chichon como un puño.
Cercáronle con prisa
unos fingiendo risa,
y otros mostrando pena
por la ventura ajena;
y vendando sus sienes,
tras de mil parabienes,
por cima de la venda
ciñéronle la ofrenda.

Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sabio
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando su agravio,
aspira en su delirio:
antes la del MARTIRIO,
después la de la GLORIA.

—oo—

SECCION POLITICA.

FABULA I.

Insuficiencia de las leyes.

EL REINO DE LOS BEODOS.

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
Que se puede decir que lo eran todos,
En el cual por ley justa se previno:
Ninguno cate el vino.
Con júbilo el mas loco
aplaudióse la ley, por costar poco:
acatarla después, ya es otro paso;
pero en fin, es el caso
que la dieron un sesgo muy distinto,
creyendo que vedaba solo el tinto,
y del modo mas franco
se achisparon después con vino blanco.
Estrañando que el pueblo no la entienda,
el senado á la ley pone una enmienda,
y á aquello de: *Ninguno cate el vino*,
añadió, *blanco*, al parecer, con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
volvió con vino tinto á estar borracho,
creyendo por instinto ¡mas qué instinto!
que el privado en tal caso no era el tinto.
Corrido ya el senado,

en la segunda enmienda, de contado,
Ninguno cate el vino,
sea blanco, *sea tinto*, les previno;
y el pueblo, por salir del nuevo atranco,
con vino tinto entonces mezcló el blanco;
hallando otra evasion de esta manera,
pues ni blanco ni tinto entonces era.
Tercera vez burlado,
—«No es eso, no, señor,» dijo el senado;
«ó el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino:
se prohibe mezclar vino con vino.»—
Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragua!
¿Creereis que luego lo mezcló con agua?
Dejando entonces el senado el puesto,
de este modo al cesar dió un manifiesto:
La ley es red, en la que siempre se halla
descompuesta una malla,
por donde el ruin que en su razon no fia,
se evade suspicaz... ¡Qué bien decia!
Y en lo demás colijo
que debiera decir, si no lo dijo:
Jamás la ley enfrena
al que á su infamia su malicia iguala:
si se ha de obedecer, la mala es buena;
mas si se ha de eludir, la buena es mala.

—oo—

FABULA II.

Instituciones inútiles.

EL ARQUITECTO Y EL ANDAMIO.

—

Quitó el andamio Simon
después que una casa hubo hecho,
y el andamio con despecho
esclamó: «¡Qué ingrata accion!»
A tan necia esclamacion
dijo Simon muy formal:
«Quitarte antes, animal,
fuera imprudencia no escasa;
mas después de hecha la casa,
¿hay cosa mas natural?»

—oo—

FABULA III.

Oficios mutuos.

EL GATO Y EL MILANO.

—

Desplumaba á una tórtola un milano,
y un gato que gruñendo lo veia,
el hocico lamiéndose, aunque en vano,
— «¡Ah *verdugo*!» — furioso le decia.
— Y tú ¿qué eres?» — el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo;

y echándole las garras por respuesta,
— «¿Qué he de ser, contestó, siendo tú el *reo?*

Dotado siempre está de ansia inhumana
cuanto arrojar al mundo á Dios le plugo:
verdugos de hoy reos serán mañana,
pues el reo de ayer es hoy verdugo.

—oo—

FABULA IV.

El falso heroismo.

EL VETERANO Y EL PASTOR.

—

Volviendo acia su tierra
un pobre veterano de la guerra,
donde en trances sacó nada felices
un pié de palo y varias cicatrices,
á un pastor que encontró por carambola,
le dijo en tono adusto:
— «¿Cómo entre tanto arbusto
se ve con hojas esta encina sola?» —
El pastor contestó: — «Salió de madre
aquel cercano rio,
y estos arbustos deshojando impío,
perdonó solo á esa gigante encina,
que llaman desde entonces la *heroina.*» —
— «Pues mire usted, compadre,»
replicó el veterano,
«es mas digna de encomio la desgracia

de tanto arbusto enano,
que la gloria de ese árbol eminente;
porque no tiene gracia
que no la hollase el bramador torrente,
cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernandez, para quien sin duda
la trompa de la fama ha sido muda;
pues sepa usted que al redactar mi jefe
(que por Dios que era un grande mequetrefe)
las siguientes palabras:
voy á asaltar el muro;
en verdad le aseguro,
como es usted lacayo de esas cabras,
que solo en lance tal sufrió la mecha
el pobre Juan Fernandez en la brecha.
¿Y qué sacó? esta pierna de rebaja.
¿Y el jefe? nada menos que la faja.
Y así porque esta encina
desde hoy no vuelva con su orgullo necio,
de tanto pobre arbusto con desprecio,
á honrarse con el nombre de *heroina*,
ó voto á Dios le rompo la cabeza,
ó me entalla usted esto en su corteza:

Porque nació mas alta, es mas felice;
y porque es mas felice, es la HEROINA.
¡Cuántos héroes habrá como esta encina!
Juan Fernandez lo dice.

—oo—

FABULA V.

La igualdad.

LA COL Y LA ROSA.

—

Una col en un cercado
probaba á una rosa bella
que era tan buena como ella,
y aun de una tierra mejor.
—« Mas aunque de cuna iguales,
dijo un pepino, ¡mastuerza!
¿dejarás tú de ser *berza*,
mientras que ella es una *flor*? »

-oo-

FABULA VI.

Pelear por un mismo fin.

GUERRAS CIVILES.

—

Era un reino infeliz en donde altivo
un partido de *olivo* un dios queria,
y otro partido que en el reino habia
pidió el dios de *aceituno* en vez de olivo.
Clamando guerra en su furor activo
al golpe asolador del hacha impía
fué tumba universal la monarquía;
de un yermo la nacion fué ejemplo vivo.

Hecho el dios de aceituno á sus antojos,
un partido en sus glorias importuno,
lo encumbró sobre míseros despojos:
Hasta que, el dios mirando de aceituno,
vieron por fin con desolados ojos
que aceituno y olivo era todo uno.

FABULAS VII Y VIII.

Salvar el honor con frases.

I.

EL GALLO Y LA LIEBRE.

Dijo un gallo á una liebre: — «huye, cobarde.»
» ¿Cobarde yo?» la liebre respondia;
pero atisbando á un galgo nada tarde
hasta mas no poder, cobarde huia.
— «Espera, dijo el gallo, un *Dios te guarde.*
¿No llamas á eso huir, señora mia?»
Y antes que el galgo la acercase el morro,
la liebre contestó: — «No *huyo*, que *corro.*»

II.

LA LIEBRE Y EL GALLO.

Gritó la liebre al gallo: — «Anda, medroso.»
— «Como el Cid,» dijo el dueño del serrallo;
mas viendo no muy lejos á un raposo,
hizo una accion que por medrosa callo.

« Ten, la liebre esclamó, gran Cid, reposo. »
— « Pues ¿ acaso esto es *miedo?* » siguió el gallo.
Y al ver que se subia á un parapeto:
— « No, le dijo la liebre, eso es *respeto.* »

—oo—

FABULA IX.

Descubrir la hilaza.

LOS ALDEANOS Y EL CAMINANTE.

—

Viendo á unos aldeanos
que injertaban en robles los manzanos:
— « ¿ A qué son tan ridículas misturas, »
les dijo un caminante,
« pudiendo á cada instante
comer bellotas, ó manzanas puras?
¿ No echais de ver que nacerán, idiotas,
si vuestras esperanzas no son vanas,
ya bellotas que sepan á manzanas,
ya manzanas con dejos de bellotas? »

Aunque en roble villano
injerteis, gran señor, algun manzano,
pese á tanta locura,
al ver sus frutos con un dejo doble,
se ha de saber que tiene vuestra hechura
de manzano la sien, y el pié de roble.

—oo—

FABULA X.

Glorias llovidas.

EL MASTIN Y EL CONEJO.

—

Por la margen de un rio iba un conejo
huyendo de un mastin con planta esquiva,
y al verle caer al agua sin consejo:
—«¡Ya le maté!» dijo con voz altiva.
Formado de conejos un consejo;
—«¡Viva el héroe conejo!» esclama «¡viva!»

¡Oh cuántos deben, con llovidas glorias,
á un azar del contrario sus victorias!

—oo—

FABULA XI.

Percances.

EL LADRON Y EL SARJENTO.

—

(De los reyes con perdon)
oculto en cuanto robaba,
en un árbol se sentaba
como en un trono, un ladron.
Cogió un sarjento al bribon
y al árbol le ahorcó en su encono.
Sepa algun rey en su abono

que á veces Dios, y no es falso,
ya hace un trono de un cadalso,
ya hace un cadalso de un trono.

—oo—

FABULA XII.

Tiranías justas.

—

— «¿Para qué llevas á ese mono? ¡estúpido!»
(dijo á un oso un lebrel.)
— «Porque el dueño que ves (responde el mísero)
» me hace cargar con él.»
— «Pues rómpele de un trompis los homóplatos»
(el lebrel replicó).
Fué el oso á ejecutarlo; pero súbito
miró al dueño y tembló.
— «Muera y no temas (el lebrel famélico
» le volvió á replicar);
» no llevara yo en hombros á ese títere
» estando en tu lugar.
» Ser el burro de un mono es muy ridículo»
(proseguia el lebrel);
« mata al dueño también, ya que tiránico
» te hace cargar con él.
» Yo sé de pueblos que después que imbéciles
» el oso hicieron bien,
» arrogantes mataron á sus déspotas;
» mátalos tú también.
» O vaya andando, como tú, ese zángano,
» en perfecta igualdad,

» ó si no, tus cadenas rompe heróico:
» ¡viva la libertad!»
Con calma escuchó el dueño esta filípica
sin sentido comun,
y, dando un par al oso con el látigo,
dijo: — «¡Valiente atun!
» El oso, el mono y yo, lebrel sin cálculo,
» haremos una grey,
» en la cual oso y mono son los súbditos,
» mientras yo soy el rey.
» El oso inepto, por mis reales órdenes,
» va andando con sus piés,
» y el mono va sobre él, porque su mérito
» nos mantiene á los tres.
» Justo es que sirva á mono tan benéfico
» el oso de alazán;
» pues para seres como este oso indómito
» no hay mas que *palo* y *pan*.
» *¡A los necios baldon; gloria á los útiles!*
» esto manda la ley.
» Agur, señor lebrel: vos, oso bárbaro,
» seguid, y ¡viva el rey!»

—oo—

Yo no sé si arengó como un estólido
el patriota animal;
Pero responda el respetable público:
¿habló el dueño tan mal?...

FABULA XIII.

Un daño destruye otro.

EL DOGO Y LOS DOS LOBOS.

—

— «¡Ay!» — un dogo inocente
esclama triste en el confuso idioma
que los perros entienden solamente.
— «No me coma, don Lobo, no me coma,
porque nunca á su raza la he debido
ni siquiera un ladrido;
y es mas digno de garras tan atroces
cebarse en animales mas feroces.» —
El lobo ya sobre él, no oye sus quejas,
(como quejas al fin de un infelice),
y meneando la cola y las orejas,
parece que le dice:
— «Muere, pícaro, aquí, mal que te cuadre;
que aunque sé que á mi raza no has ladrado,
recuerdo sin embargo haber pasado
por donde en tono vil ladró tu padre.»
— «Pues mi padre hizo mal», — clamó espirante;
y ya iba el lobo á dovorarle fiero,
cuando en el mismo instante
apareció otro lobo carnicero,
que mirando acia allí con vista impía,
pudiérase decir que le decia:
— «No le toques al pelo;
que con él quiero, por vengar mi afrenta,

solventar una cuenta
que me quedó á deber su infame abuelo. »
— « ¡Infame abuelo! sí, » pienso que dijo
el dogo en tanto aprieto;
— « ¿Y he de sufrir la muerte,
no solo por ser hijo,
mas también por ser nieto?
¡Oh ley mas que inhumana del mas fuerte! —
Encarados el lobo con el lobo,
el segundo al primero:
— « Suelta, le dijo, bobo;
verás cómo en tan bajo marrullero
vengo tu agravio con rencor profundo. » —
— « Mil gracias », le contesta
el primero al segundo:
« yo solo en este impio
vengaré el honor mio ». —
Y sin otra respuesta:
— « Es muy justo á mi ver, de nuevo dijo,
que el galardon de un padre herede un hijo. »
— « Pues alto ahí, compadre, »
el segundo prorumpe en són de queja,
« Si así hilas la madeja,
es de mi contingente,
pues me ha ultrajado el padre de su padre. »
— « Mi ofensa es mas reciente. »
— « La mia mas añeja. »
— « Pues no le matarás. » — « Ni tú tampoco. » —
Y con intento loco
se enzarzaron, embate tras embate,
en tan igual como feroz combate;

mientras que el triste dogo, muerto el perro,
se agacha humilde en tan atroz fracaso,
sufriendo las pisadas que por yerro
le desuellan la piel, sin ser del caso:
hasta que viendo la refriega entrada,
como quien no hace nada,
sin decir *tus* ni *mus*, huyendo el diente,
taimado se escurrió bonitamente.

¡Cuántas veces por ruines,
con encontrados fines,
traban lid importuna
dos enemigos fuertes,
y no les dan ninguna,
por querer con afán darles dos muertes!

—oo—

FABULA XIV.

Hacer sonar á tiempo.

EL CONCIERTO DE LOS ANIMALES.

—

Supuesto que respira,
se hace oir bien ó mal cualquier garganta;
y en esto no hay mentira,
pues mal ó bien, el que respira, canta.
Hablen, si no, mil animales duchos
que dieron un concierto como muchos.
Y es fama que el sentido,
no acompaña á los órganos vocales,

por lo que ha sucedido
que en la patria de dichos animales,
cada cual presumiéndose asaz diestro,
gritó:—«¡Caiga el leon! fuera el maestro!»—

Cayó la monarquía,
y en república el reino convirtieron.
—«Vaya una sinfonía
de nuestros triunfos en honor», dijeron;
«cada uno cante cual le venga á mano:
ya no mas director: muera el tirano.»—

Comenzóse el concierto,
cá-cá-rá-cá gritando el polli-gallo;
y al primer desacierto
con un relincho contestó el caballo;
a-y-o, a-y-o siguió el pollino;
pi-pi-pí el colorin, *ufff* el cochino.
El *mís* y el *marramau*
cantó el gato montés, cual tigre bravo;
y con cierto *pau-pau*
le acompañaba el indolente pavo;
formando tan horrenda algarabía,
que ni el mismo Luzbel la aguantaria.

El leon destronado,
viendo el reino en desórdenes tan grandes:
—«Silencio», dijo airado,
mostrando un arcabuz ganado en Flandes;
«el rey va á dirigir: atrás, canalla»;—
y al verle cada cual, amorra y calla.

—« Vuelva á sonar la orquesta, »
siguió el tirano, de Neron trasunto;
« ¡ y ay de la pobre testa
de aquel que por gruñir me coma un punto.
¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna.
Palo, ó cancion: vamos á ver: á una. »—

Y la orquesta empezando
pí-pí, cá-cá-rá-cá, mis-mis, miau-miau,
siguió después sonando
a-y-o, a-y-o, ufff-ufff, pau-pau.
Y tal sonó la música que alabo,
que el mundo gritó absorto: « ¡ Bravo ¡ bravo !

Fué el concierto, antes loco,
la maravilla, vive Dios, del arte;
y aunque gruñendo un poco,
cada animal desempeñó su parte;
aprendiendo, en perjuicio de su testa,
que sin buen director, no hay buena orquesta.

—oo—

FABULA XV.

Leyes fundamentales.

—

Con ánimos sencillos
varios chiquillos cierto dia un dado
para jugar hicieron;
y las leyes del juego los chiquillos
por seguir á la letra,

del lado aquel en cada faz pusieron
el *uno*, el *dos*, el *tres*, el *cuatro*... etcetra.
De niños entre el bando
alguno de ellos calculó prudente
que, por los bordes subrepticiamente
la cara de su número limando,
siempre á la mesa en amoldarse esquiva
quedaria, rodando,
la cara de su número ácia arriba.
De esta manera á todos, el fullero
como era natural ganó el dinero,
hasta que al fin, de sus falaces modos
apercibidos todos,
dando de su pericia muestras claras,
limando y mas limando
fueron también dejando
convexas de sus números las caras.
De este modo el ex-dado
por ángulos y bordes cepillado,
al impulso menor del aura sola
rodaba, ya se ve, como una bola.
Desde entonces el número de azares
se sucede á millares,
y la igualdad geométrica admirando
de equilibrio tan justo,
unas veces perdiendo, otras ganando,
se divierten los niños que es un gusto.
Con lengua atrabiliaria
á cada azar del inconstante dado
agotan su aficion parlamentaria,
y sucede un discurso á otro discurso

sobre si el aire le sopló de un lado,
sobre si un pelo interrumpió su curso.
Y acaban las cuestiones,
su furor conteniendo en breves plazos,
los que son vencedores, á razones;
los que vencidos son, á sombrerazos:
y en caos importuno
alzándose hoy los que caerán mañana,
todos se pierden, y ninguno gana,
ganando todos, sin perder ninguno.
Y entre tanto, sediento de emociones,
y ajeno, el pueblo espectador, del fraude,
aplaude tan continuas variaciones,
pues siempre el pueblo la comedia aplaude
si van y vienen sin cesar telones.

—oo—

Desde el feliz momento
que la moral he oido de este cuento,
ignoro cómo hay gente
que idolatrar como á sus ojos pueda
la ley fundamental, que blandamente
adonde quiera que la impelen rueda.

—oo—

SECCION RELIGIOSA.

FABULA I.

Dios es causa de las causas.

LA URRACA, LA RAMA, EL ÁRBOL, LA TIERRA Y EL SOL.

Al lado de una iglesia un olmo habia,
desde donde una urraca escuchó un dia
que un fraile predicaba de este modo:
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.
Torciendo entonces el agudo gesto,
dijo la atea urraca: — «Por supuesto,
Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
porque yo sin sus órdenes arguyo
que ya corro, ya vuelo,
segun me viene á pelo,
y, aunque su ley traspase soberana,
hoy canto aquí porque me da la gana.»
— «Porque yo te sustento
(dijo la rama con sutil acento),
gracias al tronco adusto
que me encumbra robusto.»
— «Yo (con acento ronco
gritó á la rama el tronco)
te encumbro á tí, porque la tierra amante
con brazo creador me alzó triunfante.»

— « Y yo te levanté (dijo la tierra,
sus entrañas abriendo en són que aterra),
porque ese sol que de su luz me inunda
con sus rayos mis gérmenes fecunda. »
— « Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,
con voz de quien es eco el bronco trueno)
la tierra fecundizo,
porque el potente Ser que todo lo hizo
desde mi trono alzado
hasta el último fin de lo increado,
cual dón con que su alteza manifiesta
¡la clara sombra de su luz me presta! »
Desde entonces la urraca,
con una fe que su temor aplaca,
cuando oye prorumpir en el otero:
« yo canto estas rondeñas porque quiero »;
— « cantais porque Dios quiere ¡bachilleras! »
(grita á sus compañeras):
« ¿cómo ultrajais al cielo de ese modo?
Dios todo lo hace, y lo dispone todo. »

-oo-

SECCION MORAL.

FABULA I.

La carambola.

EL CHICO, EL MULO Y EL GATO.

Pasando por un pueblo un maragato,
llevaba sobre un mulo atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible;
y herido entonces el sensibie macho,
pegó una coz, y derribó al muchaco.

Es el mundo, á mi ver, una cadena,
do rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena,
refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.

Digitized by Google

FABULA II.

Ganar el flanco á la suerte.

EL PILOTO Y SU APRENDIZ.

—«¿De qué modo tan vario,»
un aprendiz á un náutico decia,
«sigue usted siempre la trazada via,
ya sea el viento próspero, ó contrario?»—
Entonces el piloto le contesta,
mientras que el otro copia la respuesta:
—«Si ves que por la popa arrecia el viento,
sin torcer el timon, recto camina:
si es por la proa, gana el barlovento;
y si es por el babor marcha en bolina.»—

Así en el mar del mundo, el buen piloto,
no esponiendo el bajel á inmobles tumbos,
por donde quiera que le acosa el noto,
gana puerto también, trocando rumbos.

FABULA III.

Partidas de ruines.

EL GALGO Y EL PODENCO.

Persiguiendo un conejo de gran traza,
al ladrador podenco dijo el galgo:
—« Calla, y no ladres tanto, mala raza,
que maldito sea yo, si sirves de algo.
¿A qué venimos,» prosiguió, « de caza,
si en saliendo la espantas, mal hidalgo?» —

Así el ruin, que seguirlo en vano intenta;
porque otro no lo alcance, el bien ahuyenta.

FABULA IV.

La justicia en un cuento.

EL VIEJO Y EL MENDIGO.

Rodeado el tio Blas de gente,
dijo: — « Vaya un cuento ahora »; —
y ya iban tres cuartos de hora,
cuando él iba en lo siguiente:
— « Aunque *pobre*, el juez prudente
le hizo justicia al momento.» —
Y un *pobre*, que oia atento,
dijo al tio Blas con malicia:
— « *¿Pobre*, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: *eso es cuento.*»

FABULA V.

Virtud y orgullo.

LA ENCINA Y EL ROSAL.

—

— « ¡Mezquina es tu existencia, »
á un humilde rosal dijo una encina,
« pues arrastras al par de mi opulencia
« tu existencia mezquina! » —
De una santa en las fiestas placenteras,
bajaron á coger unos pastores
ramaje de la encina para hogueras,
y del rosal, para la imagen, flores.

Ornó el rosal la imágen peregrina,
y entonces me presumo
que mirando en la hoguera arder la encina,
esclamó al darle el humo:

No afrentes al humilde con tu fausto:
que el dia de la prueba, en acto innoble,
con ignominia doble
tal vez sirvas de incienso á su holocausto.

—oo—

FABULA VI.

El método.

EL MANCEBO Y LOS PÁJAROS.

—

Vió Gil de un árbol caer
cinco pájaros, y todos,
corriendo por varios modos,
los quiso á un tiempo coger.
— «Deja, buen Gil, de correr,
pues no cogerás ninguno.
¿A qué tras *cinco* ¡importuno!
á un tiempo vas con ahinco,
si para coger los *cinco*
tienes que empezar por *uno?*»

FABULA VII.

La piedad bien entendida.

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO.

—

A un manzano podaba un hortelano,
y un muchacho con íntimas querellas,
«¿por qué,» decia á gritos, «inhumano
del tronco á quitar vas ramas tan bellas?»
—«Córtalas, podador», dijo el manzano,
«que se me quiere encaramar por ellas.»—

El tal rapaz, que procuraba arguyo
el bien ajeno, en beneficio suyo.

FABULA VIII.

Baladronadas.

LA VID, EL OLMO Y LA YEDRA.

—

En continua querella,
una vid y una yedra, á un olmo asidas,
se despreciaban, de odio estremecidas,
poniéndose á su vez de *mas es ella*.
—«¿Ves aquel ave, que en tendido vuelo,
dijo la vid por fin, «ya besa el cielo?
pues si quiero subir, sin mas arrimo,
le llevo á que meriende este racimo.»
—«Pues si me subo yo,» dijo la yedra,
que solo asida de los olmos medra,
«formo un dosel al cielo,
que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
Vamos á ver si no,» siguió importuna.
—«Vamos, dijo la vid-¡A una!»-«¡A una!»
En tono el mas sencillo:
«No, por Dios; no, por Dios, gritó un tomillo,
que pueden sus bravuras
dejar el mundo á oscuras.»—
Llegando ya de su impaciencia al colmo,
dijo al tomillo el olmo:
—«Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
si nadie miedo á los cobardes tuvo,
pues sé por esperiencia
que jamás *subirán*, si yo no *subo*.

FABULA IX.

Un bobo hace ciento.

LA MONA, EL MONO Y EL LORO.

—

Con la faz mas espantosa,
la mona de un mercader,
en ilusion deliciosa,
recordando cualquier cosa
reia á mas no poder.

Como un mono la veia,
que por boba la tenia,
reir solo para sí,
de ella el mono se reia
con un burlesco *jí jí*.

Un loro, que al mono vió,
por loco lo tuvo ya,
y también de él se rió,
y sin cesar prorumpió
en un *já já* y mas *já já*.

Cuando al pasar por alli
oia al simple del loro
la gente, fuera de sí
reia, diciendo á coro,
unos *já já*, otros *jí jí*.

Y aunque de bobos la hornada
ya siendo muy larga va,
siquiera por la bobada,
conmigo la carcajada
soltad, diciendo: *¡Já! ¡já!!*

Con lo cual probar intento
que, con remedo servil,
en este mundo, y no es cuento
así como un loco ciento,
llega un bobo á hacer cien mil.

—co—

FABULA X.

Contras de la mala fe.

LOS DOS GORRIONES.

—

— «Llégame el comedero,»
dijo á un gorrion otro gorrion muy maula.
— «Pues ábreme primero,»
contestó aquel, la puerta de la jaula.»
— «¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,
te vas sin darme de comer en pago?»
— «¿Y quién me dice á mí,» responde el preso,
«que me abrirás, si llenas el monago?» —
Y en conclusion, por si ha de ser primero
llegar el comedero,
ó correr el alambre,
quedóse el enjaulado prisionero,

y el hambriento volvióse con el hambre.
¡ Digno amigo , por Dios de tal amigo !
Y ahora direis , y bien , como yo digo :

¡ Vaya , que son en ciertas ocasiones
lo mismo que los hombres los gorriones !

FABULA XI.

De pequeñas causas grandes efectos.

EL PASTOR Y EL INSECTO.

Cantando Gil , vió de un insecto el nido ,
y le holló con pié rudo :
y aunque oyó de mil tristes el gemido
siguió cantando de piedad desnudo.

Viendo el insecto hollados á sus hijos ,
subióse á la montaña ,
y en el chopo mas alto ayes prolijos
lanzó , exhalando su impotente saña.

Era el tiempo en que vientos y nublados
desatando los cielos ,
igualan con los montes los collados
copiosas nieves y abundantes hielos.

Por vengarse de Gil , cargó sañudo
con un copo de nieve ,

carga mayor con que el insecto pudo.
¡ De tan grande furor venganza leve !

Suelta el copo, al encono que le inflama,
desde el altivo chopo;
y engruesado al bajar de rama en rama,
fuése aumentando el invisible copo.

Va el germen infeliz de inmensa ruina
de hoja en hoja bajando,
y un copo y otro copo arremolina,
y cien y mil, y auméntase rodando.

Cruje la mole, escasa todavía;
mas en creciente estraña,
ya un monte desatado parecia
el declive al bajar de la montaña.

El alto roble y la empinada encina,
á su impulso arrollados,
amenazaban convertir en ruina
del pobre Gil apriscos y ganados.

Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
que lo arrasaba todo,
parodiando de Gil el fiero canto,
tarareó esta cancion allá á su modo:

¡ No hay venganza que un ruin, si está ofendido,
tomar no pueda en pago,
cuando un copo de nieve desprendido
la causa llega á ser de tanto estrago !

FABULA XII.

Si eres débil, sé prudente.

EL PERRO Y LA RANA.

—

— « Calla, maldita rana, » —
un perro desde un ato prorumpia:
y ella *car car* y mas *car car* seguia,
como quien dice: « no me da la gana. »
(Esta rana, en invierno y en verano
cantaba, por decreto sobrehumano,
aunque jure algun sabio, echando un terno,
que nunca ha visto ranas en invierno.)
— « ¿Conque te sales, » dijo aquel, « del rio,
para venir á incomodarme al hato?
Por Dios, que si no hiciera tanto frio,
anoche salgo, te sorprendo y mato. »
—*Car car car, car car car,* » siguió la rana
burlándose del perro con orgullo.
— « ¿Y es posible que creas, »
le contestó la vana,
« que en moviendo tú un pie, no me zambullo?
¡*Car car car!* ¡*car car car!* » — « Maldita seas! »
clamó el perro siguiéndola enojado.
La rana de contado,
¡*cataplun!* se echó al rio;
mas como helado estaba por el frio,
sin concederla plazos,
sobre el hielo el mastin la hizo pedazos.

No insultes al mas fuerte,
aunque libre, al huir, tengas el paso;
que si lo encuentras obstruido acaso,
como la rana sufrirás la muerte.

—oo—

FABULA XIII.

Amar por las apariencias.

EL ALCORNOQUE Y LA ENREDADERA.

—

Nació una enredadera
al pié de un alcornoque descarnado;
vistióle de manera,
que fué en la primavera,
siendo un bodoque ruin, blason del prado.

Como propios primores
lucia el corcho vil ajenas galas;
siendo con tantas flores
envidia de pastores
y blanco del amor de las zagalas.

—« ¡Oh, qué árbol tan florido,
decian; qué gentil, qué primoroso! »
Elogio merecido,
pues gracias al vestido,
por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

Digitized by Google

Mas llegaron sin cuento
del otoño las ráfagas sonoras,
y soplando violento,
dejó alcornoque el viento,
al que el ídolo fué de las pastoras.

¡Cuántas de esta manera,
Elvira, adoran á un galán bodoque,
y hasta que el aura fiera
lleva la enredadera,
no advierten que han amado á un alcornoque!

-oo-

FABULA XIV.

Escusas necias.

EL CUERVO Y EL REPTIL.

—

Acia el nido de un cuervo
sube un reptil protervo,
que de otro manjar falto,
de huevos se apercibe;
mas al dar el asalto,
creyendo al cuervo ausente, oyó: — ¿Quién vive?

— «Perdone usted; no es nada
(dijo con voz turbada);
el hallarme soñando
mi indiscrecion abone;

pues llegué aquí rodando,
mas desperté, y me vuelvo : usted perdone. »

— « ¡Hola, traidor vecino!
(dijo el cuervo ladino)
¿cuando el sueño te priva,
sin costarte trabajo
te ruedas acia arriba?
Pues á ver cómo ruedas acia abajo. »

Y remontando el vuelo,
lo suelta desde el cielo,
por mas que ya difunto
el reptil lo rehusa;
y *¡plaf!* reventó al punto.
¡Digno castigo de su necia escusa!

-oo-

FABULA XV.

El diablo predicador.

EL BEODO EN EL FESTIN.

—

Un beodo en una orgía,
— « Brindo porque el alto cielo
purgue de vicios el suelo », —
con voz de trueno decia.
— « ¡Guerra al vicio! » — repetia,
y un vaso apuró hasta el poso.

Que en este mundo engañoso,
dando al labio torpe oficio,
hay quien habla mal del vicio
siendo él el primer vicioso.

—oo—

EABULA XVI.

Delirios del amor.

LA NIÑA HALAGÜEÑA.

—

Los que vuestro amoroso pensamiento
teneis por el *non plus*, oid un cuento.

A un enfermo una niña cierto dia
acariciaba con honesto modo,
y en la ilusion de su placer decia:
—« Mi rey, mi luz, mi sol, mi dios, mi todo! »

Y para que veais de qué manera
el afecto su juicio turbaria,
el *rey*, el *sol* y el *dios*, ¿sabeis quién era?
Un *dogo* que de *ahitado* se moria.

—oo—

FABULA XVII.

Lisonjas viles.

EL ENFERMO Y LOS DOS MÉDICOS.

—

Mas tenaz cada dia
esto á un enfermo un médico decia:
—«Si bebe usted mas agua,
es indudable que su muerte fragua.»
Sediento el otro en tanto,
le dió su pasaporte, y otro al canto.

Fuése el doctor primero,
enterando del caso al compañero;
pero el doctor segundo
mas inepto que aquel, ó mas profundo,
dejó de buena gana
que se ahitase el pobre hombre como rana.

Pues, señor, murió ahitado;
y al morirse, contento de su estado,
del que le daba vida
aun blasfemó, mientras que á su homicida
colmó de bendiciones.

¡Lo que vale halagar á las pasiones!

—oo—

Digitized by Google

FABULA XVIII.

Acusar delitos propios.

LA URRACA Y LA GALLINA.

—« ¡Qué escándalo!»— en tono fiero
una gallina decia,
á una urraca que comia
las flores de un limonero.
—« ¡Que se come, jardinero,
de las de *arriba* á destajo!»
—«Celebro tu desparpajo,»
contestó la urraca altiva:
« ¿No he de comer las de *arriba*,
si no has dejado una *abajo*?»

FABULA XIX.

No hay mal como un falso amigo.

EL JILGUERO Y EL RECLAMO.

De pájaros un bando
al asomar el dia,
iban al aire blando,
pi pi, pi pi, cruzando
en dulce compañía.

Mudaron el intento,
oyendo que un reclamo
pi pi, pi pi, á su acento
les respondió contento
cabe un pulido ramo.

Y en giros desiguales
cercándole en gran copia
para llorar sus males,
como la accion mas propia
de amigos tan leales;

Posándose un jilguero,
cayó en la liga impía
que armada le tenia
un cazador artero,
que cerca lo veia.

Se aleja el bando espeso
viendo el caso infelice;
y en tanto el triste preso
con inútil esceso
luchando en vano, dice:

— «¡Nada, ay de mi, consigo,
pues en tan fiera lucha
mas cada vez me enligo!

¡Triste de aquel que escucha
la voz de un falso amigo!»

FABULA XI.

Nunca una moral nos cuadra.

LA MADRE, EL HIJO Y LA CONCURRENCIA.

—

Fastidiaba á una noble concurrencia
una madre amorosa, que asentaba
que de Adolfo á admirariban la ciencia
si alguna fabulilla recitaba.
— « Ven acá, dijo, niño. »
Y Adolfo al escuchar su voz severa,
con mucha mas pereza que cariño,
la fábula empezó de esta manera:
— « LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierto dia
la oveja, con el tono que ella sabe,
daba á su hijo lecciones de ser grave,
las que él pronto olvidaba, ó no aprendia.
¿Leccion, direis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy á lo que importa.
La oveja en vano en enseñar se ahinca,
porque el hijo no aprende una palabra;
mas corre, y viene, y va cual suelta cabra,
y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.
La madre del cordero era tan porra... »
Truncó Adolfo la historia de repente,
cual cayendo en estúpida modorra;
y es que viendo de dulces una fuente,
de su memoria en mengua,
dura como el turron quedó su mente,

y en agua vuelta la movible lengua.
— « Sigue, niño, » la madre le decia.
— *Era tan porra...* el niño repetia;
la madre con sus guiños le hostigaba;
y — *tan porra...* el muchacho replicaba;
y con que si era *porra*, ó si no lo era,
llegó á cansar la sociedad entera.
La madre al fin le dijo, ya corrida:
— « Aparta, que estás siendo, majadero,
mas torpe que el cordero de la historia. »
Y ¡ oh, qué frágil memoria!
¡ no acordarse que ella era distraida
mas *porra* que la madre del cordero!

No hay accion mala ó buena,
que aplicacion no tenga, si es ajena.
Mas siendo propio el caso,
jamás la aplicacion nos sale al paso.

FABULA XXI.

La curiosidad.

LOS DOS ESPOSOS Y EL VENENO.

Para matar ratones
hizo Guzman algunas confecciones,
las que encerradas con rigor tenia
en un lugar, en el que escrito habia:
«Ninguno para cosa mala ó buena,
me llegue á esta alacena.»

Su mujer Blasa, que con él reñida
la mayor parte estaba de su vida
(porque segun la vecindad pregona,
tanto como curiosa, era gruñona),
presumió que su esposo allí encerraba
el tósigo fatal con que trataba
de castigar su eterna impertinencia
(señal que le argüia la conciencia),
y buscando las viles confecciones,
encontró el solimán. ¡Que imprecaciones!
— «¡Un veneno!» — frenética decia.
— «¡Un veneno!! ¡un veneno!!!» — repetia;
y con verle y tocarle aun no contenta,
llega, lo huele, pruébalo, y revienta.

Si lo ven por acaso,
atad á los curiosos corto el freno;
ó apurarán el vaso
aunque escribais sobre él: - «aquí hay veneno.»

—oo—

FABULA XXII.

De dos males el mas visto.

EL MÉDICO Y EL INVÁLIDO.

—

Un inválido á un médico decia:
— «Si me corto esta pierna gangrenada,
¿podré vivir al parecer de usía?» —
Y el médico dudando respondia:
— «Podrá ser por acaso, camarada.» —

—«La duda, replicó, no me hace al caso.
Mas si la corto, ¿sabe si de fijo
podré vivir aunque no dé ni un paso?»—
Dudando siempre el médico le dijo:
—«Podrá ser, camarada, por acaso.»—

—«Pues si al cortarla ataco la existencia,
y el no cortarla es un dudoso medio,
á la cura prefiero la dolencia.»—

Yo también prefiriera, en mi conciencia,
morir antes del mal que del remedio.

—oo—

FABULA XXIII.

Efectos de la injusticia.

EL LUGAREÑO Y EL MAGNATE.

—

Un señor de calidad,
por dar, con magia distinta,
á su vida variedad,
se iba en verano á la quinta,
y en invierno á la ciudad.

Tras la casa del señor
la de un labrador habia,
ruin casa en que al labrador

así el hielo le ateria,
como le asaba el calor.

Por mas de cincuenta abriles
fué casa de tanta mella
nido de gorriones viles,
y á la del señor desde ella
pasaban después á miles.

Incomodado el usía,
porque al asomar el dia
los gorriones con empeño
con su *chau chau*, si dormia,
le interrumpian el sueño,

La casa del labrador
furioso sin mas arrasa.
—¿Tal sinrazon, direis, pasa?—
Era mas rico el señor,
y vino abajo la casa.

Sin casa ya los gorriones
do anidar en los abriles,
del otro á los murallones
fueron después, mas que á miles
los malditos, á millones.

Y á cada instante al señor
cantándole el aleluya,
le entraron en tal rencor,

que cual la del labrador,
tuvo que arrasar la suya.

Justo premio al que inclemente
pudo dejar sin consuelo
á un labrador indigente.
Siempre se ensucia la frente
el loco que escupe al cielo.

—oo—

Digitized by Google

SECCION FILOSOFICA.

FABULA I.

No siempre el bien es fortuna.

EL PÁJARO ENCARCELADO.

En una jaula un ave
nació y vivió contento,
sin cruzar nunca el viento
con revolar süave.
¡Qué vanamente grave,
porque mas no desea,
de una á otra barandilla
con voluntad sencilla
cantando se pasea!
Créalo quien lo crea;
mas lo cierto es que el preso
nunca con loco esceso
en ocasion ninguna
maldijo la fortuna,
ni tuvo á vituperio
su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
que un dia que la puerta
vió de la jaula abierta,
llegó paso tras paso

á la vecina huerta.
¡Cómo entonces contento,
con emocion estraña,
goza en la azul campaña
del estendido viento
la libertad querida,
nunca por el sentida!
De rama en rama vuela
con la calma inefable
de la virtud amable
que el crimen no recela;
y al mas cercano arbusto
lanzándose con gusto,
quedó á la liga en suma
presa otra vez su pluma.
¡Triste imagen del hado
fué el pájaro inocente,
pues se trocó su estado
tan repentinamente!
Tornó á ver á despecho
la antes prision amada:
mas nunca la alborada
volvió á encomiar su pecho
con su comun tonada.
—«¿Por qué con tal quebranto,»
su dueña le decia,
«mi gozo y tu alegría
no ensalzas con tu canto;
cual suceder solia?»—
Sin dar respuesta alguna,
las penas una á una,

con el dolor mas grave
de su dueña querida,
acabaron del ave
la macilenta vida;
que aunque en la cárcel fiera
pasó la vida entera
sin que echase de menos
los céfiros serenos,
después que hubo probado
su esfera siempre amena,
cuando volvió á su estado
murió el triste de pena.

¡ Huid, mentido bando
de alegres ilusiones,
que nos henchís, pasando,
de locas ambiciones.
¡ Dejadme que tranquilo
muera en mi pobre asilo,
pues que solo un momento
vive el mayor contento!
¿ Por qué quereis que ansioso
deje mi humilde estado,
si es mas desventurado
quien fué una vez dichoso?

—oo—

FABULA II.

Yendo á mas, venir á menos.

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA.

—

La abeja de una rama de romero
formaba su panal de mieles rico;
mas la rama encontrando en un lindero,
se la comió un borrico.
¡Pobre rama olorosa
que el blason iba á ser de los panales,
y ya entre las mandíbulas asnales
podrá ser, menos miel, cualquiera cosa!

¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
lo instable del destino,
cuando al ir á ser miel la noble rama,
el pienso quedó á ser de un vil pollino!

Digitized by Google

FABULA III.

Caprichos del hado.

EL ESCULTOR Y LOS DOS TRONCOS.

Cierto escultor un dia,
viendo dos troncos, entre sí decia:
—« De este zoquete vil, lleno de lodo,
un san Roque he de hacer con perro y todo;
y este, aunque para santo mejor era,
del templo servirá para madera. »—

Así el hado cruel, que engaña á tantos,
convierte, con tristísimos ejemplos,
en madera de templos á los santos,
y en santos la madera de los templos.

FABULA IV.

Placeres falsos.

EL MUCHACHO Y LA MANZANA.

Tiró Andrés una piedra á una manzana,
y por dar á la fruta, dió al ambiente;
tiróle la segunda: ¡empresa vana!
la tercera tiró: ¡malditamente!
tiró otra en fin: cayó; mas de tal gana,
que con golpe mortal hirió su frente.

Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
la cabeza nos rompen cual los males.

Digitized by Google

FABULA V.

Deseos locos.

EL PASTOR Y EL NAVÍO.

—

Del mar en la ribera
quejábase un pastor de esta manera:
—«¡Oh, qué sordas que tiene á mis congojas
el cielo las orejas,
pues no me saca de zagal de ovejas,
pati-tuertas las mas, y algunas cojas!
¡Quién me diera, halagando mi albedrío,
dirigir por ejemplo aquel navío,
y á la playa arribar del indio ó moro,
para volver con él cargado de oro!
¡Por amigos tuviera y por amigas
entonces á señoras y señores,
pese á cuantas ovejas y pastores
rumia[illegible] yerbas ó mascaron migas!
[illegible] ¡ay! la suerte fiera
me arr[illegible], sea invierno, sea verano,
desde e[illegible]te al redil, y de este al llano;
[illegible] y [illegible]ue oirlas no quiera,
me h[illegible]ce [illegible]har las simples avecillas,
que [illegible] mas maravillas
que dicen qu[illegible]cen los que de ellas cuentan,
cada vez que la[illegible]igo, me revientan.»
Así el pas[illegible] decia,
cuando el bajel ya a[illegible]nas se veia;

y su intenso dolor llegaba á tanto,
que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el sol, segun asienta
quien dijo que del ábrego la saña
removió aquella noche una tormenta
que ni la oyó el pastor en su cabaña.
Al otro dia su manada entera
condujo, como siempre, á la ribera,
y del mar acercándose á la orilla,
vió aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,
halló al fin gavias, y después mesanas,
trinquetes desvelados, hombres muertos:
¡leves cimientos de esperanzas vanas!
Entonces se acordó de su navío,
y viendo fin tan triste,
«¡qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
en coartarme, dijo, el albedrío!»
Y sin ver que á los muertos hacia agravios,
una sonrisa se asomó á sus labios;
y escuchando las simples avecillas,
que hacian, segun dijo, maravillas,
tradujo de sus plácidos gorjeos:

Modera tus deseos.
Aunque pierdas, llorando, tus encantos,
no halagues esperanzas indecisas;
cada muerta esperanza brota llantos;
cada llanto vertido engendra risas.

FABULA VI.

De gustos no hay nada escrito.

EL CONEJO, EL GALLO Y EL CERDO.

—

Cada QUISQUE *celebra, y es muy justo,*
lo que es mas de su gusto.

Por un gallo lo digo,
que de una huerta picoteando el trigo,
así á un conejo hablaba
que, haciendo muecas, una col rumiaba:
— «¿No admiras este trigo, buen conejo,
gordo y gentil, cual castellano viejo?
¿Quién ha visto manjar de mas decoro?
Como soy que parecen granos de oro.»
— «Aprension, friolera, boberia,»
el rumiador conejo respondia:
«Siempre a mi noble raza mas le plugo
de tierna berza el agridulce jugo.» —
Viendo así despreciado
su condimento amado
el gallo, in continente,
para buscar un juez mas competente,
se encaramó á las tapias de la huerta,
como vijía que se pone alerta;
y preguntó á un cochino
que acertaba á pasar por el camino:

— « Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas
buen trigo y buenas berzas,
¿qué cosa te comieras, caro amigo? » —
El cerdo contestó: — *Berzas y trigo.*

—oo—

FABULA VII.

Los lindes del bien y el mal.

EL POETA Y SUS LECTORES.

—

Si escuchais esos míseros lamentos,
son del difunto rey los funerales;
y esos vivas que ruedan por los vientos,
del rey nuevo los cantos inmortales.
Mas direis entre penas y contentos:
— « ¿Se cantan bienes, ó se lloran males? » —

Nadie el linde á marcar se atreveria
que separa el pesar de la alegría.

—oo—

FABULA VIII.

La inocentada.

LA MADRE Y EL HIJO.

—

— «¡ Ubbb !! » — en inocente fiesta
una madre con cariño
gritaba á un hermoso niño
con una máscara puesta.

Mas de sus gustos avara,
al ver que lloraba el hijo,
arrojándola, le dijo:
— « Tonto, si tengo otra cara. » —

Y del candor á merced,
á cuantas después hallaba,
el niño las preguntaba:
— « ¿ Cuántas caras tiene usted? » —

Y es fama que ya crecido,
llegó el niño á asegurar

que todas suelen mudar
la cara con el vestido.

—oo—

FABULA IX.

Liviandad de nuestras glorias.

EL JOVEN Y EL RELOJ DE ARENA.

—

Viendo un reloj de arena,
paseábase Román con faz serena.
—« Pasa luego », decia,
« hora cual nunca impía;
que pronto Inés con amoroso fuego
me esperará en la reja; pasa luego. » —
Y dando vueltas, su mirar sombrío
en el reloj fijaba, asaz tardío,
hasta que al fin echó de ver que insano
atascado se hallaba un leve grano;
y saliendo á la calle diligente,
llamó á la reja, pero inútilmente:
volvió á llamar de nuevo;
mas ya no estaba Inés: ¡pobre mancebo!

¡Quién por buscar se apena
de este mundo las dichas ilusorias,
cuando un grano de arena
rémora puede ser de nuestras glorias!

—oo—

FABULA X.

La dicha es un acaso.

LOS CIEN CUERDOS Y EL BOBO.

Si mal no lo recuerdo,
un bobo entre cien cuerdos por acaso
(y aquí diré de paso
que hay á veces mil bobos por un cuerdo),
admiraba el espléndido palacio
do la Fortuna desigual moraba,
tan rico, que á sus ojos se mostraba
con puertas de oro y muros de topacio.
La señora Fortuna,
que del mundo entre todas las señoras
tal vez no habrá ninguna
que la gane á mudarse á todas horas,
se la antojó salir en aquel dia
á hacer á uno infeliz: ¡quién lo diria!
Al verla los cien cuerdos
(en verdad nada lerdos),
con presteza importuna
«¡La Fortuna! (prorumpen) ¡la Fortuna!»
y arrancan en pos de ella,
mientras que presurosa,
si bien como ellas bella,
como mujer al fin, huyó alevosa;
y si como ellas es verdad que huia,
como mujer también les sonreia.

Al verla el bobo huir con tal esceso:
— « Vaya con Dios », la dijo el muy camueso;
y en celestial arrobo,
dándosele una higa,
porque alguno la siga ó no la siga,
á dormir se tendió: ¡maldito bobo!
Siguiéronla los cuerdos locamente;
pero con tal ahinco,
que alguno por correr dió un falso brinco,
y se aplastó la frente.
Otros perdieron solo el sufrimiento;
y otros menos felices,
el camino sembraron, y no es cuento,
de piernas, ojos, brazos ó narices.
De engañar á los cuerdos ya cansada
la señora Fortuna, siempre porra,
ganándoles las vueltas como zorra,
determinó volverse á su morada.
Mas ¡oh imprevisto caso!
pues cuando al ir su paso
el linde á trasponer de la ancha puerta,
tropieza con el bobo, y le despierta.
— « ¡Caiste en el garlito! »
gritó el simple, cual bollos los mofletes:
y sin andarse en dimes ni diretes,
con ella en casa entró: ¡bobo maldito!

No llames, Fabio, tonto
al que cual tú no corre tras la gloria;
por correr mas, no llegarás mas pronto:
pregúntaselo al bobo de la historia.

FABULA XI.

La vida y la muerte.

EL PADRE Y SUS HIJOS.

—

Juntos con su padre estando
Ana y Luis una mañana,
al plañir de una campana
Luis se santiguó rezando.

Y Ana esclamó con desprecio:
— « ¿Por qué rezas?» — Y él al punto:
— « Rezo, dijo, á ese difunto.»
— «Si es que ha nacido uno, necio.» —

Y viendo afrentado al hijo,
el padre, con faz severa
mirando á la retrechera,
con voz solemne la dijo:

— « *¡No es rara equivocacion,*
pues para ambas cosas, Ana,
siempre una misma campana
toca con un mismo son!»

-oo-

FABULA XII.

A un gran mal otro mayor.

EL RUISEÑOR Y EL RATON

—

Clamó un raton sin consuelo,
preso en una cárcel fuerte:
— «¡Imposible es que la suerte
pudiese aumentar mi duelo!» —
Y alzando la vista al cielo
para acusar su dolor,
le preguntó un ruiseñor
de un alcon arrebatado:
— «¿Truecas conmigo tu estado?» —
Y él contestó: — *No*, *señor*.

—oo—

FABULA XIII.

Del tronco sale la rama.

EL POTRO Y LA YEGUA.

—

Era una yegua pia,
que sin ánimos ya para dar coces,
á un hijo que tenia,
así le reprendia,
si no con estas, con iguales voces:

—«No des coces ¡impío!
Maldita sea tu costumbre ingrata:
cual yo, modera el brio;
ten presente, hijo mio,
que es mala educacion sacar la pata.»—

Al decir *bien* el hijo,
la saludó con singular donaire,
de puro regocijo
después de lo que dijo,
miles de coces disparando al aire.

Y en ocasion tan calva,
si los hallase en parte mas contigua,
presumo que en la salva
al lucero del alba
y á la madre, de un par me los santigua.

—«¿De quién aprenderia»,
siguió la yegua, «inclinacion tan basta?»
La zorra que la oia:
—«De nadie», la decia,
«créalo usted, vecina; *esa es la casta.*»

—oo—

FABULA XIV.

Lecciones amargas.

EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO.

—

Bramaba el viento agitado
cuando subian á un cerro
un padre en su hijo apoyado,
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
el viejo desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y — « marcha, al joven le dijo;
no encuentres cual yo la muerte ».
— « Pues adios » — contestó el hijo;
y huyó temiendo igual suerte.

—oo—

Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vió que *mas fiel el alano*
quedó á morir con su dueño.

—oo—

FABULA XV.

La muerte todo lo iguala.

LA VUELTA DEL CAMPESINO.

—

Halló al volver con otros á su tierra
un nuevo cementerio un campesino,
y al cruzar por enmedio del camino
vió escrita en él esta inscripcion que aterra.
« Un Ponce de Leon aquí se encierra:
dobla al pasar la frente, ó peregrino,
y acata humilde al que postró al destino,
recto juez en la paz, y héroe en la guerra. » —
Fija la vista en los eternos bronces,
gestos de admiracion haciendo estraños,
dijo estasiado el campesino entonces:
— « ¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quién les dijera á los ilustres Ponces,
que aquí enterré yo un *burro* hace dos años! »

—oo—

FABULA XVI.

No hay dicha cumplida.

EL PLACER Y EL PESAR.

—

Al descender al mundo
el *pesar* y el *placer*, fuerte el primero
y débil el segundo,
con afecto profundo
llamáronse uno al otro «compañero».

Sucedió que un cualquiera
encontrando al placer, con fuertes lazos
(por fuerza que un tonto era)
le estrechó de manera,
que por poco el placer muere en sus brazos.

Y no cometió dolo,
ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,
pues juro por Apolo
que si le hallara solo
le dejara este cura como nuevo.

Al verse así ultrajado,
para el mozo el *placer* pidió un castigo,
y el *pesar* decontado
de dolores cercado
voló en defensa de su flaco amigo.

Digitized by Google

— « ¡ De hoy nos verá la gente » ,
con amor, se dijeron, sin segundo,
« juntos eternamente ! » —
Eterna y juntamente
desde entonces acá los halla el mundo.

Por eso, si por suerte
ves, como el mozo, al que placer se nombra,
apercibido advierte
que para herir de muerte
recatado el pesar vela á su sombra.

FABULA XVII.

Bienes prometidos.

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo,
para dar por igual á los mortales,
en una arca los bienes
y en otra arca los males.
Cogió el arca primera
(que por mi mal la de los males era),
y el censo atroz de los odiosos males
distribuyendo con piadoso intento,
ciento á Luis, ciento á Juan, y á Ramon ciento,
quedamos, salvo error, todos iguales.
Abrió el arca segunda
y tanto criminal (que Dios confunda)

acudió á ver los bienes, que brillantes
lucian cual riquísimos diamantes,
que al fin los mas bribones
entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
y un alcalde (un truhán) dando pisadas,
diez bienes se apropió (diez alcaldadas):
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró á matrona;
allí un poeta (un cándido, presumo)
tan solo robó un bien (la gloria; ¡humo!),
y un ruin magnate, de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,
reducidos, en última sustancia,
á diez y nueve cruces y un vuecencia.
Tantas eran por fin las sustracciones
de ambiciosos, de avaros y ladrones,
que Júpiter atándose la capa
(lo que prueba la fe de los humanos)
andaba con los piés y con las manos
por aquí y por allí tapa que tapa.
Al ver tanta ruindad en los mortales,
por último el buen dios perdió la calma,
y, llevándose el arca en cuerpo y alma,
dijo, al cerrar las puertas celestiales:
— «Yo juro por esta arca que ahora encierra
los bienes que el mortal anhela tanto,
de no sacar un bien ni aun para un santo,
hasta que no haya infames en la tierra.»
Dijo así el dios; y el diablo que lo oia

(pues siempre anda del hombre en compañía),
gritó á la gente, que se vió burlada,
lanzando una insolente carcajada :
— « Noble mortal, mi digno descendiente
(lo cual nunca en tus actos se desmiente),
el dios que escuchas, de inocencia lleno,
sus bienes te promete, *en siendo bueno :*
si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate á dormir, que *tiempo tienes.* »

-oo-

FABULA XVIII.

Principio y fin de las cosas.

EL LABRADOR Y LA MORERA.

—

Primera parte.

Juan plantó una morera,
que todo el que á algun tiempo la veia,
con la fe mas sincera
loando sus primores, prorumpia :
— « ¡ Bien haya el hacedor de tal hechura !
¡ Qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura !

De seda unos gusanos
sus hojas agotaron roedores,
y con dardos insanos
dieron fin las abejas á sus flores ;
dejando el árbol de tan ruin manera,
que Juan lo hizo cortar. ¡ Adios morera !

Así, en suertes no iguales,
llegaron con destino bueno ó malo,
las flores á panales,
las hojas á ser seda, á efigie el palo;
pues os advierto que en mudanza tanta
del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morera
tuvieron hoja y flor vario destino,
de la misma manera
los hombres tienen encontrado sino;
que el destino es instable como el viento.—
Mas basta de moral, y siga el cuento.

—oo—

Segunda parte.

A mi lugar un dia
la gente se agolpó de la comarca,
do festejar solia
la virgen que llamamos de la Barca;
santa que yo adoré, santa que aun era
la misma que hizo Juan de la morera.

Y á través de un concierto
que en el templo sonaba en alto coro
(bastante mal por cierto),
sin oir lo sonoro ó no sonoro,
á una vela escuché, no sin trabajo,
que decia á la santa por lo bajo:

— «¿Cómo estamos, hermana?
Yo soy hija también de la morera.
En mi suerte tirana,
fuí flor, llegué á panal y ahora soy cera.
¡Quién al ver la morera nos diria,
que al ser lo que eres, lo que soy seria!»

— «Su desdén me acongoja»,
dijo el vestido de la santa entonces;
«llegué á seda desde hoja,
y sus oidos para mí son bronces.
¡Nadie creeria, al verme en la morera,
que de un santo del tronco el traje fuera!

— «Calle el necio ropaje,
pues le doy tanto honor,» dijo la santa:
«y cuide no me ultraje
la innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!... las muy... ¡Ave María!
¿qué hay de comun entre las tres?» seguia.

«¿No ven», las fué diciendo,
«que hasta el mismo escultor que me ha labrado
en acto reverendo
me tributa oblacion con noble agrado?» —
Y era verdad, que con amor profundo
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
los seres al nacer mostrando iguales,
en nuestra adolescencia

ya veis que unos son seres celestiales,
ante los cuales los demás oramos.
¿Mas cuál de todos será el fin? Veamos.

—oo—

Tercera parte.

A la vela inflamada,
—« Llega », dijo el vestido, « hermana mia,
y nuestra suerte airada
será así igual hasta la tumba fria. » —
Llegó la vela el labio enrojecido,
é inflamado á su luz ardió el vestido.

Crujió entonces la seda;
y arrojando las chispas á millares,
fué ardiendo en ígnea rueda
seda, blandon, imágenes y altares;
siendo al fin, calcinado su ornamento,
juguete vil del agitado viento.

¡Así en la humana vida,
si á unos el hado en ídolos convierte,
mientras que envilecida
la plebe es templo y luz... llega la muerte,
y confunde, con bárbaros ejemplos,
aras, ídolos, luz, galas y templos!

FIN DEL LIBRO TERCERO.

Digitized by Google

LIBRO CUARTO.

DOROTEAS.

Digitized by Google

Google

PROLOGO.

CARTA-CONTESTACION

A DON ALVARO ARMADA Y VALDES,

CONDE DE REVILLAJIJEDO.

Mucho agradezco las lisonjeras espresiones con que califica V. las últimas producciones que he tenido el honor de someter á su buen juicio, y con el mayor placer voy á dar á V. algunas esplicaciones sobre la palabra DOLORA.

Dice V.— «que no le agrada el término DOLORA, porque como no le halla ninguna etimología, nada revela á su razon, y que por consiguiente no tiene para V. mas mérito que el de cualquier otro sonido informe».

Antes de contestar á esta observacion, quiero enterar á V. del género de poesía al cual aplico yo la palabra en cuestion.

Hace tiempo que deseaba ensayarme en una clase de composiciones, en las cuales, así como en una semilla van contenidas todas las partes de un árbol, se reuniesen en ellas los principales atributos de la poesía lírica, uniendo la lijereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica. Como sucede generalmente, la ejecucion no ha correspondido á la belleza del tipo que me habia forjado en la mente; pero esto importa poco, pues si yo no he hecho mas que formular de un modo imperfecto el pensamiento que acabo de indicar, otro vendrá detrás que mas dichosamente reduzca á práctica lo que yo he tenido la desgracia de dejar solo espuesto en teoría.

Me dice V. — «que yo no he trazado ninguna senda *nueva*, pues ya ha habido escritores que en algunas de sus poesías reunieron las cualidades que yo creo indispensables para constituir la DOLORA».

Efectivamente, algunas de las poesías ya escritas pertenecen por su concepto y por su espresion á esta clase de composiciones; y sin pretender yo haber descubierto ninguna idea perdida en los abismos del pensamiento humano, lo único que me he propuesto al escribir las DOLORAS ha sido reducir á *sistema* un género de poesía, en el cual algunos autores solo se han ensayado inconexa é *incidentalmente*. Creo que la poesía, por muy selecta que se ostente en sus formas esteriores, siempre debe atender á agrandar el catálogo de verdades conocidas; y fundado en esta creencia he escrito estas DOLORAS que, aunque sean muy imperfectas, se puede decir de ellas para que sirva de base para su definicion ulterior: — «Que deben ser unas composiciones lijeras en sus formas, y en las cuales *indispensablemente* tiene siempre que presidir un pensamiento filosófico.»

Esta es la historia del género de poesía.

Volvamos ahora á la historia de la palabra.

— «Qué significa DOLORA?» me pregunta V. en el primer párrafo de su carta. Respuesta: «Significa una composicion poética, en la cual *se debe hallar unida la lijereza con el sentimiento, y la concision con la importancia filosófica.* — ¿Y por qué significa eso?» — Vuelve V. á preguntar, suponiendo con acierto mi contestacion. Respuesta: «Porque yo *quiero* que lo signifique».

Hay un argumento que no tiene réplica, y se lo voy á presentar á V. porque resulta en mi abono. — O la DOLORA es un género *nuevo* de poesía, ó no lo es. — Si lo es, la palabra que signifique ese género, tiene que ser *nueva* enteramente; y en este caso poco le debe importar á nadie que la palabra pertenezca al reino animal, vegetal ó mineral etc.: y si no lo es, tampoco hay nada perdido, pues cualquiera tiene derecho para dar á las DOLORAS un segundo bautismo, aplicándolas el nombre del género de poesía conocido, al cual crea que pertenecen.

Después de dicho lo que antecede, me parece supérfluo todo cuanto se pudiera añadir sobre este particular.

A pesar de todo, no dejaré la pluma sin hacerme cargo del fundamento que V. cree que yo he tenido para introducir esta malaventurada palabra. (Y á propósito, el asunto no merecia que un ingenio como el de V. se ocupase tan detenidamente en una cuestion tan insignificante.) — «Yo bien comprendo, dice V., que unas composiciones que, por muy lijeras que sean, por su tendencia filosófica siempre producen en el alma cierta clase de *dolor*, con un fundamento bastante plausible se las pueda llamar DOLORAS.» — Ya sabe V. que todos los que hemos respirado en nuestra niñez el purísimo aire de nuestras montañas, en general no sabemos mas que decir la verdad, y por lo mismo me perdonará V. que le esprese con franqueza, que la

razon no me parece demasiado concluyente, aunque, si á V. le gusta, me daré por muy servido con que esa esplicacion satisfaga en parte sus escrúpulos literarios.

Ultimamente concluye V. diciendo: — «¡Es imposible que la historia de esa palabra, aun cuando V. no quiera darme noticia de su verdadera etimología, no tenga su origen en los *misterios de su corazon*!» — Protesto contra la tendencia de esa observacion insidiosa, y reclamo el derecho que indisputablemente me asiste, para abroquelar mi alma tras el antemural del silencio, poniéndola al abrigo de las inoportunas observaciones que pretende V. hacer con su adorable suspicacia.

Sin embargo, á pesar de que los secretos de *cierta clase*, hasta procuro yo olvidarlos para no darme razon de ellos *ni á mí mismo*, la verosimilitud del sentimiento que V. procura sorprender en el fondo de mi corazon, me autoriza para que diga á V. cuatro palabras *al oido* sobre este asunto esclusivamente personal.

Por consiguiente, hasta la vista.

Solo me resta suplicar á V. por el respeto que me inspira su talento, y por la amistad que sus inequívocas muestras de afecto han despertado en mi corazon, que jamás haga V. á nadie participe del secreto que piensa confiarle á V. su amantísimo paisano y verdadero amigo, que le quiere entrañablemente,

CAMPOAMOR.

P. D. Se me olvidaba decir á V. que aprecio mucho la delicadeza con que se ha abstenido V. de calificar las tendencias no muy morales de algunas de mis DOLORAS. Efectivamente, hay algunas que se prestan á ser siniestramente interpretadas por las almas comunes. Pero es menester que sean muy comunes las almas que las interpreten siniestramente. De todos los críticos que me han dispensado el honor de ocuparse de las DOLORAS, solo uno tuvo la generosidad de salir á mi defensa, por lo cual me complazco en rendirle aquí el tributo de mi mas profundo reconocimiento. Aunque el juicio del señor *Hurtado* es demasiado lisonjero para mí, me permitirá V. que se le trascriba, pues he sido tan acerbamente satirizado, que, soy franco, tengo un verdadero placer en verme defendido tan apasionadamente.

—oo—

Juicio crítico de las Doloras, *publicado en la* Union, *el 7 de octubre de* 1846.

Hé aquí un volumen pequeño, muy pequeño, que ha promovido una asonada literaria; un libro que ha llenado de espanto el corazon de toda una sociedad; una obra que lleva tras sí el anatema de nuestros Aristarcos modernos. Cuando hemos oido ese grito de horror ó de zozobra que por todas partes cunde, como si se tratara de conjurar una desastrosa calamidad, no hemos podido menos de alargar la mano, tomar un ejemplar, abrirlo y examinarlo con toda la imparcialidad que nos caracteriza. Y ahora que estamos penetrados de las tendencias de todas esas inspiraciones recogidas como flores en un gracioso ramillete, nos atrevemos á preguntar á los que se han resentido de tal publicacion: ¿qué significa ese grito, esa cruzada que se levanta para combatir la verdadera filosofía? ¿Qué significa esa alarma hipócrita de una sociedad que quiere aparecer llena de virtudes, cuando solo lleva en el alma un gérmen fecundo de vicios y disolucion? — Quiere decir: que cuando le han arrojado ese libro donde está reflejada su conciencia, se ha asustado de verse desnuda; quiere decir: que esa sociedad, falta de razones para defenderse, ha tomado el medio de gritar lastimosamente, fingiendo una moralidad que está muy lejos de tener; esto significa, que acostumbrada á cubrirse con una máscara engañosa, quiere salvar á toda costa sus apariencias con el objeto de seguir haciendo daño á esa humanidad crédula y abandonada en el caos de sus ilusiones. Es verdad que amarga el saber que siempre van unidos en esta vida la esperanza y el desengaño, el placer y el dolor, el espíritu y la materia: espantoso contrasentido, origen de esa lucha perpetua que tiene el hombre consigo mismo; pero es mas triste aun que el alma, desprevenida de toda realidad, encuentre el hastío donde soñó una fuente inagotable de dichas, donde pensó encontrar la felicidad eterna. Las Doloras del Sr. Campoamor no son mas que una verdad, y como tal han debido admitirse, si bien con el sentimiento de que son una verdad que lastima.

A esto se dirá que hay verdades que no pueden decirse, y á esta réplica, que solo puede salir de los labios de un hombre interesado en el juego del mundo, diremos nosotros, *que Dios no echó á la tierra la verdad para que anduviera tapada, y escondiéndose de los hombres á cada paso, sino para que brillase siempre con esa luz que emana del cielo, de quien es hija.* Hay verdades crueles, porque hay ilusiones aventuradas que debian desecharse como ensueños fantásticos de imposible realidad. ¿Seria cruel decir á una hermosa, que en medio de cien adoradores hace alarde de sus encantos: «todo

eso será ceniza algun dia?» Seria cruel cuando no tuviera el convencimiento de que al nacer habia entrado en el mundo para envejecer y morir. Dígase hoy á una mujer: «el hombre que te jura amor te miente»; y la mujer volverá la cabeza sonriendo y estrañando que se la haga una advertencia semejante, porque sabe muy bien que la verdad es hoy una planta exótica. Esta mujer no se lastima del desengaño, porque si tal hiciera, habria hombres que pudieran dirigirle iguales reconvenciones. Los hombres que han recorrido el campo de la vida, y han recogido sus flores, y en cada flor han hallado una espina, esos hombres son la espresion de la humanidad entera, que ha atravesado todo el espacio que Dios la habia concedido, tropezando hoy en un placer, y cayendo mañana en un dolor. Podrá decirse que arrojar un libro tan desnudo de fe á la generacion que nace, es quererla privar de entusiasmo, es querer matar el espíritu para dar lugar tan solo á los goces materiales. No, no es esto lo que quiere significarse. Es decirle al hombre que nace «aquí no hay nada; donde esta el todo es allí, en el cielo. Este es el campo de los merecimientos; atraviésalo con planta firme, sin que te asusten los dolores ni te engañen los placeres, que Dios premiará tu constancia.» — Las Dolorias de Campoamor son el grito del hombre que ha llegado al término de su viaje, que lo ha sufrido todo, que todo lo ha gozado, y que ansioso de mostrar á los que vienen el camino que ha cruzado, se para un momento, reasume y dice:

— «Cuna de rosas al nacer hallamos.»
— ¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.
— «Rosas, la vida al comenzar, hollamos.»
— ¡Falso! Los piés por entre abrojos van.

Verdades como estas hieren el corazon, arrancan lágrimas á los que se han formado otro mundo ilusorio en la cabeza, del cual piensan salir en alas de la esperanza para la gloria; pero el hombre que se ha familiarizado con estas verdades se forma distinta esperanza, una esperanza que se realiza, y aunque paga el tributo de lágrimas cuando nace y cuando muere, en el momento en que un alma pura se desprende de los lazos de la vida, apostrofa al que queda de esta suerte:

«¿Para qué llorais perdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar eterno
dejó un lugar de partida?
Si es la vida
caos de dudas y penas,
¿quién la muerte, al que bien quiere,
no prefiere,
si el que vive, vive apenas,
y resucita el que muere?

¿Podrá decirse que esto es siempre desconsolador para la sociedad que no ha tenido juventud, que este es un salto considerable que

da nuestra literatura de la infancia á la vejez? — Sin meternos ahora á desentrañar las causas que nos detuvieron un dia en medio de nuestra marcha, diremos que era altamente ridículo, y que revelaba suma impotencia el estar girando todavía por el círculo de amores pastoriles, endechas y suspiros ardientes, arroyos que se deslizan, árboles que se dibujan y demás asuntos tan trillados que no merecian ya la pena de tomarse en consideracion. Teniamos pues necesidad de una poesía nueva que llenase las exigencias de la época, que revelase las debilidades del siglo, que corriglese las costumbres, en una palabra, una poesía puramente filosófica. Seguir en este género el estilo de Cienfuegos, nuestro primer poeta filosófico, no era adelantar, era quedarse estancado esperando á que la generacion se hiciera por sí sola, y obrara con la única influencia del tiempo. Corregir las costumbres aconsejando, era hacerse maestro de aulas, y no salir del método rutinario. ¿Qué hacer pues? — Desnudar á la sociedad de sus oropeles, y presentarla un espejo que la hablara hasta avergonzarla: — esto es lo que se necesitaba, y esto es lo que ha hecho el Sr. de Campoamor. Y por este espejo fiel han pasado á la par el hombre engañando á la mujer, y la mujer burlando al hombre; uno y otro oprimiéndose á la vez, arrancándose mútuamente las hojas del corazon, y arrojándoselas á la cara, fingiendo unas veces derramar lágrimas de desesperacion, pero en la realidad riendo siempre hasta de su misma impotencia. Creemos que una sociedad que se ve llena de tantas deformidades, debe avergonzarse, si aun conserva instintos religiosos en su fondo, siquiera por lo que debe esperar, y no lanzar esos gritos exasperados, que no son mas que ayes de dolor por haber sentido en su rostro el látigo del filósofo. La sociedad que tiene por base dos principios tan violentos, como son el egoismo y el interés, bajo los cuales los sentimientos se reducen á guarismos, merece ser tratada sin compasion, como una ramera impúdica que prescinde de todo instinto de virtud á la vista de una moneda. ¿Qué es lo que se pretende hacer con la humanidad, dejando que alimente sin treguas sus ilusiones? — Haceria mas estúpida, mas indolente, mas criminal de lo que es. Desengáñense esos críticos que miden los libros con el mas pequeño compás de su entendimiento: las Doloras de Campoamor no son tan perniciosas como creen, y acaso muchos tampoco lo creen; pero quieren salvar las apariencias tan solo por el qué dirán. — Que dejen correr ese volumen, para que, clavando en él los ojos, pueda la mujer arrepentirse de su debilidad, y avergonzarse el hombre de su crimen; para que alguno, viendo en él la copia exacta de su conciencia, busque la esplacion de sus faltas en sí mismo, obrándose quizá de esta manera lo que no han podido conseguir los mejores socialistas, que es la reforma de las costumbres. ¿No se asomará el rubor á las mejillas de la mujer que después de jurarnos constancia, falta al amor que habíamos depositado en ella, cuando encuentre con esta reconvencion?

«Después ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquel?
Bien te oí cuando dijiste
«No hice otro tanto con él:
¡Ay Victoria!
cuán frágil es tu memoria!
ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle...

¿Y qué dirá el hombre que leyendo la historia de la niña que dejó el cielo por ver á su amante, detenga sus ojos en estos versos?

Durmió el ángel á su lado,
y, de otra esfera anhelante,
sus las cortó el amante,
y en ellas al cielo huyó;
y al encontrarse la niña
víctima de un falso trato,
llorando vio que el ingrato
subiendo al cielo cantó:
Es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere
menos le quieren con ella.

¿Quién no ha sacrificado el amor de una mujer por llegar al fin que se ha propuesto? ¿Quién no ha pisado el corazon de la que mas nos haya amado en este mundo? ¡Oh!... todo hombre es verdugo, á lo menos una vez en su vida.... fuera de los que lo son mientras viven. Y estos hombres ¿podrán leer con tranquilidad semejante acusacion?.... ¿No tendrán un momento para arrepentirse? ¿No verterán una lágrima en memoria de la mujer que inmolaron á un capricho, á un nombre ó á una especulacion? ¿De esa mujer que creyó encontrar una senda de flores al nacer, y solo halló espinas que destrozaron sus plantas á los primeros pasos? ¡Oh! si al entrar en el mundo hubieran dicho á esa inocente:

En la edad de las pasiones,
á vueltas de mil enojos
hallarás,
aire, sombras e ilusiones;
nada mas, luz de mis ojos,
nada mas.

Es muy seguro que no se hubiera tomado la pena de amar tanto por tan poco, y ningun aliento hubiera ajado la pureza de su frente. Pero como hasta aquí hemos convenido en dejar al alma sus ilusiones, por eso sucumben á la seduccion tantas y tan cándidas mujeres, que no han tenido ni luz en los ojos para ver el abismo, ni luz en el corazon para evitar el peligro. En un siglo como el nuestro, en el que tanto ha adelantado la ciencia lógica; en un siglo tan positivo, siglo de mercaderes que con todo especulan, sin cuidarse de los afectos del alma, necesitábamos saber con quién nos las habíamos para no

dejarnos engañar impunemente. Hace poco tiempo, cuando estábamos pugnando por reunir y coordinar tantos elementos encontrados para organizar nuestra sociedad, hubiera sido chocante que se hubiera anatematizado lo que no era mas que imposibilidad; pero ahora que componemos algo, aunque no es mucho; que empezamos á tener principios en política y principios en literatura; en una palabra, ahora que somos una sociedad, debemos examinarla con atencion, y ver si con ella podremos llegar á un fin bueno. Algunos se han atrevido á decir á hurtadillas, «esto no marcha»; pero poco resueltos á sostener sus principios, han dejado que su voz se pierda entre el ruido de las disputas políticas, y se han metido en la concha, sin hacer otro esfuerzo para moralizar las costumbres. Campoamor, no; Campoamor ha comprendido la sociedad en que vive, y como hombre que posee una verdad, se ha puesto frente á frente de ella, y ha dicho: «Eres pobre, y tu organizacion es raquítica: eres una gran mentira compuesta de muchas mentiras. Tu hombre del siglo XIX se ha puesto el *sentimiento en la piel* para no afectar al corazon; la *conciencia* la lleva en el *estómago*; el *honor* y la *virtud* van atadas á la *lengua*; el *amor* lo convierte en *aire*, y la *fe* y la *gloria* las ha colocado en la cabeza, asiento de la locura. Por consiguiente, lo único que la aflige es:

¡ Calor, hambre, interés, amor ó frio!

Este ha dicho el Sr. Campoamor, y verdad tan innegable ha herido á la sociedad de que forma parte, solo porque ha sabido poner el dedo en la llaga. El castigo ha hecho algun efecto, pues hemos oido el ¡ay! hipócrita que ha lanzado.... ¡Ella no esperaba que así la dijeran sus faltas....! ¡Esperaba mas galantería del hombre, del hombre á quien esclaviza! ¡Hé ahí el egoismo!!!

ANTONIO HURTADO.

LIBRO CUARTO.

DOLORAS.

DOLORA I.

Cosas de la edad.

I.

—Sé que corriendo, Lucía,
tras criminales antojos,
has escrito el otro dia
una carta que decia:
« Al espejo de mis ojos. »

Y aunque mis gustos añejos
marchiten tus ilusiones,
te han de hacer ver mis consejos,
que contra tales espejos
se rompen los corazones.

Digitized by Google

¡Ay! ¡no rindiera en verdad
el corazon lastimado
á dura cautividad,
si yo volviera á tu edad,
y lo pasado, pasado!

¿Por tus locas vanidades
que son ¡oh niña! no miras
mas amargas las verdades
cuanto allá en las mocedades
son mas dulces las mentiras?

Y es la tez encantadora
con que el semblante se aliña,
luz que la edad descolora;
¿mas no me escuchas, traidora?
(Pero, señor, *si es tan niña!...*)

II.

— Conozco, abuela, en lo helado
de vuestra estéril razon
que en el tiempo que ha pasado,
ó habeis perdido ó gastado
las llaves del corazon.

Si amor con fuerzas estrañas
a un tiempo mata y consuela,
justo es detestar sus sañas;
mas no amar, teniendo entrañas,
eso es imposible, abuela.

¿Nunca soleis maldecir
con desesperado empeño
al sol que empieza á lucir,
cuando os viene á interrumpir
la felicidad de un sueño?

¿Jamás en vuestros desvelos
cerrais los ojos con calma
para ver solas, sin celos,
imágenes de los cielos
allá en el fondo del alma?

¿Y nunca veis, en mal hora,
miradas que la pasion
lance tan desgarradora,
que os hagan llevar, señora,
las manos al corazon?

¿Y no adorais las ficciones
que al alma pasando deja
cierta ilusion de ilusiones?..
¿Mas no escuchais mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!!...*)

—oo—

III.

—No entiendo tu amor, Lucía.
—Ni yo vuestros desengaños.
—Y es porque la suerte impía
puso entre tu alma y la mia
el yerto mar de treinta años.

Mas la vejez destructora
pronto templará tu afán.
—Mas siempre entonces, señora,
buenos recuerdos serán
las buenas dichas de ahora.

—¡Triste es el placer gozado!
—Mas triste es el no sentido,
pues yo decir he escuchado
que siempre el gusto pasado
suele deleitar perdido.

—Oye á quien bien te aconseja.
—Inútil es vuestra riña.
—Siento tu mal.—No me aqueja.
—(¡Pero, señor, *si es tan niña!...*
—¡Pero, señor, *si es tan vieja!...*)

—oo—

DOLORA II.

Glorias de la vida.

—

¡Al fuego! cartas de adorados seres
por quien la sangre derramé viviendo;
arded á impulsos de esa luz, y ardiendo
con vos se estinga *mi fatal pasion.*
¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
se lleva el aire en fáciles despojos!
¡no su partida lamenteis, mis ojos,
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! signos que sin fe trazaron
falsas mujeres que adoraba ciego:
VICTORIA, OCTAVIA, INÉS.... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasion*!
—« ¡Nadie en el mundo como yo te adora! »—
¡Arda á su vez la que también mentia!
¡Ay, quién tal gloria al poseer diria
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! enigmas de infernal sentido:
¡digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en esta
del torpe error de *mi fatal pasion!*
—« ¡Huye », dice « el amor, porque su gloria
es pacto vil de la ilusion de un dia,
y al fin verás, alma del alma mia,
que humo las glorias de la vida son! »

—oo—

DOLORA III.

Ventajas de la inconstancia.

—

Después de amarla, olvídala, que el cielo
la inconstancia al amor le dió en consuelo.
PATRICIO M. DE RAYON.

¡Ay! anoche te escuché
(el que escucha oye su mal,)
cuando á otro hombre por tu fe
le jurabas fe eternal.

¡ Imprudente!
Nadie quiere eternamente ;
que pase un mes y otro mes ,
y me lo dirás después.
Aunque nuestro amor fué estraño ,
ya no lloro
ni mi engaño ni tu engaño ,
pues no ignoro
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

Después ¡ingrata! ¿ qué hiciste?
¿ Fué el ruido de un beso aquel?
Bien te oí cuando dijiste:
— « No hice otro tanto con él. »
¡ Ay , Victoria ,
cuan frágil es tu memoria !
ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle...
Si me engañas , ya antes ducho
te engañé ,
porque , aunque me amabas mucho ,
yo bien sé
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

Por último , ¡ horrible paso !
dijiste , al partir , de mí :

— «Es un...» — ¡Ah! Mas por si acaso,
lo dije yo antes de tí.
Sí, gacela,
aquí, el que no corre, vuela,
lo que tú hoy de mí, yo ayer
dije de tí á otra mujer.
Quo los seres en amores
adiestrados,
todos son engañadores,
y engañados;
pues la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

Adios: te juro leal
por el que nació en Belen,
que nunca te querré mal,
si no te quise muy bien.
Conque, adios:
Navia y julio á veintidos.
Hoy por mí, y por tí mañana:
¡tal es la doblez humana!
Si te ama algun importuno,
ó, imprudente,
llegases tú á amar á alguno,
ten presente
que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.

Digitized by Google

DOLORA IV.

Los sollozos.

—

Si á mis sollozos les pregunto adónde
la dura causa está de su afliccion,
de un ¡ay! que ya pasó, la voz responde:
—«De mi antiguo dolor *recuerdos* son.

Y alguna vez, cual otras infelice,
que sollozo postrada en la inaccion,
de otro ¡ay! que aun no llegó, la voz me dice:
—«De mi dolor *presentimientos* son.»

¡Ruda inquietud de la existencia impía!
¿Dónde calma ha de hallar el corazon,
si hasta sollozos que la *inercia* cria,
presentimientos ó memorias son?...

—oo—

Digitized by Google

DOLORA V.

Quien vive olvida.

Que la dicha si es colmada,
si nada turba el contento,
suele trocarse en tormento,
porque cansa al corazon
siempre una misma pasion
siempre un mismo sentimiento.

EL CONDE DE REVILLAJIJEDO.

ÉL.

¡Cuánto amor, Adela mia,
aquí un dia
me juraste y te juré!

ADELA.

Por cierto que fué en noviembre,
y en diciembre
me olvidaste y te olvidé.

ÉL.

Allí grabé con pasion
la espresion
de que *vivir es amar*.

ADELA.

Bajo espresion tan traidora,
graba ahora
que *vivir es olvidar*.

ÉL.

Aun por tí mi amor se inflama,
porque el que ama
nunca olvida, si ama bien.

Digitized by Google

ADELA.

No hagas de tu amor alarde,
que, aunque tarde,
á gran amor gran desdén.

ÉL.

Entre estas ramas, ¡ay triste!
me dijiste:
«no te olvidaré jamás.»

ADELA.

No acerté, en mi error profundo,
que en el mundo
quien mas vive, olvida mas.

ÉL.

¿Cuándo con locos estremos
volveremos
á amar con tan ciego ardor?

ADELA.

Nunca, pues ya hemos sabido
que el olvido
sigue, cual sombra, al amor.

ÉL.

¡Tiempos felices aquellos
en que, bellos,
vivir era idolatrar!

ADELA.

¡Quién entonces (¡pena fiera!)
nos dijera
que vivir es olvidar!...

Digitized by Google

DOLORA VI.

No hay dicha en la tierra.

—

De niño, en el vano aliño
de la juventud soñando,
pasé la niñez llorando
con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando
cuando ni un mal le desvela:
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?

Ya joven, falto de calma,
busco el placer de la vida,
y cada ilusion perdida
me arranca, al partir, el alma.
Si en la estacion mas florida
no hay mal que al alma no duela:
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?

La paz, con ansia importuna,
busco en la vejez inerte,
y buscaré en mal tan fuerte
junto al sepulcro la cuna.

Temo á la muerte, y la muerte
todos los males consuela.
¡Ah!
La dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?...

—oo—

DOLORA VII.

Egoismo de la virtud.

—

Si anoche no estuve, Flora,
á adorar tu talle hermoso,
es por que soy *virtuoso*,
y me da el sueño á deshora.
¡Pecadora!
ya la contaré á tu madre
que, porque amo mi quietud
y salud,
dijiste hoy á mi compadre:
—*¡Qué egoista es la virtud!*

¿Cómo he de ir con fe no escasa
á ver tus ojos serenos,
si hay cien pasos por lo menos
desde mi casa á tu casa?
¿Y qué pasa
al hallarnos frente á frente?...
¿Qué?... tú mientes sin guarismo;
yo lo mismo;

Digitized by Google

¿el no ir, por consiguiente,
es virtud, ó es egoismo?

Verbi gracia, el otro dia,
al verte de mi amor harta,
puse un bostezo de á cuarta
entre un «paloma» y un «mia».
Es falsía
la de bostezar amando,
mas si hoy, con mas pulcritud
y quietud,
no he ido á amar bostezando,
¿fué egoismo, ó fué virtud?

Desde hoy no vuelvo á tu edén
á tomar, Flora, el sereno:
si es por *egoismo* — bueno,
y si es por *virtud* — también.
Sí, mi bien,
esto haré por mi salud,
aunque diga tu cinismo
que es lo mismo
la gloria de la virtud,
que el triunfo del egoismo.

-oo-

DOLORA VIII.

Propósitos vanos.

—

— Padre, pequé, y perdonad
si en mi amorosa contienda
se lleva el viento á mi edad
propósitos de la enmienda.

EL CONFESOR.

« ¡ Siempre es viento
á esa edad un juramento !
¿Qué pecado es, hija mia » ?

LA PENITENTA.

El *mismo* del otro dia.
Y aunque es el *mismo*, id templando
vuestro gesto,
pues dijo ayer predicando
fray Modesto:
que es inútil la mas pura
contricion,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazon.

— Ayer, padre, por ejemplo,
tocó á misa el sacristán,
y en vez de correr al templo,
corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR.

« ¡ Triste don,

correr tras su perdicion!...»

LA PENITENTA.

Sí, señor, mas don tan vil
de mil, lo tenemos mil.
No hay niña que á amor no acuda
mas que á misa,
que el diantre á todas sin duda
nos avisa
que es inútil la mas pura
contricion,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazon.

—La verdad, tan poco ingrata
con Juan estuve en la huerta,
que, como él mirando mata,
huí de él como una muerta.

EL CONFESOR.

«¡Dulcemente
fascina así la serpiente!»

LA PENITENTA.

¡No lo estrañeis, siendo el pecho
de masa tan frágil hecho!

Si voy, cuando muera, al cielo
(que lo dudo),
ya contaré que en el suelo
nunca pudo
sernos útil la mas pura
contricion,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazon.

—Y mañana ¿qué he de hacer,
padre, al sonar la campana,
si él me dice hoy, como ayer:
« vuelve á la huerta mañana? »

EL CONFESOR

« ¡Ay de vos!
¡Antes Dios, y siempre Dios! »

LA PENITENTA.

— Es cierto, mas entre amantes
no siempre suele ser antes.
Y en fin, si de ser cautiva
me arrepiento,
ó me absolveis mientras viva,
ó presiento
que es inútil la mas pura
contricion,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazon.

—oo—

DOLORA IX.

La ciencia de la vida.

—

Amargando tu existencia
de tu corazon en daño,
ya te enseñará esta ciencia
el libro *de la esperiencia*,
página *del desengaño*.

E. Florentino Sanz.

—Seguid; veremos á qué luz impura
del porvenir el caos se ilumina.

EL AGORERO.

¿Mas quién, desengañado, no adivina
de la vida el horóscopo fatal?
Siempre en mi ciencia se predicen bienes;
¡Dios los da al hombre con amor profundo!
Despues se augura un mal, porque en el mundo
tarde ó temprano es infalible el mal.

—Seguid.

EL AGORERO.

Si á un triste le augurais su estrella,
algun placer le augurareis mintiendo,
que, aunque nuestro hado es *esperar sufriendo*,
la esperanza aun sufriendo es celestial.
Y si su suerte predecis acaso
á los que mira compasivo el cielo

Digitized by Google

hacedles ver que en la horfandad del suelo
tarde ó temprano es infalible el mal.

— Seguid.

EL AGORERO.

Sabreis mi dolorosa ciencia
si grabais en la mente con empeño,
que es el bien, por ser bien, *sueño de un sueño*.
que el mal, solo por serlo, es *inmortal.*
Que nunca falta una ilusion gloriosa
que alegre una existencia maldecida,
y que en la paz de la mas dulce vida
tarde ó temprano es infalible el mal.

—oo—

DOLORA X.

Vanidad de la hermosura.

A OCTAVIA.

—

Ni amor canto, ni hermosura,
porque esta es un vano aliño,
y además
aquel una sombra oscura.

OCTAVIA.

¿No es mas que sombra el cariño?
—*Nada mas.*

Esas flores con que ufana
tu frente se diviniza,

ya verás
cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA.

¿Nada mas son que ceniza?
—*Nada mas.*

Y en tu contento no escaso,
¿qué dirás que es un contento,
qué dirás?

OCTAVIA.

¿Nada mas que viento acaso?
—¡Nada mas, niña, que viento,
nada mas!

En la edad de las pasiones,
á vueltas de mil enojos,
hallarás
aire, sombras é ilusiones:
¡nada mas, luz de mis ojos,
nada mas!...

—ᴗ—

DOLORA XI.

Vivir es dudar.

A LA SEÑORITA D.ª GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

—

Si vivir no es dudar, prenda querida,
decidme, en mal tan fuerte:
¿es el fin de esta vida nuestra muerte,
ó es la muerte el principio de otra vida?

Porque es nuestra existencia
turbio fanal de inescrutable esencia,
pues cual luz mortecina
solo bordes de sombras ilumina.

Siguiendo la esperanza,
quien la alcanza una vez, frágil la alcanza;
si el aire sombra hiciera
como la sombra de los aires fuera.

Lloramos la partida
de esta que vuela inconsolable vida,
y es en la humana suerte
la vida el pensamiento de la muerte.

Nuestros pérfidos cantos
preludios son de venideros llantos;
que es del dolor la puerta
la que el gozo al pasar nos deja abierta.

Digitized by Google

El mayor bien gozado,
jamás es grande hasta que ya es pasado;
pues solo en la memoria
es grande al parecer la humana gloria.

Y en tan vil confusion, prenda querida,
nadie sabe inquirir en mal tan fuerte,
si es el fin de esta vida nuestra muerte,
ó es la muerte el principio de otra vida...

-oo-

DOLORA XII.

Poder de la belleza.

—

¡Me caso! Yo que odio eterno
siempre profesé á este paso
como á un paso del infierno,
ya cándidamente tierno...
¿podreis creerlo? ¡me caso!

Y pues ya amo á una mujer
(siento decir que no miento),
justo es que cante, y lo siento,
de la belleza el poder.

Yo que anduve transitorio
toda España en derredor,
de un jolgorio á otro jolgorio,

Digitized by Google

haciendo el don Juan Tenorio
con doncellas de labor;

Hoy mi indómita cabeza
á un yugo al fin se somete:
aquí dió fin el sainete...
¡Oh poder de la belleza!

Yo que canté á cualquier hora:
— «no me da pena maldita
si tu pecho no me adora,
que la mancha de una *mora*
con otra *blanca* se quita»,

Peno por una mujer,
y (aparte) (rabio de celos)
¡á tanto se estiende, cielos,
de la belleza el poder!

Yo que amé en la edad florida
cada *cien* dias á *ciento*,
¡ya hace *un mes* que mi querida
es aliento de mi vida,
es la esencia de mi aliento!

Un mes en mí de terneza
es de treinta años emblema;
es la vida... es el poema
del poder de la belleza.

Digitized by Google

Con mi triste casamiento
(mis ex-amadas, mi ex-gloria),
ya nos arrebata el viento
tanto amor que ha sido historia,
tanta historia que fué cuento!

Mas todo es sueño á mi ver,
en esta vida traidora;
solo es real, á cuartos de hora,
de la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
jugando al toma y al daca,
pelo, anillos ni cadenas,
ni tantas cosas, tan buenas
para hacer nidos de urraca!

¡Y á fe que es necia flaqueza
que, ganando mil ventajas,
solo estribe en zarandajas
el poder de la belleza.

Pues me caso, Satanás
haga á mi esposa, ó Dios la haga
no pedir cuentas de atras,
pues *si el que la hace la paga...*
¡Santo Cristo de Candás!

Si espiacion llega á haber,
siendo, cual la muerte, fuerte,

es horrible, cual la muerte,
de la belleza el poder.

¡Dios! á quien ofendo impío,
dad á tanto error disculpa:
perdonad mi desvarío:
por mi culpa, padre mio:
por mi grandísima culpa!

No os vengueis de quien, si empieza
cantando la palinodia,
loa en tono de salmodia
el poder de la belleza.

Desde hoy mis glorias de amante
se concretarán, Dios mio,
á tener en adelante
una mujer que me espante
las moscas en el estío.

No estrañeis que cual placer
el no *ver moscas* os nombre,
que á tal punto humilla al hombre
de la belleza el poder.

Hoy mi pecho, en conclusion,
pide perdon y perdona,
á cuantas fueron y son...
desde Lisboa á Pamplona,
desde Sevilla á Jijón.

Digitized by Google

Y hoy en fin mi bien empieza;
ó empieza mi mal acaso:
de cualquier modo ¡me caso!
¡ VICTORIA POR LA BELLEZA !

—oo—

DOLORA XIII.

Todo se pierde.

—

Rosa, ¿conque perdiste
la flor encantadora
que la noche te dí de tu partida?
Aunque la cosa es triste...
la flor vaya en buen hora,
si fué solo la flor, Rosa, perdida.
Mas esto me convida
(perdona) á que recuerde
que en el mundo, mi bien, *todo se pierde*.

Todo se pierde ¡ay triste!
De tu frente, antes pura,
baja, y verás con lágrimas tus ojos!
Ya indócil se resiste
al corsé tu cintura;
sube al cuello después, y... ¡ay qué despojos!
El ver seco da enojos
árbol que fué tan verde.
¡*Todo se pierde*, sí, *todo se pierde*!

Digitized by Google

De este pecho, tuyo antes,
perdí un dia la llave,
y cuanto en él guardé perdí con ella;
ilusiones amantes
toda la villa sabe
que para tí guardaba, Rosa bella.
¡Mas cuán tarde mi estrella
hizo que al fin recuerde
que *todo* (¿no es verdad?) *todo se pierde!*

¿Qué fué de tu hermosura?
¿Que fué de mi terneza?
De la flor que te dí, dime, qué ha sido?
Perdióse la flor pura,
lo mismo que (¡oh tristeza!)
mi amor y tu hermosura se han perdido.
En el mundo es sabido
que sin que uno se acuerde,
¡todo se pierde! oh Dios *¡todo se pierde!*

—oo—

DOLORA XIV.

Corta es la vida.

—

Paróse, una voz sentida
cierto viajero escuchando,
y vió un ave que, rendida
al pié de un árbol, piando
triste exhalaba la vida.

Digitized by Google

Y al ver que, al árbol querido
mirando desde la grama,
alzaba el postrer gemido
hacia la flexible rama
do aun columpiaba su nido;

— «Hé aquí», dijo en su sorpresa,
«la imagen de la fortuna:
vagando sin ley alguna,
al fin hallamos la huesa
al mismo pié de la cuna.»

Y alejándose al momento,
por templar su mal no escaso,
añadió en su pensamiento:
— «¿Cuánto las separa? —¡ *Un paso!*
¿Y qué media entre ambas? —¡ *Viento!*»

—oo—

DOLORA XV.

Virtud de la hipocresía.

—

Ya he visto con harta pena
que ayer, centro de mi alma,
mandaste colgar, Elena,
de tu balcon una palma.

Y, ó la palma no es el título
de una candidez notoria,

ó no es cierto aquel capítulo
en que habla de tí la historia.

Pues dicen que hoy imprudente,
después que la palma vió,
riéndose maldiciente
cierto galán esclamó:

— «Mal nuestra honradez se abona,
si nuestras virtudes son
cual la virtud que pregona
la palma de ese balcon.» —

Bien te hará entender, Elena,
esta indirecta cruel
que ya es pública la escena
que pasó entre Dios, tú y él.

Pues al mirarte embebido
dice entre sí el vulgo ruin:
— «Ya hay alientos que han mecido
las flores de ese jardin.» —

Mas tú niega el hecho, Elena,
porque en materias de honor
antes, el código ordena,
ser mártir que confesor.

Aunque á hablar de tí se atrevan,
siempre será necio intento

Digitized by Google

dudar de honras que se llevan
palabras que lleva el viento.

Da al misterio la verdad ,
que la virtud en su esencia
es *opinion* la mitad ,
y otra mitad *apariencia*.

Palma ostenta , pues es uso ,
que , aunque mentir no es prudente ,
por algo Dios no nos puso
el corazon en la frente.

Nada á confesar te venza ,
que engañar por el honor
es en los hombres *vergüenza* ,
y en las mujeres *pudor*.

Y si tu honor duda implica ,
no dudes que hay mil que son
cual la virtud que publica
la palma de tu balcon.

-oo-

Digitized by Google

DOLORA XVI.

El concierto de las campanas.

—

(PARA MÚSICA.)

Por un *nacido* allí imploran,
y aquí por un *muerto* lloran;
cuando allí tocando están
¡din don, din dan!
tocan aquí en bronco són
¡din dan, din don!

Allí un *vivo*, y aquí un *muerto*.
A tan mostruoso concierto
labrando mis goces van,
¡din don, din dan!
su tumba en mi corazon:
¡din dan, din don!!

¡Ay, cuán falsamente unida
va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!
¡Din don, din dan!
¡Que breves las dichas son!
¡Din dan, din don!!

—oo—

Digitized by Google

DOLORA XVII.

Glorias póstumas.

A D. NICOMEDES PASTOR DIAZ; CON MOTIVO DE LA FALSA MUERTE DE LA CÉLEBRE POETISA D.ª CAROLINA CORONADO.

—

Aun el pesar me asesina
de cuando aquí por muy cierto
se dijo de CAROLINA
que (¡Dios nos libre!) habia muerto.
El que menos,
con ojos de espanto llenos,
— «¡cuánto lo siento!» — esclamaba...
pero ninguno lloraba.
El que se muere, PASTOR,
ó se ausenta,
es *cero* que olvida amor
en su cuenta.
Los que esperan fe, en muriendo,
¡cuánto yerran!
bueno ó malo, á lo que entiendo,
al que se muere lo entierran.

No hay ser que, al «¡Dios le perdone!»
con que hace al muerto un regalo,
si es su enemigo no entone
el *Libera nos à malo*.
Cantan esto

los que no aman, por supuesto;
porque los que aman muy bien
dicen: *Requiescat... Amen.*
Al que ama y no ama, igual pena
le acomete.
esceptuando alguna escena
de sainete.
Premio igual dan y reciben
los que quieren,
ya olvidando á los que viven,
ya enterrando á los que mueren.

Cuando mas, los muy leales
nos recomiendan á Dios
con dos misas de á *seis reales*;
total, *cuartos* ciento dos.
Y aun dos misas
no son del todo precisas,
pues con una solamente
cubre un hombre el *espediente...*
¿Para qué, ansiando, vivimos
entre lloro,
y adquirimos y adquirimos
oro y oro...
si al fin un deudo allegado,
sin gemir,
entre un mal lienzo hilvanado
nos enterrará al morir?

«Con tu ausencia y veinte reales,
un duro mi pecho gana»:

Digitized by Google

así calcula sus males
nuestra condicion humana.
¡Maldicion
sobre tan vil condicion!
No hay mas deudos ni parientes
que las muelas y los dientes...
¡Ay, di á tu amiga, PASTOR,
que, si muere,
de nadie gloria ni amor
nunca espere:
pues llenando el ataud
do le encierran,
con amor, gloria y virtud,
al que se muere, lo entierran!

-oo-

DOLORA XVIII.

Nada de nada. — Nada por nada.

—

Por cosas de este mundo
nunca te apures,
que no hay mal que no acabe,
ni bien que dure.

(CANTAR.)

Nada me importa. Al sentimiento estraño,
ni en el bien gozo, ni en los males peno;
si ahogo en el — *no importa* — el propio daño,
sepulto en un — *¡paciencia!* — el daño ajeno.
Esperando mi mal, mi bien engaño;
paso lo malo, en aguardar lo bueno;

Digitized by Google

y así, el alma en sí misma sepultada,
da á habido y por haber *nada de nada.*

Me es todo igual. Nada el placer me importa;
ni al hosco aspecto del dolor me irrito.
Si el mal la senda de mi vida corta,
prorumpo sin rencor: *estaba escrito.*
Cuando sus iras mi destino aborta,
buen semblante á mal tiempo, me repito;
y así, cerrando á la pasion la entrada,
grabé en mi corazon: *nada por nada.*

Nada me importa. Que daré no ignoro
sepulcro al bien y al mal en mi indolencia.
Sé que mi amor han de curar, si adoro,
el tiempo, el gusto, otro placer, la ausencia.
La presunta ilusion templa mi lloro;
amarga mis delirios la esperiencia;
y, de afectos en lid tan encontrada,
es lema de mi fe: *nada de nada.*

Me es todo igual. Como insaciable hiena
me hiere el desengaño carnicero,
pero en mi herida, sin placer ni pena,
sepulcro doy al universo entero.
¡Oh vida inútil, de pesares llena!
¡Oh estéril mundo, donde el bien no espero!
Pues os debo esta fe desesperada,
nada de nada, os doy *nada por nada.*

DOLORA XIX.

Vaguedad del placer.

I.

«Al que antes cumpla su anhelo,
logrando la dicha estrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo.»

Así una turba lijera
de niños baja diciendo,
tocadas del Iris viendo
las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco,
en tanto que poco a poco
va el Iris su luz menguando.

Y ya que de su ornamento
creian la sien orlada,
vieron su luz disipada
como fantasma en el viento.

—oo—

—«¿Cómo es?»—Desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran;
y alzan los ojos, suspiran
y les responden: —*¡Ya es ido!*

— « ¡Mentira! » — Bajan diciendo
los que ven clara su lumbre
y en tanto ganan la cumbre
mustios los otros subiendo.

—oo—

II.

Porque sus lindos reflejos
son al tocarlos ficciones,
cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lejos,

El Iris siempre inconstante,
se va mostrando inseguro
á los que bajan, oscuro,
y á los que suben, brillante.

—oo—

— *¿ Cómo es?* — En ronco alarido
gritan los antes burlados.
Y los de ahora estasiados,
tristes responden: — *¡Ya es ido!!*

— « ¡Mentira! » — Dicen bajando
los que poco antes mintieron;
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.

—oo—

III.

Juntos con pueril anhelo
se agitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente
tras los matices del cielo.

Y todos, dando á cuál mas
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan: — *¡ adelante!*
y los de adelante: — *¡ atrás!*

Y así sin orden ni guia,
aquí y allí discurrieron,
y ni allí ni aquí le vieron,
y en todas partes lucia.

Y al verle desvanecido,
con mas vergüenza que enojos,
vueltos al cielo los ojos,
esclaman todos: — *¡ Ya es ido!!!*

—oo—

IV.

Así en eterno cuidado,
aquí y allí nuestro intento
corre fugaz por el viento
en un placer nunca hallado.

Que el hombre en su desacuerdo,
llama, al verle en lontananza,

Digitized by Google

si es delante, una esperanza,
y si es detrás, un recuerdo.

Y aun no marcó en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando imprecando su estrella
suspira, y dice: — ¡Ya es ido!

—oo—

DOLORA XX.

Ultimas abjuraciones.

—

¡Voy á morir! prenda del alma mia:
este el centon de mis quimeras es;
leed, leed, y de la gloria impía
de tanto error abjuraré después.

EL HIJO. (*Leyendo.*)

«Cuna de rosas al nacer hallamos.»

EL PADRE.

¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO.

«Rosas, la vida al comenzar, hallamos.»

EL PADRE.

¡Falso! Los piés por entre abrojos van.

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
que el fin amargan de mis horas ved:
¡cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed:

EL HIJO.

« Su vida el hombre de ilusiones puebla. »

EL PADRE

¡Ay! Necio error á la ilusion llamad.

EL HIJO.

« Huye la edad de la razon cual niebla. »

EL PADRE.

¡Horror! Pasad, horas sin fin, pasad!

¡ Voy á morir! De nuestra vida escasa
pasa en engaños la primer mitad;
la otra mitad en desengaños pasa:
¡ nunca olvideis esta cruel verdad!

EL HIJO.

« ¡Triste es dejar del mundo la presencia! »

EL PADRE.

¡ Mundo! os doy ledo mi postrer adios.

EL HIJO.

« Perece el bienestar con la existencia. »

EL PADRE.

¡ Muerte! del hombre el bienestar sois vos!

—oo—

DOLORA XXI.

Quien mas pone, pierde mas.

—

Es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.

Este refrán que te canto
tiene, amor mio, tal arte,
que su verdad á probarte
con una *conseja* voy.
Fué una niña de quince años
el duende de esta *conseja*,
y aunque la niña ya es vieja,
aun dice entre angustias hoy:
Que es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.

Tuvo la niña un amante
á quien idólatra un dia
—«te he de querer, le decia,
hasta después de morir.
Y si con Dios avenida
corta mi aliento la muerte,
dejaré el cielo por verte.»—
Tal dijo, sin advertir
Que es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.

Murió la niña, y cumpliendo
de su antiguo amor los gustos,
dejó el pais de los justos,
y al mundo el vuelo tendió;
Y cuando alegre á su amante

con alas de ángel cubria,
— «¿Ves cuál dejé, le decia,
el cielo por tí?» — Mas ¡ oh!
Que es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.

Durmió el ángel á su lado,
y, de otra esfera anhelante,
sus alas cortó el amante,
y en ellas al cielo huyó.
Y al encontrarse la niña
víctima de un falso trato,
llorando vió que el ingrato
subiendo al cielo cantó:
Es la constancia una estrella
que á otra luz mas densa muere,
pues quien mas con ella quiere,
menos le quieren con ella.

—oo—

Digitized by Google

DOLORA XXII.

Adios para siempre.

A CAROLINA.

—

Porque no infiel juzgueis á mi memoria
aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
la eternamente lamentable historia
vais á escuchar de mi primer *adios:*

—« Era una niña, como vos, afable,
lozana, y pura y celestial cual vos.»—
¡Quién al dejar á un ser tan adorable,
podrá decirle: *para siempre adios!*

—« Partí... y la fama me contó su muerte.»—
¡Guárdeos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
dejad que os diga: *¡para siempre adios!*

Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
desde aquel dia, como ahora á vos,
á cuantos seres con el alma quiero,
¡adios, les digo, *para siempre adios!*

—∞—

DOLORA XXIII.

Beneficios de la ausencia.

—

Agur, Irene; hasta cuándo,
no te lo podré decir;
por Dios que, al verme llorando,
ganas me dan de reir.
¡Quién creyera,
flor de mi natal ribera,
que si lloro á los dos pasos,
me reiré á los tres escasos!
Esto me recuerda, Irene,
que algun dia
leí contigo una hijiene
que decia:
que, conforme á la esperiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

Ya te escribiré, mi bien,
cuantas penas me atormenten,
aunque *á ojos que no ven*
corazones que no sienten.
¡Que infinito
será tu amor... *por escrito!*
Mas dice santo Tomás
que *ver y creer,* y no mas.

Digitized by Google

Este refrán no te corra,
advirtiendo,
que *el tiempo todo lo borra*,
y sabiendo
que, conforme á la esperiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

— «¡Qué yertas son las francesas!»
te diré todos los dias;
— «¡qué heladas!» si son inglesas,
y si italianas, «¡qué frias!»
Y entre tanto
mil y mil serán mi encanto.
¡Ay, cubren tanta ficcion
las alas del corazon!
Hermosa Irene, ten calma;
¿por qué lloras?
No llores, prenda del alma,
pues no ignoras
que, conforme á la esperiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

Parto por fin, ya amanece;
adios, alma de los dos,
ruega á Dios que no tropiece
por esos mundos de Dios.
Si hoy te adoro

con la obstinacion de un moro,
tal vez me ablande mañana
el fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,
¡ay! presumo
que el amor de un *ido* ó un *muerto*
siempre es humo;
pues, conforme á la esperiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor.

-oo-

DOLORA XXIV.

Buenas cosas mal dispuestas.

(Epístola á Emilia.)
(Sátira contra el género humano.)

INTRODUCCION.

Del hombre, Emilia, las virtudes canto,
aunque al hombre al cantar, siempre sin calma
cayendo está sobre mi risa el llanto.

Dicen que lleva la moral la palma
con el físico el alma comparando,
mas tan ruin como el cuerpo tiene el alma.

Perdonad mi opinion los que llamando
al hombre la mejor de las conquistas
un culto le rendís: ¡culto nefando!

Digitized by Google

Y en cuanto al hombre su Señor bendijo,
— «si ennobleces con esto tu existencia,
serás mi ser mas predilecto» — dijo.

Y en prueba de inmortal munificencia,
echó á sus piés con paternal contento
la *Fe*, el *Amor*, la *Gloria*, la *Conciencia*,
el *Honor*, la *Virtud*, el *Sentimiento*.

I.

EL SENTIMIENTO.

¿Qué dirás que hizo el hombre, aun inocente,
al verse de virtudes opulento?
(No te rias, Emilia.) Lo siguiente:

Al *sentimiento* se acercó al momento,
y, echando al corazon enhoramala,
se colocó en la *piel* el *sentimiento*.

La aprension, vive Dios, no fué tan mala,
porque en su alma el dolor jamás se ceba,
pues siempre fácil por su piel resbala.

Así el dolor de la mas triste nueva,
si un aire se lo trae, cuando pasa,
otro aire, cuando pasa, se lo lleva.

Y así el alma en sentir es tan escasa,
cuando antes por la piel el *sentimiento*
con ímpetus brutales no traspasa.

¡Ay! ¡Por eso se olvidan al momento
el muerto padre que á llorar provoca,
la ausencia de un amigo y de otros ciento!

Y así al alma en su fondo nunca toca
la lumbre de unos ojos que se inflaman,
el regalado aliento de una boca.

Y por eso nunca oye á los que le aman
cuando, con voces de dolor gimiendo,
del corazon contra las puertas llaman.

Y solamente con la *piel* sintiendo
el hombre vil con corazon vacío
(de golpes y estocadas prescindiendo)
solo le afectan el calor y el frio.

¿Lo has oido, bien mio?
¡*Solo le afectan el* CALOR *y el* FRIO!

-oo-

II.

LA CONCIENCIA.

—

El hombre por su infamia ó su inocencia
se puso en el *estómago*, y no es broma,
la augusta cualidad de la *conciencia*.

Por su *conciencia* el hambre á veces toma,
y por eso en el hombre nadie estraña
que su deber olvide por que coma.

Digitized by Google

¡El alma enciende en implacable saña
ver la *conciencia* á la opresion espuesta
de un atracón de trufas y champaña!

¡En alta voz mi corazon protesta
contra esta rectitud del hombre fiero,
puesto que de él la rectitud es esta!

¿Quién espera en la fe de un caballero,
si otro contrario regaló su panza
(hablo siempre en metáfora) primero?

¿Quién verá sin impulsos de venganza
que un cuarteron de... (cualquier cosa) inclina
de la justicia la inmortal balanza?

¡Mísera humanidad, á quien domina
ya de una poma la frugal presencia,
ya el aspecto vulgar de una sardina!

Jamás un noble escucha con paciencia
que llame á su despensa algun ricacho:
—«general tentacion de la conciencia».—

¿A qué alma sin doblez no causa empacho
ver que el hombre, honrosísimas cuestiones,
las reduce á cuestiones de gazpacho?

Digan los diplomáticos varones
los muchos tratos que hacen y deshacen
pechugas de perdices y pichones.

El hambre ó el interés des[illegible]cen ó hacen
cuanto ofrece aumentar nuestra opulencia,
pues como dicen los que pobres nacen:
— «el *hambre* es quien regula la *conciencia*».—

Añade á tu esperiencia:
que el hambre es quien regula la conciencia!

—oo—

III.

EL HON[illegible]. — LA VIRTUD.

—

VIRTUD y HONOR, Emilia, y no te asombre,
puso el hombre en la *lengua*, y por lo mismo
de *honor* y de *virtud* tanto habla el hombre.

De su *virtud* y *honor* el heroismo
pondera altivo, hablando y mas hablando,
silogismo añadiendo á silogismo.

Siempre al hombre mas vil verásle alzando
un pedestal donde su honor se ostente,
las frases con las frases combinando.

Rico, ó pobre, el mortal, eternamente
—llama á su honra—«el amor de sus amores»:
¡maldito charlatán, y cuánto miente!

Jamás a la *virtud* faltan loores
de las doncellas en la linda boca,
cráter que el mayo coronó de flores.

Digitized by Google

Hay tanta lengua que el *honor* evoca
que, ya ofuscada mi razon, no esplico
si á risa, á llanto ó á indignacion provoca.

Perpetuamente en espresiones rico,
¡qué hermoso fuera el hombre si tuviese
las entrañas tan bellas como el pico!

En general, si hay uno que os confiese
que es la virtud su solo patrimonio,
bien podeis esclamar: —« ¡qué pobre es ese! »—

O buscad de su *honor* un testimonio,
vereis que por dos cuartos... (y son caras)
su *honra* y *virtud* se las vendió al demonio.

Pues como dijo el Padre Notas-Claras
(que era un fraile muy sabio por mas mengua):
—« Salvo alguna escepcion (que son muy raras),
hay *honor* ni *virtud* mas que en la lengua. »—

¿Lo has entendido? ¡Oh mengua!
¡*No hay honor ni virtud mas que en la lengua.!*

IV.

EL AMOR.

—

—«¿Qué hizo el hombre», dirás, Emilia bella,
«con la llama de amor?»—¡Ay!! el idiota
la torpe sangre se inflamó con ella.

Y así, de amor si el huracán azota,
por sus entrañas circulando ardiente
el torpe incendio á los sentidos brota.

Lleva el amor su antorcha diligente
por aldeas, por villas y por plazas,
de nacion en nacion, de gente en gente.

Diablo es amor de angelicales trazas
que, estirpes con estirpes confundiendo,
las razas asimila con las razas.

Ora acia el lecho conyugal corriendo,
de alta estirpe pervierte el tronco honrado
de ruin árbol el gérmen injiriendo.

Ora, en traje modesto disfrazado,
la inocencia sorprende en la cabaña,
de mirtos y de rosas coronado.

Ya, con infame ardor montando en saña,
la augusta luz de la imperial diadema
con niebla eterna el deshonor empaña.

Y en el furor de su ilusion estrema,
con vil incesto ignominiosamente
el santo hogar donde nacimos quema.

Pasa, gozada, una pasion ardiente,
¡oh fútil brillo de la gloria humana!
como todos los goces, de repente.

¡Y hasta los fuegos que tu pecho emana,
mañana acabarán, Emilia mia;
sí, Emilia mia, acabarán mañana!

El mas seguro amor que el cielo envía
entre el monton de los recuerdos vaga
después que pasa un dia y otro dia.

¡Es triste que el amor que tanto halaga
se estinga, no apagándolo, en pavesas,
ó en cenizas se estinga si se apaga!

Mas, pese á las promesas mas espresas,
muere el amor mas tierno confundido
entre cartas y dijes y promesas.

Y á llegar fácilmente reducido
al término infalible de la muerte,
en ceniza ó en pavesas convertido,
fuego es amor que en aire se convierte.

Advierte, Emilia, advierte:
¡Fuego es amor que en aire se convierte!

V.

LA FE. — LA GLORIA.

La bribonada, Emilia, ó la simpleza
cometió el hombre de poner FE y GLORIA
donde está la locura, en la cabeza.

Por eso en nuestra mente transitoria
la *fe* que muchos con placer veneran
es tan fútil cual rápida memoria.

Y aunque se indignen los que en ella esperan,
la *gloria* es sueño; oh, sí! simple embeleso,
sombra, ilusion, ó lo que ustedes quieran.

¡A cuánto esceso arrastra, á cuánto esceso
ese tropel de imágenes que crea
la propiedad fosfórica del seso!

¿Por la *gloria* el mortal llegar desea
á la inmortalidad! ¡Nombre rotundo!
¡Buen lugar para el tonto que lo crea!

Por la *fe* en este piélago profundo
mil cosas aguardamos tras la losa:
¡Oh esperanza dulcísima del mundo!

Y solo por la *gloria*, AQUÍ REPOSA,
grabamos en sonoras espresiones,
DON FULANO DE TAL, QUE FUÉ TAL COSA.

Y por mas que en tan vagas emociones
su existencia malgasta con empeño
(su destino es correr tras de ilusiones),
gloria y fe para el hombre son un sueño.

Nolo olvides, mi dueño:
¡Gloria y Fe para el hombre son un sueño!

—oo—

CONCLUSION.

—

Ya que mi atroz prolijidad lamentas,
voy, Emilia, á decir por consiguiente
lo que es el hombre en resumidas cuentas.

Ahoga el *interés* primeramente
su *honor* y su *virtud*, su *fe* y su *gloria*;
y con *frio* y *calor* tan solo siente.

En fin, porque va abrumo tu memoria,
de las virtudes lloraré la ausencia,
pues mi pasion por ellas te es notoria.

¡Fe, Sentimiento, Amor, Honra y Conciencia,
pues os desprecia, abandonad el suelo,
ensueños de mi cándida inocencia!

¡Tornad, fuentes del bien, tornad el vuelo,
para castigo de la humana gente,
á vuestra patria natural, el cielo!

¡Gloria y Virtud! yo os juro tiernamente
que, al alejaros, desgarrais atroces
el corazon donde os guardé inocente.

¡Huid á mi pesar, huid veloces,
leves emblemas del orgullo humano,
sonoros ecos de proscritas voces!

¡Adios! Y, por dar fin, bésoos la mano,
pues ya me llena de mortal despecho
la conviccion de que predico en vano.

Que, á ahogar el hombre sus virtudes hecho
solo le han de afectar, á pesar mio
(por Dios, que este final desgarra el pecho),
calor, hambre, interés, amor ó frio.

Apréndelo, bien mio:
¡Calor, hambre, interés, amor ó frio!...

—oo—

Digitized by Google

DOLORA XXV.

¡Ay del que nace ó muere!

—

— « ¡Adios por siempre, hijo del alma mia! »
un triste anciano al espirar clamaba;
y el tierno infante que su sien besaba,
— « ¡adios por siempre! » — el infeliz decia.

Vertió el viejo la lágrima postrera,
y vertió la primera el niño en tanto;
y, confundidas última y primera,
símbolo fueron de su igual quebranto.

¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte
del corazon brotó mas dolorida,
la del que el primer mal sintió en la vida,
ó la de aquel que un bien halló en la muerte?...

—oo—

Digitized by Google

DOLORA XXVI.

Historia del amor.

Así cuando acosado el pensamiento
evoca en su favor rancias historias,
son para su tormento
un nuevo torcedor del sentimiento
de los triunfos de amor las muertas glorias.

MARIANO CAZURRO.

I.

DESEO.

— Roman, tu ciencia es incierta,
me ha dicho quien bien lo sabe
que es la pureza una llave
que abre del cielo la puerta.

— Victoria, por Dios ahora
de la juventnd gocemos,
porque después que espiremos
lo que ha de pasar se ignora.

— No gozo por no penar.
— Pues es igual, á mi ver,
gozar para padecer,
que padecer por gozar.

Si Dios nos cierra su gloria,
en el infierno algun dia,
será inmortal, alma mia,
de este placer la memoria.

Porque un recuerdo tan fuerte
de tan grande bienandanza
traspasa, cual la esperanza,
los límites de la muerte.

Hoy mis deseos coronas
del favor mas soberano,
con esta trémula mano
que en tu embriaguez me abandonas.

Deja que en ansia tan loca
una mi frente á tu frente,
porque me ahoga el ambiente
que no perfuma tu boca.

Pon, en tu blando estravío,
para calmar mis antojos,
tus ojos junto á mis ojos,
tu corazon junto al mio.

II

PLACER.

Es imposible, Victoria,
que haya un tormento
que me haga olvidar la gloria
de este momento.
No, quien dicha tan cumplida
á ver llegó,
ni en la eternidad la olvida.
—*¡Ay! no! ¡Ay! no!*

Mi ser de tu ser recibe
mutuos placeres,
y pues uno en otro vive,
nuestros dos seres
en tan dulce parasismo
¿no es cierto, dí,
que son partes de un ser mismo?
—*¡Ay! sí! ¡Ay! sí!*

Si cuestan horas serenas
penas sin cuento,
vale un infierno de penas
este momento.
Dí si en tu virtud pasada
tu alma encontró
satisfacion mas colmada.
—*¡Ay! no! ¡Ay! no!*

Modera tu ardor, querida,
por un instante,
que no hay deleite en la vida
mas adelante...
¡Victoria! — ¡Roman! — La muerte
á mí — y á mí —
hállenos ¡ay! de esta suerte.
— *¡Ay! sí!*
— *¡Ay! sí!...*

—oo—

III.

HASTÍO.

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastío
ya en tu indolencia paladeando vas:
jamás mi fe te apagará, bien mio,
ese rubor que devorando estás.
— ¿Jamás?
— *¡Jamás!*

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
do tu inocencia sepultando irás:
el placer es verdugo de sí mismo;
jamás el gusto sin dolor verás.
— ¿Jamás?
— *¡Jamás!*

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento
siendo ludibrio de tí misma estás:

ya el puñal de un atroz remordimiento
¡perdon! *jamás* lejos de tí verás.
—¿Jamás?
—¡*Jamás*, paloma sin candor, *jamás!*...

-oo-

DOLORA XXVII.

Porvenir de las almas.

A. R.... EN LA MUERTE DE SU HIJA.

—

Si de vuestra hija fué estrella
dar tan niña el alma á Dios,
¡ay, feliz mil veces vos!
¡dichosa mil veces ella!
Pues ya huella
las celestiales alturas,
no halle en vos nunca lugar
el pesar,
porque para almas tan puras
morir es resucitar.

¿Para qué llorais perdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar *eterno*
dejó un lugar de *partida?*
Si es la vida
caos de dudas y penas.
¿quién la muerte, al que bien quiere,

no prefiere,
si el que vive, vive apenas,
y resucita el que muere?

Siempre, llena de consuelo,
viendo á un ser puro sin vida,
la multitud de fe henchida
prorumpe: — « ¡ Angeles al cielo! »
¿Ni á qué duelo
es mostrar, cuando la carga
de la existencia maldita
Dios nos quita,
si tras de una vida amarga
muriendo se resucita?

No dé á vuestra alma afligida
la mas leve pesadumbre
esa negra incertidumbre
del *mas allá* de la vida.
Si es mentida,
la fe de ulterior solaz,
al menos, los que viviendo
van gimiendo,
en otro mundo de paz
resucitarán muriendo.

Ya habita, aunque el desconsuelo
os haga implacable guerra,
un *triste* menos la tierra,
y un *dichoso* mas el cielo.
De su vuelo

ireis vos, muriendo, en pos
si á Dios dais en implorar
sin cesar,
pues para justos cual vos
morir es resucitar.

—oo—

DOLORA XXVIII.

Todos son unos.

—

I.

Voy á contaros la historia
de una entrañable pasion,
aunque se haga á su memoria
pedazos mi corazon.

Que hay historias que, aunque pasan,
por siempre, á nuestro despecho,
los ojos en llanto arrasan,
y ayes arrancan del pecho.

Pues siempre entre las pasiones
hay una, á cuyos reveses
se agostan las ilusiones,
como al estío las mieses.

Cuento la historia querida
de esa pasion desgraciada

que, aunque amarga nuestra vida,
sin ella la vida es nada.

Pues tras de ese amor tan tierno,
siempre queda en la memoria
todo el dolor del infierno,
todo el placer de la gloria.

No hay hombre que, afortunado,
toda su vida la idea
de un bien querer, mal pagado,
su eterno dogal no sea.

Si la mujer con rigores
paga tan tiernos quereres;
si es tan cruda en sus amores,
hombres, *¡lo que son mujeres!*

II.

Pues cuento de amor historias,
copiaré letra por letra
el libro en que sus memorias
grababa la hermosa Petra.

Después de amar con locura,
tuvo de morir la suerte,
que hay males que solo cura
el bálsamo de la muerte.

Digitized by Google

Petra, cual dije al principio,
su historia dejó al mundo hecha,
y en ella hasta el menor ripio
es para el alma una flecha.

Pues no hay sensible lectora
que, al repasar sus anales,
si á todo llorar no llora,
no esclame: « aquí de mis males ».

Pues llega en ella á hacer ver,
de su ciencia en testimonio,
que es un *ángel* la mujer,
y que es el hombre un *demonio*.

Y después que al hombre injuria
con frases por el estilo,
de este modo el ángel-furia
coge de su historia el hilo:

— « Que no hay fe en hombres contemplo »
(prosigue la hermosa Petra);
— « y son de esto buen ejemplo
Pablo, Juan, Luis, Diego... » — etcetra.

De esta manera injuriando
sigue nombres tras de nombres,
y al fin concluye esclamando:
mujeres, *¡ lo que son hombres !*

—oo—

III.

Si á los dos sexos igualo,
es porque infiero con pena
que, [illegible] es el hombre *algo malo*,
es la [illegible]r *no muy buena*.

Donde las toman, las dan,
asienta un refrán de amor;
y cual dice otro refrán
á un pícaro, otro mayor.

A buena fe, *mala* fe:
á un *adelante*, un *arredro*;
quien mas mira, menos ve;
tan bueno es Juan como Pedro.

Con cuyos versos, acaso
probar á los hombres plugo
que, el que es *víctima* en un paso,
en otro paso es *verdugo*.

Por eso sé que, al que falso
á una mujer asesina,
le han de servir de cadaiso
las rejas de otra vecina..

[illegible]la que dice « no quiero »
cu[illegible]do *amor* la canto amante,

sé que amará á otro coplero
aunque *epitafios* la cante.

Porque esta es la ley mas triste
que impone amor justiciero:
cuando quise, no quisiste,
y ahora que quieres, no quiero.

Pues hombre y mujer son seres
con fe igual y varios nombres,
hombres, *¡ lo que son mujeres!*
mujeres, *¡ lo que son hombres!...*

—oo—

DOLORA XXIX.

Proximidad del bien.

—

En el tiempo en que el mundo informe estaba
crió el Señor, cuando por dicha estrema
el paraíso terrenal formaba,
un fruto que del mal era el emblema,
y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adan al mismo lado
el Señor colocó del bien el fruto,
pero Adan nunca el bien halló ofuscado,

porque es del hombre mísero atributo
huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
puso Dios escondido, y muy lejano,
pero Adan lo encontraba donde quiera,
abandonando en su falaz quimera
por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusion maldita
su misma dicha en despreciar se empeña,
y al seguirle tenaz, tenaz la evita,
y aunque en su mismo corazon palpita
lejos, muy lejos, con afán la sueña!..

—oo—

DOLORA XXX.

Placeres tristes.

—

Que te admire no es justo,
si á bostezar empiezas,
la turba que á admirarte va al teatro.
¿Quién ha de ver con gusto
que pertinaz bostezas
una vez, y otra vez, y tres y cuatro?
¡Ay, prenda que idolatro,

Digitized by Google

ahora sé, á pesar mio,
que es el placer la fuente del hastío!

Si el ver tantos galanes
tu bostezo provoca,
¿qué haras cuando estés sola, Rosalía?
No juzgué, voto á Sanes,
tan inmensa esa boca
que ha poco me llamaba: — « vida mia ». —
¡Cuánta razon tenia
quien dijo sabiamente
que son los goces del hastío fuente!

En tus ojos serenos
hoy se ve una zozobra
que ya la bílis de tu madre exalta.
¿Qué echas de mas ó menos?
¿Es tu madre quien sobra?
¿soy yo (¡quiéralo Dios!) lo que te falta?
¿Por qué el dolor te asalta?
¿Será cierto, bien mio,
que es el placer la fuente del hastío?

Desde... (ya tú me entiendes)
yo también Rosalía
con honda pena ¡ay de mí triste! lidio.
¡Cómo en rubor te enciendes!
Llora, sí, vida mia,
después de tanto amor, tanto fastidio!
Lloremos (pese á Ovidio),

aunque mi amor lo siente,
que son los goces del hastío fuente!

Si el placer que gozamos
nuestras almas abisma
en un fiero dolor que nos devora,
tras la virtud corramos,
pues tan solo á sí misma
eternamente la virtud se adora.
¡Oh, mal haya la hora
en que aprendí, bien mio,
que es el placer la fuente del hastío!

—oo—

DOLORA XXXI.

La dicha es la muerte.

—

¡ Sarcasmo ruin de la suerte
para el alma dolorida,
no ver hermosa la vida
sino al dintel de la muerte!

E. Florentino Sanz.

I.

— ¡ Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
pues que mi pecho tras la dicha va,
tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE.

— ¡ « Llorando el niño entre mi seno está:
id mas allá!... »

—oo—

II.

— ¡ Hermosas! solo en estranjera tierra,
prestadle dicha á quien tras ella va,
pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS.

— ¡ Triste del ser que idolatrando está:
id mas allá! »

—oo—

Digitized by Google

III.

— ¡Magnates! hoy vuestra piedad imploro,
loco mi pecho tras la dicha va,
si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES.

— «Ved que amagándoos el puñal está:
id mas allá!»

—oo—

IV.

— ¡Ancianos! presa de infernal batalla
mi pecho en pos de la ventura va,
¿ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS.

— ¡«Ni al borde mismo de la tumba está:
id mas allá!!..»

FIN.

Digitized by Google

ÍNDICE.

Pág.

VIDA DEL AUTOR. V

LIBRO PRIMERO.— TERNEZAS Y FLORES. — La niña y la mariposa. 1
La flor del valle. 7
A LA LUZ. — Silva primera. 15
— Silva segunda. 18
— Silva tercera. 24
La guirnalda. 29
A Fellsa. 33
Tu risa. 38
El arroyo. 39
Mi harén en Andalucía. 43
Un no sé qué. 52
La rueda del amor. 55
La accion de Belascoain. 60
Tu boca. 65
Las sirenas. 67
La beata de máscara. 74
Al rio Navia. 75
Su imagen. 80
El amor de la sierra. 82
El baile. — A Clementina. 88
La palma. 95
A unos ojos. 97
La flor de la jardinera. 100
A Blanca. 105
El modelo. 110
El cisne y la sombra. 114

LIBRO SEGUNDO. — AYES DEL ALMA. — A la reina Cristina (en su destierro). 125
A la reina Cristina (en su regreso). 128
La compasion. 130
Vivir-muriendo. 134
El carro de la fortuna. 137
La esencia perdida. 140
El amor inmortal. 143
La confesion. 145
Las ilusiones. 148
Una lágrima á un recuerdo. 151
Las dos almas. 155
A orillas del Nalon. 157
El primer amor. 160
En la cartuja de Burgos. 166
Muertos y vivos. — Bacanal. 169
El juicio final (fantasía). 171
EL ALMA EN PENA. — *Primera parte* (leyenda). 195
— El alma en pena. 202
— Desengaños. 208
— Presentimientos. 217
— Ilusiones perdidas. 224
Segunda parte. — El mejor castigo el tiempo. 231
— Tiró el diablo de la manta. 234
— Amor con amor se paga. 235
— El ángel de la guarda 240
— Lucha con el destino. 241
— Honor y amor hacen locos. 252
— Dios es piadoso. 262

LIBRO TERCERO. — FÁBULAS. — *Seccion literaria.* — No hay gloria sin pena. 269
Seccion política. — Insuficiencia de las leyes. 272
Instituciones inútiles. 274
Oficios mútuos. 274
El falso heroismo. 275
La igualdad. 277
Pelear por un mismo fin. 277
Salvar el honor con frases. 278

Descubrir la hilaza. 279
Glorias llovidas. 280
Percances. 280
Tiranías justas. 281
Un daño destruye otro 283
Hacer sonar á tiempo. 285
Leyes fundamentales. 287
Seccion religiosa. — Dios es causa de las causas. 290
Seccion moral. — La carambola. 292
Ganar el flanco á la suerte. 293
Partidas de ruines. 294
La justicia en un cuento. 294
Virtud y orgullo. 295
El método. 296
La piedad bien entendida. 296
Baladronadas. 297
Un bobo hace ciento. 298
Contras de la mala fe. 299
De pequeñas causas grandes efectos. 300
Si eres débil, sé prudente. 302
Amar por las apariencias. 303
Escusas necias. 304
El diablo predicador. 305
Delirios del amor. 306
Lisonjas viles. 307
Acusar delitos propios. 308
No hay mal como un falso amigo. 308
Nunca una moral nos cuadra. 310
La curiosidad. 311
De dos males el mas visto. 312
Efectos de la injusticia. 313
Seccion filosófica. — No siempre el bien es fortuna. 316
Yendo á mas, venir á menos. 319
Caprichos del hado. 320
Placeres falsos. 320
Deseos locos. 321
De gustos no hay nada escrito. 323
Los lindes del bien y el mal. 324
La inocentada. 325
Liviandad de nuestras glorias. 326

Digitized by Google

La dicha es un acaso. 327
La vida y la muerte. 329
A un gran mal otro mayor. 330
Del tronco sale la rama. 330
Lecciones amargas. 332
La muerte todo lo iguala. 333
No hay dicha cumplida. 334
Bienes prometidos 335
Principio y fin de las cosas. 337

LIBRO CUARTO. — Doloras. — Prólogo. 343
Cosas de la edad. 351
Glorias de la vida. 354
Ventajas de la inconstancia. 355
Los sollozos. 358
Quien vive olvida. 359
No hay dicha en la tierra. 361
Egoismo de la virtud. 362
Propósitos vanos. 364
La ciencia de la vida. 367
Vanidad de la hermosura. 368
Vivir es dudar. 370
Poder de la belleza. 371
Todo se pierde. 375
Corta es la vida. 376
Virtud de la hipocresía. 377
El concierto de las campanas. 380
Glorias póstumas. 381
Nada de nada; — nada por nada. 383
Vaguedad del placer. 385
Ultimas abjuraciones. 388
Quien mas pone pierde mas. 389
Adios para siempre. 392
Beneficios de la ausencia. 393
Buenas cosas mal dispuestas. — Introduccion. 395
— El sentimiento. 397
— La conciencia. 398
— El honor. — La virtud. 400
— El amor. 402
— La fe. — La gloria. 404

— Conclusion 405
¡Ay del que nace ó muere! 407
Historia del amor.—Deseo. 408
— Placer. 410
— Hastío. 411
Porvenir de las almas 412
Todos son unos. 414
Proximidad del bien. 418
Placeres tristes. 419
La dicha es la muerte 422

FIN DEL INDICE.

Digitized by Google

714015

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google